

MANUEL BOBIS REINOSO

HEROÍNA



*A cada una de las personas que han sido, son o serán mis
pacientes.*

Heroína

1.

f. Persona muy abnegada que realiza buenas acciones en beneficio de otros.

2.

Droga muy tóxica y adictiva, derivada de la morfina, que suele presentarse en forma de polvo blanco que se inyecta, diluido, por vía intravenosa o se fuma.

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

© Manuel Bobis Reinoso 2023

Registro de la propiedad intelectual de Andalucía.

ISBN: 9798396004740



Corrección, maquetación, ilustración y diseño de portada: **Drakkar Ediciones.**

Impresión y encuadernación: Amazon.

HEROÍNA



PARTE 1^a
HONDURAS

1

Los Naranjos

Mi nombre es Nidia Garadiel, nací en Centroamérica y me crié en Sevilla, en el barrio de Triana. Los hechos que voy a narrar, mi propia historia, ocurrieron de verdad, por muy increíbles que parezcan. He sido tratada por diferentes profesionales: psiquiatras, psicólogos, psicoanalistas y Proyecto Hombre. Padezco trastornos de la personalidad, en cuya causa dicen que han podido influir el ambiente familiar en el que se desarrolló mi infancia y mi carácter sensible. En mi núcleo familiar me consideraban rebelde, todo se lo achacaban a eso. Con doce años cometí mi primer intento de suicidio, y, aunque mis padres y médicos consideraron que lo hacía para llamar la atención, realmente quería morirme. Si no hubiesen pensado que era una llamada de atención y no lo hubiesen dejado en eso, quizás no hubiese alcanzado los límites a los que llegué. Mi adolescencia fue suicida por las drogas y el alcohol. Posteriormente, la prostitución y la muerte de mi madre lo agravaron todo debido a que mi familia me culpaba de su fallecimiento, como si yo

pudiera provocar un cáncer. Mi paso por Proyecto Hombre me ayudó porque en aquella época solo quería desaparecer de este mundo. Pero, será mejor que comience por el principio.

Cuando yo era pequeña, en la década de los setenta, iba a veranear a la hacienda Los Naranjos. Conocí a mi tío abuelo Pepe cuando tenía dos o tres años, lo recuerdo perfectamente. Nos reuníamos en esa gran casa todos los primos: César Marcelo, Celia, Lara. A los niños nos levantaban a primera hora, nos bañaban y nos peinaban. Si no queríamos bañarnos nos asustaban diciendo que el baño sería en la piscina, una piscina en la que había unos cangrejos muy grandes. Nunca comprendí qué hacían aquellos cangrejos allí, además el agua estaba helada porque es la parte del país que es muy fresca. Hacía frío por la mañana y te tenías que abrigar. Como decía, nos peinaban, a mí me hacían dos colas. También recuerdo ese olor a café tostado recién hecho.

Las plantaciones principales de la familia eran cafetales y naranjales, pero la hacienda contaba con numerosas explotaciones: vaquerías y lecherías, caballos... Era gigantesca, estaba valorada en cien millones de dólares o algo así.

A las niñas nos hacían ir donde estaban las gallinas a coger huevos frescos muy calentitos, calentitos, ¡vamos, recién puestos! Los metíamos en una cesta y los llevábamos a Mariola, la cocinera, para que hiciera el desayuno. Le llevábamos los huevos, pero no podíamos entrar en la cocina porque éramos Garadiel. A mi madre le encantaba ir donde Mariola para ver cómo hacía las tortitas de maíz, entonces entraba Pepe irritado y le decía:

—Estela, sálgase de ahí, ese no es su sitio, su sitio es estar en la mesa con todos nosotros.

Mi madre contestaba:

—Pero tío Pepe, si estoy aquí platicando con Mariola.

—¡No, no, no! Sálgase de ahí, vamos a ver el campo, donde hay distracciones, o vamos a la sala, donde hay cosas que hacer

Nos mandaban a recoger la leche recién ordeñada; que estaba calentita, calentita, calentita; para que la hirvieran y nos la tomáramos luego. A continuación, nos sentaban a todos, nos examinaban las uñas y el peinado y, cuando Pepe empezaba a desayunar, comenzábamos nosotros. Todo estricto.

Cuando murió Pepe, yo ya era más grandecita. Aquello se convirtió en Falcon Crest. Marcelo, el hijo de

Pepe, asumió la responsabilidad de la hacienda y de todo lo que había hipotecado al Banco Mundial, pero, si ni él se gobernaba, ¿cómo iba a gobernar la hacienda? Se veía a escondidas con mi tía Carlota, a la que todos llamábamos Carla. Rosa, la mujer de Marcelo, se creía el ama superior de la hacienda y a Carlota, como era hija de una criada, no se le tuvo consideración. Rosa se consideraba la dueña de la hacienda, pero vamos, que andaba en las nubes para no darse cuenta de que su marido estaba liado con Carlota. Ella iba de la señora Channing.

Mi abuelo Camilo estuvo liado, porque no se casó con ella, con una señora llamada Amarinda, de la cual tuvo dos hijos: Héctor y Rodolfo. Como no se llegaron a casar, no la dejaban entrar en la hacienda, ni a ella ni a sus hijos, porque mi bisabuela, que estaba paralítica en silla de ruedas, decía que eran hijos del pecado. Después de morir la bisabuela, Pepe los fue dejando entrar poco a poco.

Mi familia, además de ser dueños de la hacienda, eran dueños de casi todo el pueblo. Los hijos de Amarinda, finalmente, heredaron tierras y casas, que en eso mi abuelo sí era bueno, ya que a todos les dio carrera y a todos los dejó heredados. Él decía que la mejor herencia eran los estudios, ya que la hacienda podía

perderse, como así fue. Marcelo, debido a que estaba liado con Carlota, desatendió todo, y toda la herencia que le correspondía la perdió. Nosotros cobramos la que nos pertenecía.

2

Marina

Mi madre, quien conoció a su padre a los dieciséis años, fue criada por su hermana, que era prostituta. Mi abuela, la madre de mi madre, era salvadoreña y vivía en El Salvador. Era evangélica, se casó tres veces. Tuvo a mi tía Marina y después se divorció del primer marido, al que llamaban el Chino. Mi tía tiene una cara muy Oriental, extraña y un cuerpo muy bonito. Cuando tenía quince años, el segundo marido de mi abuela la violó. Al enterarse de esto, la vieja le propinó una paliza a ella con la ayuda de su hermano, el tío Willy, y la dejaron toda amoratada. La echaron de casa, para curarla la recogieron unas prostitutas que vivían cerca. Mi tía Marina, por rebeldía, creo yo, no sabría cómo calificarlo, se fue a Honduras y se metió en la prostitución de alta categoría. Le decían la Sirena, de lo bello que era su cuerpo, y como tenía esos rasgos tan raros, tan achinados, pues era una mujer muy exótica, empezó a ganar mucho dinero.

 Mi abuela, tan creyente de Dios, se quedó embarazada de mi madre, y después aborreció a mi

abuelo, Casiano, quien vivía en un cerro. Un indio de estos que todavía llevan chancas hechas con neumáticos de tractores. Viven en los cerros y todavía conservan su lengua maya. Mi abuela lo aborreció, y en el embarazo lo abandonó, por lo que mi madre no conoció a su progenitor hasta los dieciséis. Mi abuela iba predicando su evangelio. Cuando mi madre ya tenía dos años, le molestaba de tal manera que esta señora se fue a Honduras a buscar a la hija que echó:

—Mirás, vos que tenés dinero, aquí te dejo a Estela para que me ayudes.

Mi tía, quien a pesar de lo que le habían hecho no era mala y quería a su madre, le dijo:

—No te preocupes, yo voy a cuidar de Estela.

Se hizo cargo, y eso que mi tía Marina ya había tenido una hija que se llamaba Raquel, que era de un hombre llamado Cañadas. Las niñas se llevaban dos años, por lo que tía y sobrina se criaron como hermanas.

Mi tía dormía de día y trabajaba de noche. Ganaba dinero, pero conoció a un taxista, el que la recogía y la llevaba, y se enamoró de él, pero este señor tenía un gran vicio que era el juego de cartas, además de ser bebedor. Andaba por allí un estadounidense que estaba loco por ella, le decía que dejara todo, que la llevaría a Estados

Unidos con niñas incluidas, pero ella decidió quedarse con el taxista porque estaba muy enamorada. Se retiró de la prostitución, empezó a coser, sin embargo, el taxista se jugaba todo lo que ganaban. Tuvieron su primer hijo, Alejo. Alejo, no sé qué, porque allí a todos les ponen un segundo nombre. Mi madre y Raquel fueron relegadas por el taxista a purititas criadas.

Mi madre comenzó a trabajar con trece años, estudiaba de noche. Tenía hasta el sexto grado. Cuando conoció a mi padre tendría diecisiete. Mi padre se graduó como maestro de magisterio y se trasladó a vivir a San Pedro Sula, donde conoció a mi madre porque eran vecinos. Una vez que ya era maestro, volvió a la universidad para estudiar periodismo y llegó a ser director de la tuna tocando la mandolina. Estudió tres años de periodismo y cuatro de psicología, pero finalmente terminó siendo educador de adultos para la U.N.E.S.C.O. Se había trasladado desde la hacienda a San Pedro Sula, que es la capital industrial de Honduras. Le gustaba mucho guitarrear. Mi madre quedó embarazada a los dieciocho años y cuando mi padre se enteró, le dijo que abortara. Ella no sabía qué hacer, porque no tenía dinero para abortar. Cuando llevó la noticia de que estaba preñada a su casa, mi tía Marina le dijo:

—¡Mira que te lo dije, ese ojo de bolo!, ¡que te iba a preñar y ahora te va a dejar botada!

Entonces mi tío Hugo, el marido de mi tía Marina, el taxista, quien medía dos metros, se cogió los pantalones y dijo:

—¡Ah, no!, ¡este hijo de puta se las va a ver conmigo!

El taxista era enorme porque era zambo, mezcla de negro e indio. ¡Un armario empotrado! Cogió del cuello a mi padre y le dijo:

—¿Vos qué te creés, que la has tropezado en la calle? Era una señorita cuando la encontraste. ¿La vas a dejar tirada? ¡No, no va a abortar!

Mi padre le dijo que no era el amor de su vida, mi tío le contestó:

—¡Ahora es tu problema, lo hubieras pensado antes, ahora vas a tener a esa criatura!

Le prepararon a mi madre una pequeñita maleta y la llevaron con él. Le dijeron a mi padre que se tenía que hacer cargo de ella y del niño. Entonces, según lo que me contaba mi madre, se mudaron a un cuarto muy pequeño. Él iba a actuar, regresaba a las tantas de la noche, de esta forma fueron saliendo poco a poco.

3

La guerra del fútbol

Mi padre empezó a trabajar en Tabacalera Hondureña, donde formó un sindicato como U.G.T., por eso lo despidieron. A pesar de que procedía de una familia terrateniente, se hizo comunista porque mi madre ya era de izquierdas. Estaba apuntada a las Juventudes Comunistas y tenía una conciencia social muy arraigada. Me dicen que entre los cachorros de la camada de mi madre yo soy la que más se parece porque soy de la C.G.T. Mi padre formó el sindicato en el setenta y dos, justo cuando nació. Mi abuelo murió en abril de ese año. Yo nació en julio, no lo llegué a conocer. En el setenta y dos fue cuando echaron a mi padre de Tabacalera. Cuando fui a Honduras, comprobé que tiene una placa allí: «A Raúl Garadiel por ser el fundador del Sindicato de Tabacalera Hondureña».

Mi hermana y yo nos llevamos tres años de diferencia, ella es del sesenta y nueve. En ese año, mi padre aún trabajaba en Tabacalera, y por las tardes se iba a actuar con diferentes grupos. Hace poco estuve en

Honduras y me enteré de que mi hermana se llama Cecilia por una querida que tenía mi padre. ¡Si mi madre lo sabe, se levanta de la tumba!

En una ocasión, que esto lo contaba mi madre con mucha pena, mi padre la llevó a comer a casa de mi abuela paterna, que era una auténtica bruja. Mientras estaban sentados en la mesa, esta señora le preguntó a mi padre:

—¿Cuándo conociste a esta, era virgen? —Mi padre cogió a mi madre de la mano y se la llevó.

En el año setenta y tantos hubo una guerra entre Honduras y El Salvador, si se busca en Google se ve que fue lo más absurdo del mundo, ¡por el fútbol! Hubo un partido entre los dos países, yo no sé quién coño ganó, pero provocó una guerra armada que duró poco. Mi abuela denunció a mi madre por ser salvadoreña, la encerraron en un estadio de fútbol como si fuera un campo de concentración. Mi abuela era hija de un general que en aquel entonces aún estaba vivo, llamado Doblas Cervera. Ella nunca se puso de apellido Doblas Cervera por orgullo, porque decía:

—¿Ahora me vas a dar el apellido?

Durante el funeral del general, le aparecieron veinte hijos. A todos dio carrera y a todos dio el apellido, pero mi abuela nunca quiso ese apellido. El buen señor no

se casó nunca, tuvo veinte hijos con veinte mujeres distintas. Mi abuela pensaba que si ya estaba hecha una mujer para qué quería los apellidos. A todos los hijos se lo dio cuando ya eran adultos, Doblas Cervera, que además era de renombre y un tremendo abolengo. Era mi bisabuelo, se llamaba Juan. Mi tía Julia fue una vez a verlo, el viejo le dijo:

—¿Vos qué querés?

Ella le contestó:

—Yo no quiero nada, le vengo a decir abuelo que ya me gradué.

O sea, que el viejo también tenía tela, se creía que iba a pedirle algo. Era un amargado dado a la bebida, por eso nadie iba a verlo.

El general sabía lo que había hecho su hija. Mi tía Isabel, hermana de mi abuela, se lo había dicho. Ella sí mantenía contactos con él. El viejo gruñón hizo que sacaran a mi madre del campo de fútbol, porque todavía tenía poder. Mi madre decía que siempre se lo había de agradecer. Tendría mucha guasa, pero sabía que con la familia no se podía hacer eso. Mi abuela era un bicho, y mira que también le habían hecho cosas malas, pues nada, era un bicho.

Mis padres siguieron viviendo en el cuartito, muy cerca de mi abuela, casi enfrente. La vieja vivía en una barriada llamada La Fesitrans. Después se mudaron al barrio Medina, a una casa de madera, que todavía sigue en pie. Fui a verla también en el último viaje. Allí se quedó embarazada mi madre de mí y allí nos criamos mi hermana y yo.

4

Veinticuatro trozos de corazón

Mi hermana nació en un hospital normal, pero yo, como tenían la ilusión de que iba a ser el varoncito, nací en una clínica de categoría. Mi padre estaba muy alegre porque me parecía mucho a él, por los rizos y por el moreno. Me pusieron de nombre Nidia porque una tía de mi padre se llama así. Tengo primas que también se llaman Nidia, es un nombre muy común en Latinoamérica. Nací en una clínica que era de más posibles, aunque acabaran de echar a mi padre de Tabacalera.

Se dice que debajo de la casa de madera habían hallado un huevo podrido con muchos pelos, no se sabe si esa brujería estaba dirigida a mí o a mi madre. Cogieron el huevo y lo tiraron al río Piedra porque cuando se encuentran estas cosas se tienen que tirar al río para que se las lleve. Era para dañar a mi madre, mi abuela hizo todo lo posible y lo imposible para que se alejara de mi padre. A mi tía Marina tampoco le agradaba esa unión, e iba a mi casa para decirle a mi madre que había visto a Raúl en la moto con la guitarra y una rubia, o con la

guitarra y una morena. La guitarra iba siempre, de esa no se separaba. Mi madre se tragaba esas espinas porque ya nos tenía a las dos. Lo que recuerdo de mi padre en aquel entonces es solo por Navidades, en una gran fiesta que se celebraba en la casa de mi abuela. Tengo una fotografía de mi padre y mi madre en la que ambos están muy serios. Yo salgo completamente despeinada con los pelos *tos* locos, que además me lo cortaban como Cristóbal Colón, y mi hermana igual, como un gran peluche, pero todos muy serios. Yo tendría unos tres años en esa foto.

En Navidad nos sentíamos felices mi hermana y yo porque mis tíos, que entonces eran jóvenes, nos hacían reír mucho. Se celebraba una gran fiesta con petardos, pero en la foto de mis padres se les ve enfadados, sin sonrisas, obligados a estar juntos. Es una foto en blanco y negro. A aquella fiesta asistieron mi tío Heraclio y mi tío Héctor, aunque no fuera hijo de mi abuela. Era hijo de Amarinda, la primera mujer de mi abuelo.

Mi tía Julia se casó tres veces con mi tío Blasco, tres veces tropezó en la misma piedra. Era espectacular, cada vez que cogía al marido poniéndole los cuernos buscaba a la amante, le pegaba y la arrastraba. Mi madre decía que no podía hacer lo mismo con las amantes de mi padre

porque le daba vergüenza. En ocasiones, cuando yo ya era más mayor, me decía:

—Si tu padre quiere tener mil amantes, que las tenga, pero no me resbala, me duele.

Mi tía se divorció, pero él volvía a aparecer en Navidad. Mi tío Blasco tenía mucha cara. Cuando mi abuela Matilde lo veía por allí le decía:

—¡Blasco!, ¿qué hace aquí?

Y él contestaba:

—Matildita, que usted sabe que yo la quiero mucho, que ya sabe que yo con la bebida me pongo muy raro.

A las doce horas del día veinticuatro o a la mañana del veinticinco, nos entregaban los regalos. También en esa mañana, mi tío Blasco volvía a estar en la cama con mi tía Julia. A menudo los sorprendía mi abuela, quien empezaba a gritar:

—¡Aquí hay un atajo de putas!

De esta forma, volvían a estar juntos, a casarse de nuevo porque ya estaban empatados y retornaba la vida normal. Mi primo César, que al pobre lo mataron, se ponía muy contento porque su papá y su mamá estaban otra vez juntos. Volvían a casarse, pasaba otra vez lo mismo, se divorciaban y él volvía por Navidad como los

turrone El Almendro. Pero llegó un momento que mi tía no aguantó más. Una vez que mi abuela ya estaba mayor y mi padre se vino para España, no se volvieron a celebrar más las fiestas. Eso sería por el setenta y nueve.

A mi primo lo asesinaron con una bala que le partió el corazón en veinticuatro pedazos. Era una bala especial que solo utilizaban los militares o paramilitares. Lo estaban esperando, no le robaron nada, y eso que llevaba un millón de pesetas en lempiras, seis mil euros de los de ahora, y eso era un dinero. Se dice que tuvo que ver con el contrabando de armas. En aquella época, en la frontera entre Honduras y Nicaragua aún existía la guerrilla, mientras que en otra zona la contra. Allí nadie se acercaba, pero mi tío Héctor sí lo hacía, de hecho, tiene mucho dinero. Tenía un negocio de alimentación, se decía que repartía comida y de todo, porque con un negocio de alimentación no te haces millonario. Él se arriesgaba a ir hasta las montañas donde nadie pisaba a llevar comida y algo más, que podían ser armas.

Aquel día no le tocaba hacer esa ruta a mi primo César, le tocaba a mi tío Héctor, pero lo cambiaron. Tras el suceso, la persona que acompañaba a César entró en estado de shock y se quedó mudo. Al día siguiente, al socio de mi tío Héctor le atropellaron a una hija de cinco

años, el carro se dio a la fuga. ¡Qué casualidad! Las casualidades no existen. No se sabe quién lo mató, aunque lo sospechábamos. Todo quedó en agua de borrajas. En sus conciencias estará, mi madre decía que en esta vida se pagan hasta las malas miradas. Tardará más, tardará menos, pero se pagan, aunque sea ya de viejito con una mala enfermedad.

5

La cera

En aquellas Navidades yo tendría tres años. Recuerdo que nos andaban buscando para hacernos una foto a mi primo César, a mi hermana y a mí. Mi tío Heraclio y mi tío Cayetano nos subían a hombros y siempre nos andaban petardeando. A mí me decían «mi negrita».

Era una fiesta preciosa, pero a mi madre nunca la vi feliz por culpa de mi padre. Cuando yo nací, mi padre estaba borracho y me inscribió en el registro civil como Nidia Julia Garadiel Romero, cuando mi nombre es Nidia Julia Garadiel Carranza. Me inscribió como madre salvadoreña cuando ella ya tenía la nacionalidad hondureña. «Abuelos maternos desconocidos», ¡hijo puta!, ¡si sabía que su padre se llamaba Casiano y su madre se llamaba Julia! ¡Qué borrachera tendría!

Me contaba mi madrina Copelia que mi padre era alcohólico, hasta el punto de ponerme un apellido que no me correspondía. Cuando regresé a Honduras, me quise sacar la cédula de identidad hondureña y resultó que no me encontraban, que yo no existía. Hasta ahora no he

podido arreglar la documentación, mi tía me la enviará. Ella me dice:

—¡Ya *sos* hondureña, ya *sos* hondureña!

Mi padre ha sido toda la vida un irresponsable. Si no hubiera sido por mi madre, hoy por hoy no tendría la casa que tiene. ¡Ese monumento de casa!, que cuando mi madre vivía la tenía... Está en Palomares del Río, en una urbanización donde vivía un cantante muy famoso. Mantenía la casa que parecía un capitolio. Hoy por hoy es un desastre, porque como tienes tu mente de ordenada, así tienes tu vida y tu casa. ¡Así está!, hecha polvo, que es una lástima.

Recuerdo que una noche en la que habían asistido a una actuación de mi padre, o algo parecido, tuvieron una discusión muy grave. Ella caminaba como si estuviera tambaleándose. Al llegar a casa, él fue al cuarto de baño, yo entré detrás, me gritó:

—¡Ándate de aquí!

Me asustó, mi madre me cogió en brazos y me llevó a la cama. Mi padre no me había gritado nunca, yo era su niña chiquita. En una ocasión, se fueron los dos y nos dejaron solas a mi hermana y a mí. Yo era muy pequeña, lloraba y lloraba sin consuelo. No había nadie en la casa

porque no nos habían dejado con cuidadoras ni nada. Habían ido a una reunión del Partido Comunista.

Una noche, frente a la casa, se produjo una gran explosión y un incendio. Lo primero que hizo mi padre fue coger la guitarra y ponerla a salvo. No podíamos salir hacia el frente porque era donde estaba el incendio, así que tuvimos que saltar un muro para escapar a la casa de al lado. Salvó primero la guitarra, ¡el cabrón! Y mi madre nos cogió a nosotras dos. Es que lo de mi padre no es normal, no le funciona bien la pelota. El amor de su vida es su guitarra. ¡Coger primero la guitarra! ¡Este tío está *volao!*, ¡vamos!, ¡alguien voló sobre el nido del cuco! Él es Jack Nicholson.

Siendo yo aún muy pequeña mi madre se fue a Cuba. El Partido Comunista la envió para que estudiara ciencias políticas. Tenía que estar dos o tres años. Mi madre le dijo a mi padre:

—Raúl, te dejo responsable de las niñas, ya sabes que son alérgicas a estas braguitas baratuchas de mercadillo. Vos *ganás* bastante dinero, así que no se las vayas a dejar a tu mamá, te haces cargo vos.

Él trabajaba entonces con el gobierno en no sé qué de sanidad, instalando letrinas en los pueblos campesinos. La gente de su familia es del gobierno en la

capital y San Pedro Sula, todos son del Partido Nacional, todos son cachurecos, como dicen ellos. Todos diputados y no sé qué y no sé cuánto. En fin, que lo enchufaron a él.

Seguíamos viviendo en la casa de madera. Mi tío Alberto, el hermano mayor de mi padre, y mi tía Elsa abandonaron la finca porque mi abuelo ya había muerto y vinieron a casa para cuidarnos. Resulta que este señor bebía sin control. A mi tía le daba palizas cuando llegaba borracho mientras ella nos cogía a mí en la cintura y a mi hermana de la mano. Le daba patadas en la cabeza y la dejaba con la nariz sangrando, todo delante de nosotras. Ella, corriendo por toda la casa, y él:

—¡Venid, os voy a matar, voy a coger el machete y os voy a machetear!

Hasta que podíamos salir de la casa volando las tres. Volvíamos con mucho miedo cuando él ya se había dormido. Eso era un día sí y otro también, porque era alcohólico, hasta que un día Raquel, una íntima amiga de mi madre, le dijo a mi padre:

—Oiga Raúl, usted sabe lo que pasa en la casa de madera, esas *cipotas* (niñas) lo están pasando muy mal porque están viendo lo que Alberto le está haciendo a Elsa. Esas *cipotas* no deberían vivir en ese ambiente. ¿Usted no sabe que su hermano es alcohólico y que le

pega panzadas a Elsa? ¡Yo se lo advierto, las *cipotas* no están bien!

Mi padre le contestó que su hermano bebía lo normal, como diciendo que le pegaba lo normal, pero la reprimenda hizo su efecto. No se le ocurrió otra cosa que mandarnos a la casa de mi abuela.

Mi padre le proporcionaba a mi abuela cada semana una cantidad de lempiras, pero la bruja nos compraba lo más barato del mercado y nos causaba alergia. Como yo me orinaba de noche, la puta de mi hermana avisaba a mi abuela, que me sacaba a las cuatro de la mañana, a una niña de tres años, a restregar. Ella todavía lavaba en el rival de piedra, así que me ponía una sillita para que fregoteara las sábanas y las tendiera.

—¡Eso para que no te mees más!

Ponía a secar el colchón, me acostaba a dormir en el sofá y, a partir de cierta hora de la tarde, no me dejaba tomar agua. Después, la buena señora me apuntaba al vientre con una palmatoria y con la cera hirviendo de una vela encendida me quemaba. Me iba echando la cera derretida por el vientre porque decía que así se me quitaban las ganas de mear. ¡Chorreando de cera!, eso nunca se me va a olvidar. ¡La hija de puta!, *toíta* chorreando me ponía. En el pasillo, antes de llegar al

salón, había un lavabo pequeñito con un grifito. Me ponía como los perritos a chupar las gotitas porque tenía sed, y cuando mi hermana me veía decía:

—¡Abuelita, abuelita, Nidia está bebiendo agua del grifito!

¡Qué mala era mi hermana!, yo no sé qué daño le he hecho. El único daño que le he hecho ha sido nacer, me da mucha pena.

Mi abuela era malvada. Cada noche, si me orinaba, me levantaba. Cuando llegaba mi padre no le podía contar nada. Había un columpio en su casa donde yo me sentaba y miraba al cielo. Me preguntaba si mi cielo sería igual que el de mi madre porque creía que no la iba a ver más. ¡Aquello era horrible, horrible, horrible! Me sentía como un perrito desprotegido. Mi hermana me hacía la vida imposible. Tenía miedo de todo, incluso de comer, ya que me obligaba a tomar una sopa que mi abuela hacía, pero no sabía cocinar. Miedo también a la hora de dormir.

Mi tío Heraclio tenía una novia llamada Fe que era muy amable conmigo. Me cuidaba mucho y era la única que me protegía, hasta que una vez, en una de las borracheras de mi tío, no aguantó más. Ella se fue y se terminó mi protección.

Cuando mi padre aparecía con una amante me decían que era mi nueva mamá, ¡Me hacía tanto daño! Él tenía una querida rubia que tenía una hija a la que yo le daba hasta bocados. Nunca venía a vernos y siempre estaba con esa mujer y esa niña para arriba y para abajo. Yo me preguntaba por qué mi madre nos había dejado allí.

Mi tío Heraclio se emborrachaba y entonces quería pegar a mi hermana y a mi abuela. Yo me aterrorizaba y me metía debajo de un sillón. Además, todas las noches me quemaban la barriga con cera.

Mi primo César vivía con nosotros porque mi tía Julia estaba estudiando. Los domingos nos hacían ir a la iglesia, mi abuela nos chantajeaba diciendo que si no íbamos, no nos llevaba al cine, lo único bueno que teníamos.

No tengo buenos recuerdos de esa mujer. El día que murió yo estaba en la feria de Sevilla. Aquella feria me fui un lunes y volví el lunes de la siguiente semana, mi madre me dijo:

—¡Hija de puta, que tu abuela se ha muerto y tú ni te has enterado!

Respondí que para lo mala que era la vieja llevaba toda la vida muriéndose.

—¡No digas eso que era tu abuela, ten un respeto!

La zapatilla voladora no me dio en la cabeza de milagro, menos mal que me escapé a la cocina. ¡Por Dios! ¿Respeto? ¿¡Qué respeto ni qué respeto si ha sido lo más malo del mundo!? Le dieron dos ictus, por eso digo yo que todo se paga, y con los dos ictus sentada en una sillita con un bastón, cuando sus nietos chiquititos corrían y pasaban junto a ella, les ponía el bastón para que tropezaran y cayeran. Es que la que es mala es mala. Se nace así y ya está.

6

El apellido Garadiel

Mi primo César vivía con nosotros porque mi tía Julia se fue a laborar a Tegucigalpa y dejó a su hijo a cargo de mi abuela. Era maestra y llegó hasta el ministerio de educación siendo muy joven. Fue profesora de universidad, pero no por enchufes, que ella lo hizo todo por becas. Estuvo en Chile y en Argentina y conoce todos los países latinoamericanos. Fue muy una estudiante brillante. Para que estudiara, mi abuela le crio a César, aunque este, con dieciséis años, se independizó y se fue a vivir con mi tío Héctor a un apartamento que alquilaron los dos.

César era el mayor de los tres nietos, yo la más pequeña. Mi abuela, quien era muy católica, apostólica y romana, nos obligaba a ir los domingos a la iglesia, pero luego nos llevaba al cine para ver una película del masoquista Walth Disney. ¡Bambi es que es de masoquistas, coño! ¡Qué película más triste! Ningún personaje femenino de Disney tiene madre, todas son huérfanas de madre, ¡Qué triste joder! Y las madrastras

todas malísimas, y al Bambi le mataron a la madre. ¡Todos los niños llorando allí! Solo la bella durmiente tiene madre, pero la duermen a la chiquilla, y ni príncipe azul ni nada, todos son morados, ¡coño! ¡Que es la realidad!

Mi primo César siempre nos hacía reír con sus bromas. Mi tía Julia llegaba los fines de semana, después de cargarnos la misa e ir al fantástico cine Lux, nos llevaba a comer al centro de San Pedro Sula. Para nosotros aquello era una fiesta apoteósica.

Mi padre no se presentaba en todo el fin de semana, aparecía algunos domingos con cualquier loca que se hubiera encontrado. Él tenía una Kawasaki, venía de higo a breva. Cuando llegaba le dábamos quejas de las braguitas que nos daban alergia, él no nos escuchaba, le daba dinero a la bruja para que nos comprara bragas nuevas, pero ella no lo hacía. Pasé dos o tres años de esta manera, ya que cuando mi madre regresó yo tenía cuatro o cinco años.

Mi tía Constanza; a la que todos llamamos Consti, que vivía en Dolores y es hermana de mi padre; se separó y vino a vivir también allí con sus dos hijos: Miranda y Néstor. A Néstor le daba unas palizas tremendas su madre. Descargaba en él toda la amargura que llevaba dentro porque estaba amenazada de muerte por su

exmarido. La familia del exmarido era de pasta y la andaban buscando para matarla. Mucho dinero, pero, así como tenían tanto, eran de asesinos. Ocho hermanos, todos muy machos, si no se la cargaba uno se la cargaba otro. La querían matar porque dejó al marido. Él bebía y le pegaba, y ella cogió a sus dos hijos y se fue a San Pedro Sula. Una de las veces que Constanza volvió a Dolores se lo dijo a mi tío Alberto, uno de sus hermanos y este le puso guardaespaldas: dos caballos con rifles por delante y dos por detrás para que no le hicieran nada. ¡Viñas!, Viñas se llamaba el exmarido. Este hombre acabó cortado a trozos. No era buena persona tampoco, cuando acabó así no lo sería. Allí las reyertas se dirimen a machetazos, te cortan a trocitos machacados, machacados.

A nosotros no nos pegaba mi abuela, a mí me hacía otras cosas, pero pegarnos pellizcos y hacernos cicatrices no. Mi prima Miranda presenta cicatrices de pellizcos de mi abuela en la cara, de uñas hincadas, y aún tiene azotes en la espalda marcados, y mi primo Néstor igual. Nosotras fuimos afortunadas porque no sufrimos esa clase de castigos. Yo sentía el pánico de la noche, pero ellos sufrían el pánico de la noche, del día, de la madre y de la abuela.

Mi abuela trataba a mi tía Constanza como si fuera un felpudo. Le reclamaba hasta el techo donde vivía porque la tenía recogida. Era la criada. Mi abuela trabajaba como directora de un colegio de monjas, el colegio San José. Siempre estaba pintada, era tan presumida que una vez no se percató e iba con dos bolsos a la vez en su mano. Por la mañana, se iba a trabajar mientras que mi tía vendía lotería, naranjas, de todo. Encima tenía que limpiar la pobre como una chacha. Aquella amargura que llevaba dentro la descargaba contra sus hijos tan pequeños. Mi hermana y yo estábamos en ese colegio San José, pero mis primos no porque era un colegio de postín.

Mi abuela trataba así a mi tía porque perdió el apellido Garadiel. Llevar el apellido era lo importante, de hecho, mi tía Julia, mujer de mi tío Blasco, mandó que a su hijo César le pusieran César Garadiel Blasco. Yo soy Garadiel Romero, mis primos son Viñas Garadiel.

La vieja guardaba un gran rencor porque a ella la echaron de la casa de los Garadiel cuando estaba embarazada de mi tía Constanza. Eso fue después de que su suegra dudara de que la niña fuera de mi abuelo. Ella misma no llevaba el apellido Garadiel, pero lo veneraba.

7

Un poncho y una muñeca de trapo

Cuando a mi abuela Matilde la echaron de Dolores, se fue a una aldea donde vivía un campesino que tenía nueve hijos y que se enamoró de ella. Tenía nueve hijos, pero no estaba casado. Yo sé que mi abuela era muy guapa, no me extraña que el campesino dejara a su mujer y a sus hijos y se volviera loco por ella. Mi abuela dijo que, dado que no estaban casados, él podía abandonar tranquilamente a aquella mujer y a esos hijos. ¡Es que era mala!

Este hombre, don Cándido se llamaba, se casó con mi abuela y tuvo tres hijos: Heraclio, Dito y Cayetano. La madre de los nueve niños falleció, y justo cuando mi tío Cayetano nacía, el campesino fue a la lápida de su mujer y, por remordimiento, se pegó un tiro. Mi abuela llevaba toda esa amargura dentro porque sabía que no había hecho bien. Yo, por muy guapa que sea, no me meto en una pareja que tiene nueve hijos solo porque no están casados. Y eso que se crio en un colegio de señoritas, porque, aunque era hija de una verdulera del mercado, su padre, el general, le pagó un colegio de señoritas para

quitarla del ambiente de la madre. El suicidio de don Cándido ocurrió cuando ya residían en San Pedro Sula, por lo que siguió adelante en la ciudad con sus tres hijos y Constanza.

Creo que me estoy perdiendo un poco, vuelvo a cuando vivía con mi abuela. Una vez que Constanza vino a vivir a la casa, la vieja ya no descargaba su amargura tanto en mí como en mi prima Miranda y mi primo Néstor. Cuando mi tía Julia llegaba, a los que nos sacaba al cine y a los que nos invitaba a comer, era a mi hermana, a mi primo César y a mí, a los otros dos no porque decía que estaban con su madre y que debía encargarse de ellos, pero la pobre Constanza no podía porque era la chacha de la casa. Es que mi tía Julia y mi tía Constanza no se criaron juntas y no tuvieron casi relación ninguna. Parece que es menos hermana que los otros, siendo hermanos de padre y madre.

Mi abuela vivía casi enfrente de nuestra casa de madera. Todavía recuerdo el día en que mi madre llegó de Cuba, muy delgada, con unos pantalones blancos. Venía muy peladita, como se decía en francés a lo garzón, así con unas patillas, una pabela blanca y unas gafas muy grandes, supermodernas. Los pantalones eran estrechos y acampanados. Ella siempre había sido gordita, se

descuidaba mucho. Nunca la había visto tan delgadita, y con tacones tenía un cuerpo muy bonito. Llevaba una blusa de flores pequeñas y discretas, como entre negro y naranja, abotonada hasta arriba, y un bolso muy grande; bueno, es que no era un bolso, era una cesta así al lado con un pañuelo. La vi, pero no la reconocí, me quedé mirando, me llamó:

—¡Nidia!

Corrí, corrí y corrí, me abracé, me parecía mentira, me agarré a ella como una garrapata. Se me saltan las lágrimas, me emociona mucho este recuerdo. Nunca se me olvidará, ella soltó el bolso y la maleta. A mí me parecía que nunca iba a volver. Fui la primera que la vi, nadie sabía que iba a regresar ese día, sería cosa del partido. Me parecía una modelo, me agarré como una garrapata, como sintiendo que ya estaba allí mi salvavidas. Luego llegaron mi hermana y mi padre. Él no lo sabía, se enteró de que ella había llegado por mi abuela y por los vecinos. ¡Aquella emoción!, ¡parecía que se había muerto y me había dejado sola, y volverla a ver tan guapa!

Todo el barrio la vino a ver para preguntarle cómo le fue en Cuba. Nos enseñó los títulos que había conseguido y los dientes que se había arreglado, y yo, como un monito, todo el tiempo encima de ella. Mi padre

no le había dicho nada de que estábamos viviendo con mi abuela, tampoco se lo dijo una vez que regresó, pero mi madre se extrañó de que él fuese a recoger nuestra ropa a casa de mi abuela. Cuando lo supo, tuvo una gran discusión con mi padre.

Yo estaba feliz, además me trajo una muñeca cubana: una mulata con su gorro, su moño, unas congas y el traje típico cubano. ¡Preciosa, preciosa! Con sus labios rojos. Era de trapo, porque a mi madre le encantaban. Lo único que conservo de ella es un poncho celeste que usaba, la muñeca de trapo ya no la tengo. Paco me regaló otra también muy bonita, esa la tengo envuelta en el poncho. La muñeca soy yo, el poncho es mi madre que me está abrazando y envolviendo. ¡Cada uno con su imaginación!

8

Estela

Mi madre, en cuanto volvió, comenzó a comprar y vender ropa y zapatos de importación de México y Brasil. Empezó a viajar, pero viajes cortitos, de un día o dos. Se recorrió todo el país, además puso su boutique, ¡pues buena era mi madre, que si le tenía que vender una camisa a mi padre se la vendía! ¡Vamos! De regalitos nada, que mi madre vendía hasta las malas miradas, decía ella. Lo vendía todo. Era muy trabajadora, nos enseñó a ganar dinero a nosotras, nos decía que si queríamos podíamos organizar una tómbola, y así lo hicimos. Comprábamos un peluche y vendíamos las papeletas a los niños del barrio por un lempira o por no sé cuántos centavos. Así teníamos dinero para ir al cine, mi hermana y yo nos repartíamos las ganancias. Era muy lista, nos enseñó a ganar dinero, y eso que éramos muy pequeñas, vamos, que éramos dos mocos. La pelota le trabajaba a mil, todo lo que tiene mi padre se lo debe a ella.

Nos fuimos a una urbanización de más categoría, fuera de la ciudad, como aquí el Aljarafe. Se llamaba Los

Castaños. Ni madre compró una de las primeras casas, con valla y jardín. Era muy bonita, tenía dos cuartos de baño y cuatro habitaciones. Además de un dormitorio para las dos, disponíamos de un cuarto de muñecas, ya que mi madre viajaba mucho y poseía muñecas de trapo de todas clases y países: mexicanas, cubanas, argentinas.

Compraba principalmente el zapato brasileño porque era de muy buena calidad, se adquiría barato y se vendía muy caro. Vendía hasta los barreños de la ropa, y lo que no se despachaba en la boutique, se llevaba a las aldeas de los campesinos y se liquidaba. No tenía coche, iba en autobús, se movía como una hormiga con su carga, a ella no le hacía falta nadie.

Mi padre, a veces, se pasaba una semana fuera porque lo habían destinado a un pueblo perdido de la sierra y no volvía en una o dos semanas, pero mi madre no se preocupaba, contrataba a una muchacha para que nos cuidara toda la mañana y toda la tarde y nos hiciera de comer. Todos los días, a las cinco de la tarde, me iba a la esquina de la urbanización a esperar a mi madre. Yo parecía un perrito, cuando ella bajaba del autobús iba corriendo a abrazarla.

En esa urbanización fui muy feliz, aunque el colegio no lo dejamos y seguimos acudiendo al

distinguido colegio San José. Íbamos en tren solitas hasta San Pedro Sula, y desde allí andando hasta el colegio cogidas de la manita. Mi hermana podía tener entonces unos ocho años o así. Mi madre nos hizo muy independientes. Ella tenía que coger el autobús para ir a otro sitio y no podía repartirse, pero eso fue solo el primer año, pues ya en el segundo, cuando nos instalamos bien en Los Castaños, nos matriculó en la escuela del barrio.

A esa escuela también acudíamos solas, porque la muchacha que nos cuidaba no nos llevaba nunca. Tonterías nada, y en Triana igual, yo vivía en la calle Pureza e íbamos a la calle Pagés del Corro solas. En Triana, mi madre, por las mañanas, se levantaba y nos hacía mortadela frita en una tostada. A mí me parecía que aquello era muy raro, y Cola Cao, que a mí no me gusta la leche y se me quedaba en medio de la garganta y me daban arqueadas. Nos daba la mortadela frita y nos mandaba al colegio, así nos hacíamos independientes. Años después, cargábamos con el cabezón de mi hermano, hasta que mi hermana salió del instituto.

Mi hermano Raúl llegó a Sevilla con tres meses. Cuando mi padre se vino para España, dejó preñada a mi madre. El cabezón y yo nos llevamos siete años de diferencia.

9

Adiós a Honduras

Durante nuestra estancia en Los Castaños, mi madre iba a vender a las aldeas. Aprovechó para ir introduciendo en el país periódicos clandestinos con la intención de llevarlos, ella o mi padre, a las zonas rurales. En Honduras teóricamente no había una dictadura, pero campaban los batallones de la muerte, de estos paramilitares que te daban una patada y te hacían desaparecer, algo que era peor que una dictadura. Allí la guerrilla nunca tuvo huevos, no fue como en El Salvador.

Después trabajar en sanidad, mi padre se dedicó a dar clases a adultos porque estaba en posición del título de maestro para personas mayores. Reunía a unos cuantos campesinos y les daba clases para que aprendieran a leer y a escribir. Le decían el Profe, le pagaban con gallinas y frijoles porque no tenían dinero. Si le dices a un campesino que no a un presente con el que te quiere obsequiar, realizas la peor ofensa que le puedes hacer, y por eso, de vez en cuando, llegaba con un gallo vivo. Mi madre le decía que qué iba a hacer con aquel

pollo. Aparecía con un montón de frijoles, o de maíz, o de fruta, lo que los campesinos recolectaban.

Algunos días, mi padre decía que nos íbamos a tal sitio o a tal aldea porque nos habían invitado a comer. Llegábamos a una aldeíta pequeña y veíamos a los niños con esos calzoncitos y esas barrigas llenas de lombrices de comer tierra porque les faltaba el calcio. Sentíamos ese agradecimiento, mi padre les estaba enseñando a leer para que no los engañaran. Me da pena de mi pueblo, como la canción de Violeta Parra: *¡Qué triste está mi pueblo con las casas de cartón!*

Nos invitaban a comer una sopa para la que habían matado un pollo que era el que les dejaba preñada a las gallinas. Te ofrecían lo que tenían, cocinaban ellos su sopita de pollo a la que le ponían sus huevecitos y te lo daban con su elote que lo acababan de sacar del fuego, vuelta y vuelta, y lo untaban de mantequilla. El elote es el maíz cuando está pequeñito, cuando está tierno y todavía no ha crecido del todo. Cortan la mazorca jovencita, la pelan, la ponen al fuego, la untan de mantequilla, te la dan y eso está de muerte. Otras veces era frijoles con arroz, o mantequilla y queso con sus riquísimas tortitas recién calentitas. Para ellos eran *delicatessen*. Para celebrarlo, hacían una fiesta a la que mi padre llevaba la guitarra para

alegrarlos. Pasábamos toda la mañana y toda la tarde allí. Esos recuerdos con mi padre y mi madre sí son buenos. Mi madre, con respecto a las infidelidades de mi padre, decía:

—Yo pongo en una balanza, en un lado la humanidad de tu padre y en otro cómo es con las mujeres, y gana la humanidad, además somos compañeros de vida y de partido.

Permaneció enamorada de él hasta el día en que ella murió. Él iba a una actuación, ella le decía:

—Calcetines oscuros, pañuelo blanco para cuando sudas.

Y yo le respondía:

—Mamá, ¿te quieres estar quieta?, que soy yo la que le está preparando la maleta.

Ante todo, era su marido, una manera de querer a una persona hasta el último momento de su vida, un auténtico enamoramiento. Me contaba que cuando eran novios, si no veía a mi padre, le entraba fiebre. Yo le decía:

—¡Anda ya, que eso no existe coño, que eso son fábulas!

Y contestaba:

—Eso me ha pasado a mí.

Me quedaba mirando y le respondía:

—Eso solo les pasa a las tontas.

—Eso lo dices porque nunca has estado enamorada. Tú has querido, a ti te han querido, pero tú enamorada, no.

¡Qué enamorada! ¡Enamorada del culo! Que eso solo pasa en esas tierras, que le comen la orejita y así se vuelven, pero eso es estar enferma. A mí esa clase de enamoramientos no me gustan, que aguantan carros y carretas. Yo quiero un amor sano, pero un amor que a mí me estén apaleando, ¡no *miarma!*, ¿qué quieres que te diga?, primero yo.

Sí, he estado enamorada, del padre de mis hijos, que ha sido al único hombre al que yo le he parido dos hijos. Fue el primer amor de mi vida, yo tenía quince años; aun así, una cosa es eso y otra aguantar carros y carretas. Mi madre ponía en una balanza los gestos que mi padre tenía con los campesinos; que no fueron pocos, que fueron un montón de familias las que aprendieron a leer y a escribir; y se volvía a enamorar.

Mi tía Julia ya estaba en el gobierno, la familia siempre había sido de derechas. Empezaron a comentarle que a mi padre lo estaban buscando los milicos de un famoso general que más tarde fue encontrado acribillado en su coche con un cartel colgado al cuello que decía: «Por

los miles de desaparecidos en tal zona». Eso hizo que mi padre empezara a pensar en picar billete. Sería el año setenta y siete o setenta y ocho.

Mi madre, para poder trabajar, nos tuvo al cuidado de muchachas. A una de ellas, es que yo era tremenda, le daba bocados en la mano. Yo era un bicho. Se llamaba Marisol, mi madre la puso a estudiar secretariado, pero ella se fue después de decirle a mi madre:

—Mire Estela, yo la quiero mucho a usted, pero no aguanto a Nidia, que es muy tremenda y me da unos bocados que me deja mirando a Dios.

Después vino Mari, que fue la que nos cuidó durante más tiempo. Llegó la pobre después de que el señorito del pueblo la dejara embarazada. Llevaba el pelo por la cintura lleno de piojos, entonces cogió mi madre y la despiojó. Mi madre había sido peluquera, pero no tenía el título porque el cabrito de mi padre no se lo sacó, nunca se lo pagó. Allí los títulos se pagan. Le cortó el pelo a Mari, la despiojó totalmente, le hizo que se depilara las cejas, la puso muy guapa y le enseñó trucos como ponerse limón cuando no tuviera desodorante. Le cogimos mucho cariño a Mari, aunque de vez en cuando le hacíamos alguna putadilla.

Mi padre tenía una Kawasaki muy grande con la que iba de ligón por la vida. Un día fuimos al cine los cuatro montados en la moto, nosotras dos cabíamos porque éramos muy pequeñas. No se me ocurrió otra cosa que dejar a Mari encerrada en el cuarto de baño, y para colmo, mi padre no se llevó la llave porque la muchacha se quedaba en casa. Cuando llegamos, se tuvieron que saltar a la casa, salir al patio de abajo y desde allí abrir la puerta. ¡Mi padre me dio una que todavía me acuerdo! Y la muchacha llorando porque se había pasado toda la tarde encerrada.

En aquella casa sí me lo pasé muy bien y fui muy feliz, tengo muy buenos recuerdos de esa parte de mi infancia. Tenía vecinitas que eran mis amigas. En el lugar donde cada día esperaba a mi madre, había un estanque. Cogíamos botes de cristal y metíamos ranitas. La tierra de Honduras es negra, con ella jugábamos a hacer tortillitas. Las hacíamos las niñas, los niños venían a jugar a que nos la compraban.

En aquella época yo estaba muy mimada por mi padre. Si mi madre me reñía, me escondía debajo de un sofá azul muy bonito que había en la casa y no salía hasta que no llegaba mi padre y me decía:

—¿Dónde está mi negrita linda? Venga para acá que le vamos a reñir a esta vieja tonta que te ha regañado.

Siete años estuve, como quien dice, siendo la reina de la casa, hasta que nació el cabezón de mi hermano. Cuando mi madre se quedó embarazada, todo el mundo me decía que me iba a caer de la moto, que se me iban a terminar los mimos, pero a mí me daba igual porque mis siete años ya los había reinado.

A mi tía Julia le dieron el segundo toque. Fue entonces cuando mi padre comprendió que se tenía que venir para España. Afortunadamente, aquí ya estaban mi madrina Copelia y su hermana Noelia, quienes le habían solicitado una beca en el conservatorio de Sevilla para venir a estudiar y se la habían aprobado. Él se vino en el setenta y ocho. Detrás de él, seis meses después, se vino mi prima Raquel, la hija de Marina.

Estando mi madre del embarazo ya bastante gorda, los milicos rodearon nuestra casa. Nos encontrábamos en la casa solo mi hermana y yo porque Mari había ido a comprar. Llamaron a la puerta, preguntaron por nuestro papá, le dijimos que no estaba. Nos volvieron a preguntar si estaba en Rusia y respondimos que en España. También negamos que nuestra madre estuviera en casa y a una pregunta respondimos que no, que ella nunca había

estado en Cuba. Armados hasta los dientes, terminaron diciendo:

—Decidle que hemos estado aquí.

Cerramos la puerta, Mari ya estaba llegando. Cuando le contamos lo que había ocurrido, la pobre se puso a llorar y cuando llegó mi madre le dijo:

—Mire doña Estela, yo la quiero mucho y los años que he pasado aquí han sido maravillosos, pero a mí me dan mucho miedo los milicos. Me voy a ir a mi pueblo.

Mi madre le dijo a Mari:

—Te vas a ir a tu pueblo, pero te vas a ir bien, yo te voy a dar tu dinero más otro dinerito más para que montes cualquier cosita y te vaya bien con tu hija.

Nos enteramos de que puso un negocio de no sé qué y que el terrateniente del pueblo que la había dejado embarazada le pidió matrimonio, se casó con él y la niña fue reconocida, así que algo bueno hizo mi madre con Mari.

Luego vino una muchacha que se llamaba Ofelia que era pelirroja. Me regaló un pollito chiquitito. Lo críe, y cuando se puso grande salió un gallo de estos de pelea que cuando te veía, te picoteaba. El pollo era un asesino, el hijo de su madre. A mí no, a mí no me hacía nada, pero el pollo era peligroso y lo teníamos en la parte de atrás de

la casa. Ofelia nos cuidó hasta que mi hermano Raúl nació.

 Mi madrina Copelia le comentó a mi prima Raquel, que ya estaba aquí:

 —Mirad Raquel, me gustaría que miraras en las cosas de Raúl porque hay una serie de cartas que deberías leer.

 Raquel leyó las cartas, que eran de una amante de mi padre que tendría unos dieciséis o diecisiete años y se llamaba Lucía. Mi padre, la tal Lucía y mi tía Julia habían planeado el traerla a España, era algo inminente.

 Mi madre tuvo la fortuna de que la madrina de bautizo de mi hermano Raúl fuera Leonor Hidalgo, que es una de las mejores compositoras que hay en Latinoamérica. Era, porque ya ha muerto. Leonor Hidalgo ayudó a mi madre a preparar todo y le decía:

 —Estela, por su dignidad no debería ir, pero si lo quiere y está montada en el caballo, lo tiene que domar.

 El partido le dio a mi madre dos opciones, o venir acá para contactar con el Partido Comunista de aquí o ir a la Unión Soviética. Habló con nosotras y nos dijo qué pasaba, aunque no nos contó lo de mi padre, que de eso nos enteramos siendo ya adultas. Nosotras quisimos

venir con nuestro padre porque teníamos deseos de reunirnos con él.

Mi madre lo vendió todo en menos de dos meses, hasta el frigorífico, hasta nuestros juguetes. La casa se la vendió a una del partido, además cobró parte de la herencia de mi padre, el resto se lo debían enviar poco a poco. Compró los pasajes, contrató hasta una azafata que le ayudaba con el niño. Mi madre tenía muchos cojones, para cobrar se fue a decirle a mi tío Marcelo que ejecutara la parte de la herencia que nos correspondía, pero se fue bien gorda y preñada, que por poco no la coge un toro cuando estaba subiendo a la hacienda. Mi tío Marcelo le dio el dinero y pronto nos vimos en Miami. Se trajo hasta un molino de estos de moler maíz. Recuerdo a un negro cubano que le decía que si lo que llevaba eran piedras de lo que pesaba, ella le contestaba que se callara, que para eso le pagaba. ¡Mi madre era...! Iba con mi hermano chiquito en brazos y con nosotras de la mano y, para colmo, yo me perdí. Los altavoces llamando a la familia Garadiel Romero, yo perdida y mi madre buscándome. ¡Un *show*! Pero me encontraron y subimos al avión.

Volamos con la Panamerican, en unos tiempos en que solo viajaban en avión gente de dinero. El aparato era gigantesco, los asientos eran como camas y te daban unas

mantitas para los pies, un gorrito y una almohada, como en primera clase ahora. A mi madre las aeromozas, en Latinoamérica se llaman aeromozas a las azafatas, le preguntaban si quería que le calentaran la leche al bebé. No le faltaba de nada. Como yo era tan inquieta, iba para arriba y para abajo y me daban cosas de «Vuele con la Panam». Eran como pins, dos alitas que se abrochaban. También me daban gorritos. Todo eso lo tengo clavado en la memoria, mi hermana Cecilia iba con un traje así muy vaporoso que parecía de *Lo que el viento se llevó*, con un gorro. Ella iba de color amarillo, yo de celeste.

PARTE 2^a

TRIANA

10

La tribu de Raúl

Al llegar a Madrid, hacía un frío insoportable, era solo octubre, pero procedíamos de un país tropical. Mi padre no sabía nada de nuestra llegada, así que cuando mi madre lo llamó por teléfono para decirle que estábamos en Barajas, que llegábamos a Sevilla a tal hora y que fuera a recogerlos, no sé qué le entraría por el cuerpo. Yo hubiera pagado por verle la cara al enterarse de que los niños también estábamos allí. Cuando nos recogió en el aeropuerto, venía con unos pantalones blancos de campana, una camisa negra y una cara de sorpresa tremenda, supongo que se preguntaría dónde nos iba a meter, pero claro, ya tenía que apechugar.

Él vivía en la calle Numancia, en Triana, con mi prima Raquel, la hija de mi tía Marina. Raquel, que sabía que íbamos a llegar, estaba muy contenta de tenernos en casa, a pesar de que mi madre estaba con una cara que le llegaba al suelo, como decimos en Honduras, con una cara de machete. Mi padre le preguntó por qué no había notificado y mi madre le respondió que hubiera sido una

torpeza porque los militares la estaban buscando. Mi madre tenía pruebas que demostraban que le estaban preparando el pasaje a la tal Lucía, que la llegada era inminente, por eso cuando Leonor Hidalgo lo supo, y más teniendo en cuenta que la buscaban los militares, decidió que mi madre debía venir lo antes posible, porque si aquel día que los milicos aparecieron en casa la llegan a encontrar, la hacen desaparecer sin duda ninguna. Le hubieran dado el paseíto, igual que hacían aquí durante la guerra, lo mismo. Después hubiera aparecido el cadáver acribillado en cualquier monte. A las mujeres embarazadas las violaban, le rajaban el vientre, le extraían el feto al que también mataban y se lo dejaban fuera. Hacían barbaridades. Todos esos paramilitares eran venidos de Argentina y de Chile. En Chile se creó una escuela de paramilitares por nazis que habían huido y habían llegado a Argentina desde Alemania. Eran muy inteligentes y estaban muy bien preparados para adiestrar. Yo he leído mucho sobre los milicos, ¡hicieron tantas barbaridades en Latinoamérica! De hecho, todos aquellos golpes de estado los dieron ellos, sobre todo en la época de Allende, en la que no dejaron títere con cabeza. No dejaron a nadie respirar. Tantísimos asesinatos y salvajadas como las de Víctor Jara, y hasta

suicidios, muchos suicidios, como los de Violeta Parra. He leído mucho en *Las venas abiertas de Latinoamérica*, que es un libro muy interesante. Además, teniendo padres como los míos, de mucho politiquero, eso lo he mamado yo.

Mis padres eran amigos de Carlos Mejías Godoy y los de Palacagüina. Vinieron a mi primera boda. La penúltima vez que mi padre fue a verlos a Nicaragua Silvio, componente del grupo, había muerto de diabetes, los demás están todos bien, ya con sus hijos mayores. Carlos tiene un restaurante en un pueblecito. Tuvo ocho hijos, se quedó viudo cuando la guerra de Nicaragua.

En Centroamérica cada país tiene su idiosincrasia, por ejemplo, en Costa Rica no pueden ver a los nicaragüenses porque dicen que son comemierdas. Son muy racistas, se creen los alemanes de la zona. Allí hay bases norteamericanas, es el puticlub de los *yankees*. La prostitución empieza a los doce años. Van muchos pederastas estadounidenses, por eso los niños les salen rubitos. ¡¿Qué me estás hablando si a los doce años ya estás prostituyendo a una niña?! Cuando fui de viaje a Honduras, tuve que pasar por Costa Rica por cojones. Me pusieron de los nervios, menos mal que las palabrotas que les decía, no las entendían:

—¡Me cago en *toas* tus mulas gilipollas!

Y Paco:

—Que nos van a volver a España, ¡cállate!

Y yo:

—¡Si es que esta tía es gilipollas, es racista la capulla!

Un pequeño cuadro de cerámica que llevaba me lo hizo abrir porque suponía que ocultaba drogas y me preguntaba si yo estaba enferma. ¡Enferma del *jigo*! Menos mal que no me entendían lo que yo les decía en puritito andaluz. Llegó a tal punto que hasta Paco les dijo que eran unos racistas. La mujer que venía detrás era nicaragüense y le hizo lo mismo la hija puta, y eso que solo estábamos de paso para ir a donde queríamos. De vuelta para venir a Madrid, otra vez lo mismo, cuando eso es ver el pasaporte, ver que eres tú y ya está, pero es que son muy racistas.

Los costarricenses no pueden ver a los nicaragüenses, ni a los guatemaltecos a los que se les llama chapines. Los hondureños odian a los salvadoreños, pues mi padre es de Honduras y mi madre de El Salvador, ¡vaya mezcla, así he salido yo!

Comenzamos en la calle Numancia. La escolarización fue en el colegio público José María Izquierdo, en Triana. Dejamos aquel piso porque era muy

feo y tenía muy poca luz. Nos instalamos en la calle Alfarería, que, aunque el piso también era oscuro, al menos era más amplio.

En la misma calle Alfarería había un bar que se traspasaba, así que mi madre decidió coger el traspaso con el dinero que cobró de la herencia. Mi padre preguntaba:

—¿Qué vas a poner aquí?

Ella le contestaba que para eso se había traído el molino, para hacer tortitas de maíz. Eso fue en 1980.

Una hermana de mi madrina Copelia nos decía que nos íbamos a ver en las Tres Mil Viviendas y mi madre le contestaba que no sabía qué barrio era ese, pero que allí nunca se iba a ver. ¡Pues buena era mi madre! Las mujeres salvadoreñas son muy trabajadoras. De hecho, los salvadoreños son los judíos de Centroamérica. Además, allí están las catorce familias judías y es el único país de Centroamérica donde no hay negros. Es muy curioso, eran todos indios hasta hace unos años en que dejaron entrar a los negros. Son muy racistas también.

Mi madre cogió su molino, lo plantó en la cocina del bar de Alfarería y con maíz de aquí de España comenzó a moler y a hacer tortitas, pero no como las que hacen en otros restaurantes, que son de harina, no, de

maíz, y así empezó a hacer sus enchiladas. Al bar le puso de nombre La Tribu de Raúl, porque nuestra familia era una pequeña tribu. Preparaba sus enchiladas de carne picada; en aquel entonces, la gente preguntaba qué era una enchilada. Ponía el picante, el chismol, salchichas de estas grandes, la tapa de chorizo al infierno y los frijoles fritos. Triana comenzó a degustar las enchiladas de maíz con tanto entusiasmo que hasta le hicieron un villancico al bar. También se celebraban bodas, bautizos y comuniones.

Mantuvimos el negocio hasta el año ochenta y tantos, lo dejamos porque mi madre estaba muy harta, ya que mi padre ni siquiera aparecía por allí. Según él, trabajaba cantando en los pubs de noche. Se trataba de la época de marcha en Los Remedios, donde había una gran cantidad de pubs. Mi madre se hizo muy amiga de una señora que se llamaba Felisa. Al cerrar el bar, le solicitaba a su amiga que la acompañara e iba al lugar donde mi padre solía estar acompañado por alguna mujer. A veces se enfrentaba a ella, pero otras no, según le cogiera el cuerpo. Mi madre era muy rara en eso, pero lo pasaba muy mal.

En la calle Procurador ya empezaba a meterse la grifa y la heroína. Me contaba Felisa que en una ocasión

se montó en el bar una muy gorda, muy gorda, y que mi madre, que tenía muchos cojones, cogió una botella de Coca Cola y la estampó en la barriga de un drogata que no le quería pagar y le estaba chuleando. ¡Buena era mi madre, anda que se iba a arredrar! Desde entonces, los hijos de la gran puta decían:

—Vamos a acompañar a Estela para que no le roben.

Ellos mismos; es que eran unos cabrones. Le daban lástima porque no eran malos, sino que estaban enganchados a la droga. Había hasta algún guitarrista famoso. Eran muy cabrones porque empezaban a pedir y a pedir y luego, como veían que mi madre estaba sola y era mujer, pues decían que no pagaban, pero la vieron con tantos cojones que terminaron apoquinando.

Me decía Felisa:

—Tu madre era de armas tomar, yo no he visto nunca una mujer tan decidida, con tanto carácter y a la vez tan enferma de amor por su marido. No sé cómo aguantó tanto, que hasta estando en el hospital me preguntaba por tu padre.

Todo esto me lo contó hace dos días tomando café.

11

Felisa y Pepe

Felisa me conoció cuando era pequeña, fue su marido el que me llevó en el coche a mi primera boda. Íbamos hacia la iglesia de la O, porque yo me casé en la O, él me preguntaba si estaba nerviosa, y yo le decía:

—¡Coño, que sí!

Y volvía con que si estaba segura de lo que estaba haciendo. Yo no estaba segura, ¡joder, con diecisiete años! Él decía que daba igual que estuviera ya todo listo, que si no estaba segura no me debía casar. Y yo:

—Pepe, no me lo digas más que voy a salir corriendo.

Cuando bajé del coche, me miró como preguntándome otra vez, pero cuando vi bajar a mi padre, que era mi padrino, y cogió mi velo, supe que no había marcha atrás. ¡A lo hecho, pecho! Yo iba con una barriga de cinco meses, pero Pepe decía que el niño iba a nacer de todas maneras y que le dieran por el culo a la Iglesia. Ya no había marcha atrás.

Felisa era muy amiga de mi madre. Me contaba que hasta en el hospital le preguntaba que a qué hora llegaba Raúl y que si las niñas le estaban preparando la ropa para las actuaciones. Ella fue quien la cuidó hasta el último momento porque mi madre no quería que permaneciera nadie allí, excepto Felisa y mi padre. Mi madre murió en 1998, pero todavía me queda mucho para llegar a ese año.

Hice la comunión con nueve años, la celebramos en el bar. Me lo pasé muy bien con mi amiga Chelo, jugando con mis juguetes y corriendo de un lado para otro. La hice junto con mi hermana y con toda mi clase de tercero del colegio José María Izquierdo el 9 de mayo de 1982 en la iglesia de la O. Mi vestido me lo hizo mi prima Raquel, que era muy buena modista. Tenía un gorro rosa y blanco de tela bordada, también llevaba un lacito y un moñito rosa. Era largo, pero después me lo cortaron para que me lo pudiera poner en otras ocasiones. Las dos hermanas tuvimos nuestra tarta. Pepe, el marido de Felisa, nos hizo a cada una foto junto a la Virgen de la O.

La verdad es que en Triana me lo pasé muy bien porque, como no me enteraba de nada, mi infancia allí fue estupenda. Iba al cine de verano y a la Cerca Hermosa, un corral de vecinos que aún queda en Triana y que está muy

bien cuidado. En la Cerca Hermosa tenía buenos amigos, uno de ellos era el Lolo, que el año pasado murió por culpa de un medicamento. Le dijeron que no podía beber si lo tomaba y se pegó una fiesta de cojones. También consumiría lo que fuera, además de beber. Estaba el Lolo y su hermana, que tenía un nombre muy raro. Era muy rubia, yo me reía de ella. Cándida o algo así se llamaba. El Lolo tenía gafitas, pero después se las quitó. Estaba la Mariola, que también vivía dentro de la Cerca Hermosa. Yo no he visto nunca a una gitana renegando de serlo, pero a ella no le gustaba que le dijeran que era gitana.

Merendábamos y cenábamos en el bar. Yo iba a limpiar a las cuatro de la tarde, mi madre me pagaba diez duros con los que me compraba una Coca Cola para merendar. Si llovía, había un saco de serrín en el servicio de los hombres que yo echaba por el suelo. Que no llovía, pues nada, lo limpiaba y ya está, así que cuando mi madre llegaba a las siete de la tarde era para preparar la plancha y poner el baño maría solamente. Yo me quedaba allí jugando hasta las ocho o las nueve, hora a la que me iba a casa a estudiar.

A veces, me recogían antes porque teníamos que ir a por el cabezón de mi hermano, para ducharnos y volver

luego a La Tribu ya arregladitos. Eso lo hacía Felisa, siendo yo ya mayor me decía:

—¡Qué trabajito me costaba que te ducharas, que hasta te escondías para no hacerlo, hijaputa!

Los tres hermanos duchaditos, mi madre, mi prima Raquel y Felisa íbamos todos para La Tribu, pero mi padre nada, casi ni existía.

La madre de Felisa murió cuando ella tenía catorce años, así que tuvo que quedarse a cargo de ocho hermanos. Pepe, que entonces era novio de Felisa, solía recogernos para llevarnos a la casa de esta, que estaba llena de niños. Vivían enfrente de la O, en una casa de vecinos muy grande, pero muy deteriorada. Allí Pepe empezaba a contarnos historias de miedo. Había luz en esa casa, pero en parte del edificio, que estaba casi en ruinas, no había. Era un poco tétrico y cuando empezaba a contarnos las historias todos los niños echábamos a correr por ahí.

A mi padre no lo veía casi nunca, solo en algún sitio donde cantara de noche. Aun así, no me acuerdo de él durante la etapa de mi infancia en la calle Alfarería. Sí me acuerdo de las salchichas gigantes que mi hermano, el hijoputa, se tragaba, que un día por poco se atraganta con una.

Los sábados íbamos con mi madre a comprar al mercado de abastos. Lo dejaba todo encargado, puesto por puesto, y luego nos íbamos a desayunar a un bar que le decían bar Conejo porque solo había mujeres. Triana es que era así. Comíamos churros con chocolate, a la vuelta todo lo que ella había encargado estaba ya empaquetado. Cuando llegábamos a casa, mi prima tenía el almuerzo hecho y comíamos todos juntos. Me acuerdo de que en la televisión echaban David el Nomo y por la tarde Vicky el Vikingo. Nada más que había dos cadenas.

Todo lo que había sufrido antes con mi abuela se me borró, y eso que al principio me costó adaptarme al colegio José María Izquierdo porque añoraba mi tierra y no comprendía muchas cosas. Me decían gitana, pero yo no entendía qué era eso; también me decían negra, aunque yo sabía que no lo era. Soy una mezcla, porque cuando era pequeña decían que me parecía a mi padre y ahora de mayor dicen que me parezco mucho a mi madre. Ni gitana ni negra, soy india.

La guitarra es el único amor de mi padre, es su auténtica mujer, ¡el día que se le rompa...! Bueno, lo malo sería que le pasara algo en las manos. Teníamos un amigo, también músico, que compuso alguna canción famosa y que se casó con la dueña de una aseguradora de entierros.

Él decía que era muy fea, pero que tenía mucho dinero. ¡Qué cabrón! Pues se murió él antes, así que, por lo menos, el entierro le salió barato. La dejó embarazada y tuvo una niña, luego le entró una enfermedad en las manos que le impedía hacer el juego de dedos y tuvo que dejar de tocar la guitarra. A mi padre no le hace falta que se le rompa, con que le pase algo en las manos ya sería un desgraciado.

Mi madre decía que estaba hasta el coño del bar, lo cerró y se matriculó en la Escuela de Artes y Oficios. Empezó a estudiar cerámica. En la misma escuela me metió después a mí porque yo decía que quería trabajar, pero ella pensaba que una hija suya tenía que estudiar porque no se podía quedar ignorante. Todo para nada, porque al final hice lo que me salió del alma.

12

Artes y Oficios

Artes y Oficios se estudiaba en el pabellón de Chile. Yo tendría que estar en esa época por séptimo de E.G.B. Era una estudiante regular, ni mala ni buena, y, aunque iba pasando los cursos, siempre me quedaba alguna asignatura, nunca demasiadas. Mi madre era una buena estudiante, pero cuando tuvo que dar dibujo lineal, la pobrecita mía lloraba porque era la primera vez en su vida que le habían puesto un cero. En todo lo demás magnífica, aunque con aquel primer cero empezó a llorar mucho porque decía que no entendía el dibujo lineal. Teníamos un amigo que era aparejador y vivía en la calle Pureza. Le dio clases y poquito a poco empezó a aprobar. Tenía clases de dos de la tarde a nueve, mi padre se quedaba a cuidarnos.

Yo tenía unos once años o por ahí, ya había desarrollado porque eché el cuerpo del tirón. Decía:

—Papá, que voy a casa Haro.

Casa Haro era una papelería que estaba en el Altozano enfrente de Tello. Le decía que iba a comprar

una goma, pero yo no compraba goma ni nada y además llegaba tarde a casa, tonteando con mi amiga Olivia. Nos decían la rubia y la morena. Lo mismo habíamos estado en la calle San Jacinto hablando con un montón de chavales. Cuando llegaba de estudiar, mi madre preguntaba por mí y se enfadaba mucho porque decía que no había cogido un libro. A continuación, a mi padre le reprochaba que para qué estaba él allí. También preguntaba por mi hermana, que entonces estaba pavoneándose con mi cuñado Martín y gritaba que nos iba a matar a las dos, mientras mi padre ensayaba con la guitarra tiquitín, tiquitín.

Él no se enteraba de nada, solo le echaba cuenta a mi hermano Raúl, aunque de vez en cuando me lo colgaba a mí para que lo vigilara. Yo le compraba unos bocadillos gigantescos, así lo tenía entretenido comiendo.

Al finalizar octavo, yo tenía trece años, me quedó francés, tenía que repetir curso. En la plaza de abastos de Triana me encontré a un compañero que me soltó:

—¡*Quilla*, este año estamos en la clase todos los repetidores del año anterior y nos lo vamos a pasar del carajo!

Mi madre me dijo que no, que yo no repetía, así que me sacó del colegio y me metió en Artes y Oficios, a

pesar de que yo le decía que lo que quería era trabajar porque mi amiga Olivia había terminado el colegio y estaba trabajando en la confitería Filella. Mi madre no quería que yo trabajara. Ella, que había estudiado en Cuba, donde todo el mundo tiene estudios, decía que yo no me podía quedar ignorante. Además, en Artes y Oficios, en el tercer año, si daba religión, me concedían el graduado escolar.

Me apuntó a Artes y Oficios, pero aquel verano, antes de empezar el primer año, me lo pasé superbomba, aunque estaba continuamente castigada, pero yo era muy delgada y las rejas de mi cuarto un poco anchas y daban al zaguán de la casa, así que me escapaba. Mi madre me decía que tenía que estar a una hora en casa, pero yo volvía bastante más tarde, así que me castigaba, y después me escapaba. Saltaba al zaguán, subía a la azotea, que era donde tenía mi ropa, me vestía y me largaba. Cuando llegaba a casa ya sabía que me iban a dar una paliza. Mi madre me decía, con cierta musiquilla, que pasara; yo le pedía que me enseñara las manos para ver la correa que tenía escondida, al final me cogía del pelo y me arrastraba por todo el zaguán hasta dentro de la casa. Eso era todos los días.

No hacía nada malo, era la época de empezar a fumar, del pavoneo. Mi amiga Olivia se echó un novio con trece años, duraron hasta los veintitantos. Fue su primer novio, pero no te digo que el único porque le puso bien los cuernos, ¡Vamos, que experimentó! Yo no, no me eché novio, tuve mucho tonto y mucho besuqueo, pero relaciones más estables no. El novio de Olivia, el Quini, me decía que me buscara un novio, porque de vez en cuando yo le decía a Olivia que lo dejara plantado y nos íbamos de discoteca y nos volvíamos locas.

En aquella época, la calle Salado y Los Remedios estaban llenos de discotecas donde iba la juventud. Era el tiempo de Alaska, de Tino Casal, de Los Guardapolvos. Esa época de mi vida fue macanuda, por muchos castigos que me pusieran y palizas que me dieran, pues me zurraban hasta en el cielo de la boca.

Mi hermana se echó novio en segundo de B.U.P. Tripitió, y justo cuando le estaban dando una buena paliza por tripitir, le dijo a mi padre que estaba preñada. ¡Anda, que eras un huevo Kínder que venías con regalito y todo, guapa! Mis padres pensaron que con quince años no podía tener un niño. Eran los años ochenta, aquí no se podía abortar, así que tenían que ir a Portugal o a Inglaterra.

A mi hermana se le había perdido el pasaporte y no podía salir de España. Fueron a hablar con una clínica que estaba en Córdoba y le prepararon el viaje a Inglaterra. Viajó acompañada por mi madre, pero con mi pasaporte, así que la que abortó fue mi hermana, pero la que consta en la documentación que había abortado era yo. Los médicos se dirigían a ella llamándola Nidia. No pudo sacar otro pasaporte porque entonces tardaba muchísimo. La llamaban Nidia, ella se quedaba mirando con cara de extrañada. El embarazo estaba bastante avanzado y ella había estado tomando vitaminas, así que el feto estaba muy grande. Los médicos le dijeron a mi madre que era posible que la niña se quedara estéril por el raspado que le iban a hacer. Mi madre lloró mucho, pero dijo que le quitaran lo que tuviera que ser. Le costó bastante dinero. En aquella época nada más que iban allí los de derechas y los que tenían bastante pasta.

Le quitaron el niño, salió dormidita, y para reanimarla, mi madre le encargó a un salón de belleza que le quitaran las greñas. Después, los ingleses le echaban muchos piropos. Volvieron a España, aquello se enterró en un baúl del olvido y nunca se volvió a hablar del asunto.

Cuando empecé en Artes y oficios tendría catorce años. Fue la época en que comencé a fumar y a tomar cerveza. Mi madre veía que yo, de vez en cuando, volvía mareada y decía:

—¡Esta ya viene borracha, mira qué tiececita va para su cuarto queriendo mantener el equilibrio!

Sin embargo, no me echaban broncas por borracheras. En Los Remedios hay una zona que le decían La Alemana, donde te daban cinco duros por cada casco de cerveza que le llevaras. Una litrona costaba veinte duros, así que con cuatro cascos ya tenía dinero para comprarme una. Mi madre me daba veinte duros los fines de semana que estaban destinados a comprar una litrona, a mi amiga le daban otros veinte, y así íbamos tirando.

Los muchachos nos juntábamos en un camino que había enfrente del Tardón que era amarillo y al que le pusimos de nombre Caminito Amarillo. Allí formamos una pandilla muy grande. Tenía una amiga que se llamaba Irene que también se apuntó conmigo en el primer curso de Artes y Oficios. Yo vivía en el veinte de la calle Pureza, ella en el treinta y seis. Estábamos matriculadas en esmalte, no salíamos hasta las nueve de la noche y luego volvíamos las dos juntas a casa, pero había días que la guarra de mi compañera y amiga no

venía a clase porque no le gustaba estudiar, que la verdad es que se apuntó por la novedad, y me tenía que volver a casa de noche sola.

Había uno de cuarto curso, ya mayor, que me perseguía a más no poder, se llamaba Marcelino. Siempre que estaba sola me quería acompañar, aunque yo no quisiera. Un día, el tío empezó a seguirme. El paseo de Las Delicias por la parte del pabellón de Chile se quedaba muy oscuro. Yo iba caminando a marchas forzadas y el tío andaba casi a la par hablándome, hasta que en una de esas me cogió y me arrinconó en un muro del palacio de San Telmo. Empezó a desabrocharse la bragueta muy rápido e intentó abusar de mí. Pretendía bajarme los pantalones. Yo, con catorce años y con los libros en la mano, en un momento que vi que pasaba alguien lo empujé y salí corriendo a mil por hora. Él se quedó allí con la bragueta bajada. A partir de ahí ya no me hizo nada, yo ni lo miraba.

En mi clase de esmalte estudiaba la hija de un famoso pintor, se llamaba Sara y lo único que hizo en la escuela fue ligarse a un arquitecto y casarse con él. Sara tenía un novio que era matemático con el que llevaba bastantes años. Casi todos los días cogíamos el autobús o la moto y nos íbamos a Montequinto, frente a la

Universidad Laboral, donde unos estudiantes tenían un apartamento. ¡La liábamos parda! Mi madre me decía que me fijara en alguno, pero yo le decía que no. Aquello era un lío, había dos niñas que se habían enamorado del mismo y le habían dicho al muchacho que Sara tenía ladillas o una enfermedad venérea o algo así. Entre ellas se peleaban en la escuela como el perro y el gato. Yo no quería tener esa clase de líos.

Lo pasábamos muy bien, Sara le dijo al matemático, con el que estaba a punto de casarse, que se había enamorado del que estaba en arquitectura, que hacía ya tiempo que estaban liados y que lo dejaba. ¡Coño, que ya lleva un montón de años casada con el arquitecto! Lo conocimos por una compañera nuestra que vivía allí en Montequinto y armaba unas buenas juergas con los estudiantes.

El tal Marcelino, el que me intentó violar, seguía por allí revoloteando como un moscardón sobre las chavalitas más jóvenes. Mi amiga Sara se dio cuenta de que a mí ya no se acercaba, con lo pesado que era antes. Yo le decía que así mejor, que el nota no valía un duro y que era muy viejo. Nunca conté lo ocurrido, ni a mis amigas ni a nadie, porque me daba vergüenza. No sé, era eso, como vergüenza, como que yo había tenido la culpa,

algo que no sé explicar, como que yo me había dejado, una sensación muy rara, algo muy triste que pasó en mi adolescencia y que nunca le pude contar a nadie. ¡Que un hombre que tenía cerca de treinta años me quisiera forzar! La visión que yo tenía del sexo se me cayó como un pañuelo. Mi madre siempre decía que tenía que ser con mi primer novio. ¡Que de buenas a primeras me quisieran bajar los pantalones a la fuerza y verme como las locas corriendo porque no pude pedir ayuda! Lo pasé fatal.

En aquella época conocí a Daniel, era de Las Letanías y me volvía loca, loca, loca. Fue con el primero que tuve relaciones, pero nada más que una vez. Luego apareció y desapareció de mi vida hasta el día antes de casarme. Volvió a aparecer para pedirme que no me casara, que lo perdonara y que volviera con él. Le respondí que no. Se enteraría por alguien de que yo me iba a casar. Resulta que fui a tirar la basura, en aquel tiempo no había contenedores y había que dejar la bolsa en la esquina. Salí en pijama, él me estaba esperando donde estaba La Felipa, no sé si existe ya, que vendía litronas en el callejón que daba a la calle Betis. Me dijo que llevaba toda la noche esperando a ver si salía a tirar la basura o comprar algo. Le dije que no, porque además estaba todo preparado para la boda, aparte de que estaba

preñada hasta los ojos y no tenía más remedio que casarme.

Esa primera relación que tuve con él fue en el parque de Los Príncipes, durante una feria de Sevilla. ¡Qué mal lo pasé! ¡Qué incómodo, coño! Todo me picaba, porque además soy alérgica al césped. ¡Qué mala suerte no poder darme revolcones! Lo pasé muy mal porque se me venía el recuerdo de aquel hombre que me intentó forzar. No disfruté nada.

13

José Ángel

Era verano, yo había suspendido todo el primer curso de la escuela de Artes y Oficios. Mi madre estaba muy enfadada conmigo, yo le decía una y otra vez que no aguantaba más, que no quería estudiar y que lo quería dejar. Creo que ella ya me daba por imposible porque tenía cerca de dieciséis años y gastaba mucho genio. En una *velá* del barrio León me presentaron al padre de mis hijos que se llamaba, y se llama, José Ángel, aunque le decían Quiro. Tenía una moto, una Rieju. A mí ese niño me gustaba muchísimo, tenía los ojos muy celestes, era moreno y además tocaba la guitarra. Le gustaban las rumbitas. Estudiaba en el Instituto Politécnico de Los Remedios en la calle Niebla, estaba en segundo o tercero y además trabajaba en los astilleros. Aquella *velá* nos enrollamos, nos dimos unos piquitos y eso, pero no quedamos en nada. Nos volvimos a ver en el Caminito Amarillo, donde teníamos amigos comunes, empezamos a enrollarnos más a menudo hasta que un día me preguntó si era virgen. Yo no le iba a decir que no, le dije

que sí lo era porque, la verdad, como lo había hecho de una manera tan incómoda, no lo había pasado nada bien. Me dijo que él no era virgen, que había tenido una novia en el pueblo, yo pensé que qué bien, que ya experimentadito y todo. Tenía diecinueve años, su familia era de Villanueva del Río y Minas.

Había un muchacho que andaba detrás de mí y me había pedido salir. Se lo dije a José Ángel, quien me contestó:

—¡Pero, nosotros estamos saliendo!

En esa época era muy importante que te pidieran salir, así que le pregunté:

—¿Tú me lo has pedido?

El pobre suponía que después de tanto enrollarnos ya éramos pareja. En aquel momento me pidió salir conmigo y yo le dije que sí.

Tuvimos nuestra primera experiencia sexual en el Caminito Amarillo, donde hoy está la comisaría de policía de Blas Infante, que entonces aún la estaban construyendo y estaba en obras. Allí había muchos cartones, cogimos varios y en unos matorrales hicimos como una cama porque yo le dije que era alérgica al parque. Como ya anochece aquello estaba solitario, así que lo hicimos tranquilamente. A mí me encantaba él, y como el otro ya

había hecho el trabajo de abrir el camino, pues no lo pasé tan mal ni con tanto sufrimiento. Todo lo contrario, lo pasé estupendamente.

Nos llevamos de novios dos años. En el Caminito Amarillo y en Los Remedios ya empezaba a moverse el caballo, también la cocaína, pero sobre todo el caballo y los porros. Quedaba con él a una hora, pero muchas veces llegaba tarde porque se iba con unos amigos a las Tres Mil Viviendas a comprar y lo que compraban, luego se lo fumaban. Había días que ni lo veía, yo me cabreaba muchísimo, luego aparecía en mi casa pidiéndome que no me enfadara y diciéndome que él no estaba enganchado, que solo estaba tonteando con la droga.

La heroína era fumada, inyectada nunca, aunque su hermano sí lo hacía. En una de estas que se juntaba con un tal Julián, se tomó una de estas pastillas que en aquella época le llamaban un Roche con una cerveza. Él vivía en Juan Díaz de Solís, y detrás estaba la plaza Covadonga donde se vendía de todo. Había comprado allí el Roche y lo habían invitado a él y al tal Julián a cerveza. No se les ocurrió otra cosa que irse a Los Remedios y robarle a un chaval la bicicleta, el reloj y diez mil pesetas que llevaba, que en aquel tiempo era un dinero. Era un niño bien de Los Remedios. Al primero que cogió la policía fue a

Julián. Entonces no cabía eso de poner una denuncia porque la policía te había dado un tortazo, ¡no, *miarma!* Te llevaban al punto cero y te daban unas palizas que cantabas hasta por bulerías, así que más tarde se presentó en casa de mi suegra la policía y detuvieron a mi novio.

Devolvieron el dinero. Luego se enteraron de que no había sido devuelto al chaval, sino que se lo habían repartido los dos mismos policías, y también el reloj. Ese reloj me lo había regalado a mí antes, cuando llegó a mi casa con un buen vacilón, dando *camballás*, que no se tenía en pie, que estaba en su hora feliz diciendo:

—¡Que te lo regalo!

Lo metieron en el punto cero. Al día siguiente lo pude ver pasando esposado hacia los juzgados, con mi suegra llorando, aquello era un drama. Le podían caer de uno a doce años de cárcel porque era sirla. Poner un cuchillo en el cuello es robo con intimidación, lo que pasa es que le dicen sirla. ¡Una sirla, qué chungo! Al final estuvo en la cárcel unos cuatro meses.

Yo, después de haberlo suspendido todo en junio, acabé aprobando en septiembre. Aquel verano que él estuvo en la cárcel le estuve poniendo los cuernos a diestro y siniestro porque ya estaba desvirgada y además no me juntaba ya con sus amigos. Me hice hippie, usaba

faldas largas y me juntaba con otra pandilla. Tenía una amiga en la calle Betis que se llamaba Anabel y otra que se llamaba Paloma que vivía en la calle Pureza, cerca de la calle Estrella. ¡Nos lo pasábamos...! ¡Oh! Eso sí que eran orgías las que montábamos. La madre de Anabel trabajaba para la Junta de Andalucía, era traductora, y de vez en cuando se tenía que ir de su casa y nos dejaba el piso. Allí nos dábamos unos lotes de todo con muchachos que entraban y salían. No bebíamos alcohol, aquello era puro sexo.

Anabel fue quien me llevó a La Moneda, donde se juntaban todos los hippies con las flautas. Buen vinito dulce y buenos vermouths, con su quesito como Dios manda. Allí se juntaba gente bohemia, muy bohemia. Llegamos a plantar un sillón y hasta pernoctábamos muchas veces con gente que tocaba la flauta. ¡Qué buenos tiempos los de La Moneda de los años ochenta!

Cuando salió mi novio me preguntaba si le había sido infiel, yo le aseguraba que no y que no. Anabel me pedía que lo dejara, pero a mí me daba pena el pobrecito porque habían sido cuatro meses de muchos cuernos, ¡más que el que mató a Manolete! La verdad es que yo seguía enamorada de él. Una vez que salió de la cárcel, iba

a esperarme a la escuela y me cortaba todo el rollo, por eso dejé de ir a La Moneda.

Un día fuimos a Matalascañas de camping, yo nunca había hecho acampada. Viajamos en la moto, en la Rieju, y nos plantamos en la playa con una botella de ginebra y una Coca Cola. Cogimos una *tajá* como un castillo y a eso de las siete de la mañana nos llamó la Guardia Civil y salimos de la tienda en cuero picado, asomando la cabecita. José Ángel les preguntó que qué querían.

—¿Usted no sabe que en la playa no se puede acampar? Para eso están los campings. ¿Esa botella de ginebra es suya?

Mi novio contestó que sí, pero que ya no quedaba nada. Quince mil pesetas de multa, con un mareo enorme a las siete de la mañana, dándome el sol y con un buen dolor de espaldas porque no teníamos colchonetas ni nada. Él estaba esperando a unos amigos, pero a eso de las nueve de la mañana yo cogí el autobús, sin tomar café, con una peste a ginebra que echaba para atrás y me vine para Sevilla dejándolo a él solito. ¡Que no coño, que yo siempre había dormido en camita! Eso fue en el mes de abril.

Me dejó preñada en julio, y hasta noviembre mi madre no se dio cuenta de que me faltaba la regla. Al día siguiente me iban a comprar una moto, pero mi madre me decía que me oía vomitar por las mañanas, yo le respondía que eso lo tendría que estar soñando. ¿Soñando? ¡Y era todas las mañanas, que aquello era horrible!, y claro, eso tú no lo puedes esconder. Le preguntó a José Ángel y el cabrón le contestó que sí, que estaba embarazada.

Yo me quería quitar el niño, pero él decía que si abortaba me dejaba. Yo no sé qué tendría él que opinar, yo era dueña de mi vida y de mi cuerpo. Mi madre sentenció:

—Aquí ya hubo algo así y no se aborta más. Tú tienes ya diecisiete años cumplidos.

Así era mi madre de rarita. Eso fue en noviembre, yo me casé el diecisiete de diciembre, un mes escaso que me pareció un siglo. Parecía que había pasado una película delante de mí. Ella lo arregló todo, me llevó a Pronovias y puso la lista de bodas en El Corte Inglés. El convite se celebraría, con la idea de invitar a muchas personas, en un restaurante que mis padres tenían en San Juan. Se llamaba Tropicalia o algo así, y sirvió para casarme y poco más. Duró poco porque en aquella zona

se juntaban bandas de heavies de San Juan que amenazaban a la gente con navajas y los conductores no querían ir por allí a ciertas horas; además, como mi querido padre no aparecía nunca para recoger a mi madre, que terminaba sobre las doce de la noche, pues se tuvo que cerrar. Mi padre es que estaba actuando, no sabemos dónde, pero él decía que estaba actuando.

Mi madre habló con el alcalde de Almensilla, le dijo:

—Adolfo, tengo un problema, la niña se me ha quedado preñada, no sabemos si el día de la boda va a llover porque es en diciembre. Enfrente del bar hay un solar que lo querríamos aprovechar, así que necesitaríamos una caseta. El alcalde le contestó que no se preocupara, que le iba a ceder la caseta municipal. A montarla fueron todos los hippies de Izquierda Unida de San Juan.

Yo pertenecía a Santa Ana, pero me quería casar en La O, así que tenía que pedirle permiso al párroco de Santa Ana. Mi amiga Inés se había casado allí y el cura le echó una señora bronca en la misma ceremonia porque iba preñada.

—¡Esto de ir embarazada al matrimonio no puede ser porque es pecado!

¿Y a ti qué te importa? ¿No dicen que Dios lo perdona todo? ¿Si aquí tú eres un siervo de Dios, qué haces echando broncas? Yo me dije que a mí que don Jorge no me casaba, que era un cura muy *malaje*. El tío no quería que se echara arroz a la salida de los novios porque después lo tenía que barrer. A mí ese no me pillaba, es que era tremendo. Don Jorge, que en gloria esté. No creo yo que esté en la gloria.

Fui al párroco de la O y le dije que me quería casar allí. Me contestó:

— ¡*Miarma*, si a ti te toca en la catedral de Triana, en Santa Ana, que tú eres de la calle Pureza!

Le contesté que yo había hecho la comunión en La O y que me hacía una ilusión muy grande casarme allí. Me mandó al párroco de Santa Ana para que me diera el permiso. Allí me presenté para decirle a don Jorge que yo tenía mucha devoción por la Virgen de la O y que ese día la iban a colocar debajo del altar, cosa que era verdad, que qué más podía yo pedir que tener a mi María de la O a mi verita en el momento de casarme. Total, que don Jorge me dio el permiso.

Fue curioso que en una de esas conversaciones el cura de la O me preguntó:

— ¿Dónde tú vives, vive también un cura?

Le contesté:

—Sí, la mujer se ha muerto hace poco.

Y él:

—No, la mujer no, era su hermana.

El mismo don Jorge, cuando fui a pedirle permiso, me hizo la misma pregunta, pero él decía que esa mujer era la criada. Uno decía que era la hermana y otro la criada. Entre los curas se escondían que tenía mujer. ¡Qué coño! Si tenía hasta nietos que le decían abuelo; además, que él no la escondía, andaba libremente con su María para arriba y para abajo. Tuvo tres hijos y muchísimos nietos. Duró mucho, porque después de la calle Pureza me fui a vivir con mi suegra a la calle Arjona y, mira por dónde, un día me encontré al viejo en la misma planta. ¡Coño, que todavía estaba vivo!

El día antes de casarme estaba cayendo la mundial, llovía a mares. Salí del bar de San Juan, yo sola llorando y llorando porque no me quería casar. Era el 16 de diciembre de 1989. No me quería casar, pero estaba todo preparado. Me habían llegado ya hasta los regalos de El Corte Inglés y el traje de novia. Estuve al menos dos horas dando vueltas por aquellas calles empapada y embarazada de cinco meses, aunque no se me notaba la barriguita porque era una niña de diecisiete años, ¿qué

barriga iba a tener? Cuando llegué al bar tan mojada, mi madre me preguntó que qué me pasaba, yo le contesté que no me quería casar, que no me veía casada.

—Mira Nidia, si no quieres di que no, pero ya está todo preparado y además existe el divorcio. Si tú quieres te puedes divorciar al día siguiente.

¡Las opciones que me daba mi madre! Además, me decía que, aun así, si yo no quería, que en el altar dijera que no, ya que la fiesta se iba a celebrar de la misma manera. ¡Y una mierda! Si yo hubiera hecho eso, la bronca que se hubiera formado hubiera sido del quince.

Me casaba a la una de la tarde, a las ocho de la mañana vino la peluquera. Yo tenía el pelo cortito, me lo metieron un poco, luego la maquilladora, luego a vestirme. Lo normal es que la novia llegue cinco o diez minutos tarde. Aquello estaba *empetao* de gente y Pepe, el marido de Felisa, el conductor del coche, todo el camino diciéndome que si estaba segura. Yo le rogaba que se callara porque realmente no lo estaba, ¡coño! Y él:

—Del niño no te preocupes, el niño va a nacer lo mismo. Da igual que todo esté preparado porque la fiesta se va a celebrar de todas maneras.

Mi padre, que venía en el coche también, decía que la fiesta se iba a celebrar igual. Cuando bajé del coche, vi

a mi hermano el cabezón, que entonces tenía diez años, llevándome las arras, la hija de una amiga llevándome el velo, mi suegra de mantilla negra y aquello repletito de gente. Yo ya era una puritita duda.

En el momento de preguntarme lo que me tenían que preguntar, miré para atrás y vi a mi madre mirándome como una loca y a mi padre muy nervioso, hasta se le cayeron los anillos, y todo el mundo buscándolos. Miro la grabación y me hartó de reír, parecíamos Los Morancos. Todo el mundo mirándome, me repitieron la pregunta y dije que sí. Ya empezaron con lo de las arras y los anillos. Mi padre temblando, creo yo que estaba *jiñao*, los tenía de corbata con el dinero que se había gastado. Mis suegros no pusieron ni un duro, todo lo pagaron mis padres. Nos pusimos los anillos, él me levantó el velo, el beso, las firmas. Los padrinos eran Jesús y Yeni, unos amigos nuestros. Ella murió hace poco de cáncer.

Casaditos, ahí empezó mi tortura. Fue entonces cuando me metí en la droga y empecé a prostituirme.

PARTE 3^a
LAURA

14

Los hijos

Fuimos a pasar la noche de bodas al hotel Los Lebreros. Cuando volvimos al día siguiente aún continuaba la fiesta. Nos instalamos en un ático de la calle San Jorge donde antes vivió mi primo. Mi marido no trabajaba, antes lo había hecho en Astilleros. No recuerdo qué pasó, si se le acabó el contrato o lo echaron, el hecho es que no trabajaba. Yo sabía que él estaba enganchado porque antes de casarme había probado con él la heroína fumada. Los enganchados decían que fumada entraba más, pero que el efecto duraba menos. Si te pinchabas era más duradero el colocón y no se perdía tanto dinero. En aquel entonces, no había tanta información sobre el sida. Costaba una dosis mil pesetas, un paquetillo se le llamaba y se le sigue llamando. Los porros no, a mí los porros nunca me han gustado. Cuando supe que estaba embarazada, dejé la heroína.

El hecho de que iba a tener un niño era la excusa perfecta para que fuera yo quien manejara el dinero por aquello de ir comprando todo lo que necesitara en su

momento. En ese piso había paredes con unos zócalos de plástico, allí escondía el dinero porque él venga a pedirme y a pedirme. Me daban hasta subidas de tensión y me sangraba la nariz. Yo venga a decirle que no y que no. Se iba a casa de su madre y le sacaba el oro y el moro, tanto era así que la pobre mujer tenía un manojo de oro escondido detrás del frigorífico y el hijo no paró hasta dar con él. Lo empeñó y se puso cieguecito.

Lo pasé muy mal en el embarazo de Alberto, como no estaba enganchada, me iba a casa de mi madre a menudo. No le había confesado nunca a ella que mi marido estaba pillado, pero alguien se lo dijo. Fue a hablar con mis suegros, ellos lo que creían era que estaba jugando a las maquinitas tragaperras. Sí, lo pasé muy mal con toda esta mierda de la droga y cuando me llegó la hora de parir. Ingresé un martes antes de Semana Santa, el jueves yo veía que allí paría todo el mundo menos yo. Un anestésista, amigo de mi padre, que trabajaba allí, nos dijo que probablemente fuera necesaria la cesárea porque no dilataba y el niño no empujaba. Un matrn me advirtió que el niño se había hecho caca, me rompieron la bolsa y salió un chorro con caca y todo, así que decidieron que si en cuarenta y ocho horas no había parido me harían la cesárea.

Tenía mucha sed, me daban a chupar unos paños mojados. Una enfermera que era muy chiquinina me armó una muy gorda porque me había meado, si me entran ganas de cagar me mata. Me raparon entera por si me tuvieran que hacer la cesárea y yo, con el miedo a la bronca que me habían echado antes, le dije a un matrón que me estaban entrando ganas de cagar. Me dijo que eso era el niño, que cada vez que me entraran ganas que empujara. En la sala de dilatación estábamos una gitana, una china y yo, ¡todas las razas! La gitana bajando a todos los santos, yo cagándome en los muertos y la china hablando en su idioma: ¡un *show*! Vieron que el niño estaba casi coronadito y me llevaron al paritorio. Me preguntaron si quería que me pusieran la epidural, contesté:

—¡No, *miarma*, no!, con todo lo que he pasado yo voy a parir a pelo.

A pelo parí, me pusieron el niño en el pecho ensangrentadito, que eso para mí fue lo más grande, sin cortar el cordón ni nada. Mi marido quería que le pusiera de nombre José Ángel igual que él, pero yo no quería. El matrón se llamaba Alberto, nombre que a mí me gustaba mucho, y como yo lo había pasado tan mal, mi marido accedió a que el niño se llamara Alberto. ¡Qué José Ángel

ni qué José Ángel! El niño pesó tres kilos, era muy largo y con muchos pelos, mi suegro le decía el melenas. Era muy espabilado, miraba así con los ojos tan abiertos que parecía un lagarto.

Me lavaron, una mujer muy gorda se subió encima de mi vientre para sacarme todo lo que quedaba del resto de la placenta. Ya en la habitación, mi madre le dio dinero a mi marido para que me comprara un buen ramo de flores. Se fue a las Tres Mil y se lo gastó todo, luego fue a ver a su madre para pedirle dinero para comprarme un ramo. Ese dinero no se lo gastó porque si llegaba sin ramo, mi madre le iba a preguntar por el dinero, pero se acabaron enterando de todas maneras. Mi padre estaba en Algeciras, cuando recibió la noticia inmediatamente se vino a Sevilla. En todas las ecografías salía que iba a ser una niña, así que yo tenía toda la ropita rosa y cuando me dijeron que había tenido un macho la sorpresa fue tremenda. Mi padre decía:

— ¡Si yo lo sabía que iba a ser niño!

¡Es tan machista! No hubo problemas, me cambiaron toda la ropa. En los años ochenta no existía la tecnología de ahora. Mi madre lo sabía porque antes me hizo el juego de la tijera para saber si era niño o niña. Se pone una tijera en una silla y un cuchillo en otra, se tapan

con dos paños, te sientas, y según donde lo hagas, indica si va a ser niño o niña. Me senté en el cuchillo, que significa niño. Yo no sabía qué había debajo, al parecer es el instinto maternal. Mi madre siempre me recordaba que ella había acertado que iba a ser un macho.

Salí del hospital muy rápido porque ni me habían cosido ni nada. La gente le preguntaba a mi madre si lo había tenido ella, porque yo iba hasta en vaqueros. Yo tan ancha y tan fresca, que parecía que no había tenido nada.

Del ático nos tuvimos que ir porque el dinero no dura tanto. Mi madre me dijo que pasara la cuarentena con ella para ayudarme a lavar al niño las primeras veces. Antiguamente, fajaban a los niños, eso a mí me daba cosa. No le quería dar el primer baño porque me daba miedo, se lo dio mi madre. Acabé quedándome allí unos meses.

Mi marido tenía carnet de conducir, mi padre lo metió a trabajar en la panadería Santa Ana, en Triana, al lado de la farmacia de Murillo, en el Altozano, que tenía como unas escaleritas hacia abajo. Era repartidor de pan, se levantaba a las seis de la mañana y llegaba a las dos de la tarde. Era un trabajo fantástico, pero se iba a las Tres Mil Viviendas y se gastaba lo que había ganado en el día. Mi padre no entendía en qué gastaba el dinero que ganaba. No teníamos ni para pañales ni para nada, yo iba

a pedirles dinero a mis padres. El niño era muy comilón, además del pecho le tuvieron que poner una ayuda. Mi leche era buena, pero el niño era muy hambruno y lo tuve que tener cerca de un año con pecho y biberón, lo que significaba más gasto.

Nos fuimos a casa de mi suegra porque mi madre no aguantaba a mi marido ni yo tantas broncas. En casa de mi suegra más de lo mismo. Se veía que aquello no evolucionaba, llegó un momento en el que le dije que me iba a separar de él y me iba a ir a vivir con mi madre. Nos separamos cuando el niño tenía tres o cuatro meses. Se fue a Tarragona y estuvo allí un tiempo. Comencé a estudiar en la academia Ceac para azafata durante dos años, aunque no llegué a terminar porque él apareció unas Navidades. Alberto ya tenía dos añitos. José Ángel me propuso volver, decía que estaba muy bien en Tarragona, que estaba trabajando y que le estaban ayudando mucho. Yo lo quería, mis sentimientos no habían cambiado. Cuando lo veía, el cuerpo entero me daba un vuelco. Mi madre me dijo que si me iba otra vez con él, me hiciera a la idea de que no tenía familia. Le contesté que mi familia eran mi marido y mi hijo, si en Tarragona se había quitado de la droga, pues a Tarragona que me iba yo también. Mi madre lloraba con mucho dolor, pero me fui.

En Tarragona estuvimos un año, él estuvo trabajando muy bien, pero a los seis meses de estar allí, una amiga que tenía a un exnovio enganchado nos lo presentó. En Tarragona no había heroína fumada, solo pinchada, heroína blanca, eso fue nuestra perdición. Empezamos a inyectarnos los dos, el dinero que ganaba era el justo para comer, comprar la papilla del niño y para droga. Apenas comíamos lentejas o espaguetis, teníamos un Citroën que se lo habíamos comprado a un gitano, vivíamos en Bonavista, no en la propia Tarragona. Él trabajaba de repartidor de bombonas. Lo que ocurre con la heroína es que si no pasas el mono eres una persona normal, no pasa nada. Lo malo es el mono, si tienes dinero no hay problemas. Cuando no había heroína porque los traficantes no vendían o cuando los policías la requisaban, era cuando lo pasábamos mal. La heroína es muy mala por el mono, por los riesgos de contraer sida y por la mala vida que se lleva en busca de dinero, que si te tienes que quitar de comer te quitas con tal de comprarla.

A mi marido lo llamaron para hacer la mili porque no había echado los papeles para alegar que estaba casado y que tenía familia. Se tenía que volver para Sevilla. Dejamos la casa y regresamos. Me quedé de nuevo embarazada. Yo enganchada, cuando llegué a Sevilla

empecé con la plata. Quería abortar, me fui a una clínica y aborté, después me sentía muy débil porque había sangrado mucho y lo pasé mal.

El niño estaba con mi suegra, que la verdad es que siempre fue muy buena y nos aguantó todo. José Ángel entró a hacer la mili aquí, en la avenida de La Palmera. Estuvo solo dos o tres días porque se hacía el loco o estaba con el mono. Ingresó en la enfermería con un monazo del quince y lo echaron de la mili, o sea, que le dieron la blanca. Le dijeron que estaba fatalito de la muerte y que fuera de allí.

Como mi marido había estado cotizando en Tarragona, cobraba el paro y teníamos algún dinero para costearnos la heroína. Nos volvimos a enganchar bien. Su hermana tenía un bar por ahí por Santa Clara o Sevilla Este, en verano lo contrató de camarero y lo dio de alta. Por aquel tiempo, mis padres ya se habían comprado la parcela del Aljarafe y habían empezado a construir el chalet. Me volví a quedar embarazada. Mi madre, quien ya tenía los cimientos de su nueva casa, me dijo que me dejaba el piso de la calle Pureza. Nos pusimos a vender, comprábamos uno o dos gramos, lo vendíamos y lo que nos fumábamos nos salía gratis. Así íbamos tirando.

Yo quería volver a abortar porque no quería parir de nuevo y porque estaba enganchada. Mi madre se llevaba todos los días a Alberto porque veía muy mal ambiente en mi casa, un ambiente raro para el niño. José Ángel me decía que, si la niña nacía con los ojos azules como los suyos y morena y guapa como yo, sería una muñeca. Eso no paraba proponérmelo. Ya teníamos hasta el dinero para el aborto, pero yo dudaba. Tenía hasta la cita en la clínica, pero al final no me decidí y tuve a mi hija.

Me salió un trabajo en Santa Clara como cocinera de pizzas y comida mexicana gracias a que mi madre le vendía las tortas. Mi madre siempre hizo tortas, fue la fundadora de una empresa que se llama Yapan, que es el dios del maíz. Continuó desde que se trajo su molinillo pequeñito. En una ocasión fue a México porque antes había hecho un curso y la Junta de Andalucía le había dado dinero a fondo perdido. Se trajo de allí su maquinaria en condiciones. Les vendía a los restaurantes Amanecer, que empezaron a abrir en Córdoba y otros nuevos aquí en Sevilla. Le vendía hasta a la base americana de Rota, tenía mucha, mucha clientela. Cuando ella falleció no continuamos y perdimos esa clientela. Era una empresaria nata, ¡vendía hasta las piedras!

Mi marido se quedaba con el niño por las mañanas cuando yo iba a trabajar. No me daba cuenta, pero se lo llevaba a pedir por las confiterías, a San Buenaventura y demás. Un amigo de mi padre, que era arquitecto, le dijo:

—Mira Raúl, he visto al marido de tu hija con Alberto, el niño, mendigando. Me imagino que Nidia no lo sabe porque lo he visto en las horas en las que ella está trabajando.

Mi madre se puso como una leona, decía que le daba igual que él aparcara coches, pero que el desgraciado no iba a explotar a su nieto. Desde entonces se llevaba al niño todos los días a su casa. Le eché una bronca a mi marido que le dije de todo. Era para su consumo. Yo, embarazada de seis meses, había dejado la heroína.

A los ocho meses de embarazo, me dijeron en la pizzería que, como no me tenían asegurada, les daba miedo de que me pudiera ocurrir algún accidente en mi estado y preferían que no fuera a trabajar. Yo ya estaba desenganchada, lo hice a pelo, y cuando vi el percal de que mi marido lo que quería era aparcar coches y no dar un palo al agua, lo dejé. Yo tenía un dinerito guardado; además, mi madre no paraba de decirme que me fuera con ella. Lo quería mucho, los sentimientos no se te van

de la noche a la mañana, pero más quería a mis hijos, aunque a la que llevaba en el vientre todavía no la hubiera parido.

Él no sabía de médicos, ni de cuando iba a parir, ni de revisiones, ni de la prueba del azúcar, ni de nada. Solo sabía que estaba de ocho meses. De todas formas, le di una oportunidad, le dije que se viniera al chalet para que pasara el mono y se desenganchara, pero tenía que venir ese mismo día. Me respondió que no, que él se quedaba en la calle Pureza. Allí se quedó, pero a los dos o tres días apareció por el chalet con un macuto para quitarse el mono; aun así, yo le dije que no, que lo sentía mucho, que tenía que haber sido cuando yo se lo dije y que, con todo el dolor de mi corazón, porque yo lo quería mucho, le tenía que decir que no. Sí, lo quería, estaba preñada del hombre que amaba, pero cuando digo que me cago aquí, aunque me embarre de mierda, aquí me cago. Me pidió veinte duros para coger el autobús, se los di, cogió el autobús de vuelta y se fue por donde vino.

Tuve a la niña a los nueve meses justos. Mi padre estaba otra vez fuera, le dije a mi madre, muy tranquila, que estaba de parto porque tenía contracciones fuertes. Se puso histérica porque mi padre no estaba allí, quería llamar a la vecina de enfrente que tenía coche para que me

llevara. Le dije que antes me preparara un plato de Korn Flakes porque tenía hambre. Desayuné, llegué al hospital con diecinueve años, todavía no los había cumplido. Una que estaba de parto dando unos alaridos enormes me preguntó si yo era primeriza, le dije que no, que era el segundo. Para ella era el cuarto, pero estaba llorando y llorando. Siete centímetros, al paritorio y tuve a la niña en un momento. Cuando llamaron a la familia para darle la noticia solo estaba mi hermana porque mi madre se había quedado haciendo tortas. Por eso le puse a la niña Cecilia, por mi hermana, y Ángela porque es el segundo nombre de mi madre, que se llamaba Estela Ángela. Yo decía que para que el día de mañana la niña soñara con ángeles.

Mi hermana, que entonces vivía en casa de mis padres, al momento se enamoró de la niña, que era una muñeca. Nació con los ojos azules, como el padre decía, y morena. Pesó unos tres kilos y medio. Yo tenía muchísimo miedo de que la niña fuera a ser un ratón por la droga y porque yo era muy delgada, pero pesó más que Alberto. Era más recortadita, pero más gorda, eso me dio mucha alegría. La niña era una preciosidad, tenía ricitos porque yo tengo el pelo ondulado y su padre también. Ahora sigue siendo muy guapa, se tiñe con colores muy raros, pero es muy guapa.

15

La Esquina del Gato

Un día, fui a llevar tortas al restaurante donde estuve trabajando. Me preguntaron si me gustaría volver a incorporarme, así que en la misma cuarentena comencé de nuevo a trabajar. Dejaba a los niños con mi madre, me compré una moto y mi situación mejoró. A los tres meses de estar trabajando, un primo de mi exmarido que vivía por Santa Clara me vio y se lo comentó a él. José Ángel apareció por mi casa para decirme que se había enterado de que ya había tenido la niña. Yo le contesté:

—¡Hombre!, ¡han pasado los nueve meses y tres más, que yo sepa no he tenido un embarazo de elefante, que tardan un año en parir! Tú sabías que iba a tener a la niña a los nueve meses, si no has aparecido es porque no te ha dado la gana.

Estaba enganchadísimo, decía que su niña era muy bonita, y yo:

—¿Tu niña?, ¡no! Esta no es tu niña, es mi hija, que la he parido yo sin tener al lado a un hombre en condiciones. Es muy triste no tener a tu marido, que solo

te pedí una cosa y no me la diste: que te desengancharas de la droga. Yo tuve dos cojones para hacerlo y aquí estoy con mis dos hijos.

Me preguntó si sus padres podían venir de vez en cuando a recoger a los niños. Le dije que sí, que nuestros problemas no tenían nada que ver y que sus padres podían venir cuando quisieran. De él no me fiaba desde lo de la mendicidad, tenía miedo, pero con sus padres era otra cosa. Venían mis suegros los fines de semana. Le pedí perdón a mi suegra por todas las putadas que le habíamos hecho, porque le habíamos robado dinero y le habíamos vendido muchas cosas. Le pedí perdón por todo, por eso me da mucho coraje que mi padre diga que soy rencorosa. No soy rencorosa, lo que pasa es que hay cosas que, cuando te han herido, no se te olvidan. Puedes perdonar, pero no olvidas y, si te alejas, es para que no te hagan daño.

La pizzería no iba muy bien, me volvieron a echar. No sabía qué hacer, así que comencé a pedirle dinero a mi exmarido porque me hacían falta cosas para la niña. Mis padres me daban para pañales, pero él nunca me pasaba dinero. Nunca lo denuncié, le dije que no se preocupara, que nunca más le iba a volver a pedir ni un duro. Desesperada, cogí el ABC y miré los anuncios de casas de

prostitución. Llamé a una de Sevilla Este, a una mujer que tenía varias niñas, me presenté allí. Era un piso. La señora me aceptó, me dio ropa y tacones y comencé a trabajar. Todavía me acuerdo de la primera vez, en la que no hice nada porque era un *chalo* muy raro. Lo primero que se hace es entrar al bidé. Me lavé, él se lavó. El prenda tenía una polla de estas de plástico y, vestido con un tanga de mujer, quería que lo persiguiera como si yo fuera un tío. El final fue eso, yo lo perseguí como si lo fuera a violar. Pagaban por la entrada cincuenta euros, o lo que fuera en pesetas de aquel tiempo. Me dije que aquello no iba a ser tan difícil si me entraban locos así y no tenía que tragar por nada. Ese fue el primer majara que conocí.

La señora se llamaba Elena, no era mala mujer, tenía cerca de treinta años. Las muchachas allí nos juntábamos de día, entrábamos a las doce de la mañana y terminábamos a las ocho de la tarde, era como un horario de oficina. Yo le decía a mi madre que estaba trabajando en una agencia cogiendo el teléfono. Mi exmarido fue apuntando números de teléfono de casas de niñas. Un día, el cabrón llamó preguntando por mí. Le dijeron que allí no había ninguna Nidia porque yo me había puesto el nombre de Laura para que nadie me reconociera. Él sospechaba algo porque no le pedía nada. Yo ganaba

bastante más de lo necesario para cubrir mis necesidades, a mi madre le daba dinero, pero no se lo daba todo para que no se diera cuenta.

La primera vez que lo hice de verdad le dije a Elena que yo no sabía qué hacer y ella me respondió:

—Primero le das un masaje con cremas y luego un masaje erótico, después te relajas como si fuese tu pareja, pero no lo beses en la boca. Siempre con preservativo, si se negara me llamas a la puerta y me dices lo que pasa.

El cliente era jovencito, sin problema, pero los jovencitos te revientan porque no saben tratarte en la cama. A veces entraban curas, tenía uno que era jesuita y maestro de instituto y decía que a él le iban las niñas con minifalda porque lo provocaban y si Dios decía que la masturbación era pecado, pues hacía aquello para no pecar. Era un hombre muy educado, cuando iba de viaje siempre me traía un regalito.

Me llamó una amiga que trabajaba en Carrefour, también estaba enganchada. Me dijo que si nos dábamos un homenaje. ¡Para qué me lo dijo! Nos fuimos a la Esquina del Gato y nos compramos heroína y una plata. La Esquina del Gato está en San Juan de Aznalfarache, es el sitio donde se juntan los camellos y venden droga. Yo, que todo aquello lo había olvidado, comencé de nuevo.

Ella era de la parte de Santa Ana, nos conocimos en la misma pandilla de adolescentes. Salía con un novio que era yonqui y la enganchó, además la dejó preñada, lo mismo que me pasó a mí. Tenía dos hermanos enganchados también. Uno murió, no sé si de sida o de sobredosis. Tardé en volver a comprar, pero me entró el gusanillo por culpa de tener dinero.

Cada vez jugueteaba más con la droga, hasta que llegó un momento en que me volví a enganchar, aunque no se me notaba. En la Esquina del Gato creían que yo trabajaba de telefonista erótica porque yo a nadie le daba explicaciones de lo que hacía. Llegaba, compraba mi dosis y me iba. Allí conocí a un tal Rafa y empecé a tontear con él. Nos llevamos dos años saliendo, pero tú en tu casa y yo en la mía. No sabía a qué me dedicaba porque yo no se lo decía, pero estábamos enganchados los dos. Salía a las siete o las ocho de trabajar y luego me veía con él para fumar o para lo que fuera.

Elena se dio cuenta de que yo estaba liada con la droga y me dijo que ella no quería niñas enganchadas. Se dio cuenta por mis movimientos, además me rascaba mucho la nariz por los picores. De eso se da una cuenta, fumar en cantidad te cambia hasta el sonido de la voz, te

Manuel Bobis Reinoso

vuelves más ronca, te cambia todo. Me tuve que marchar de aquella casa y me volví a quitar de la droga a pelo.

16

El dinero

Busqué en el periódico y me fui a otro chalet, pero me tenía que quedar a vivir allí. Llamaba a mi madre por teléfono e iba los fines de semana para que ella no sospechara dónde estaba y qué hacía. Entraba el lunes y salía el viernes, me iba para mi casa y le entregaba bastante dinero a mi madre. Estaba muy bien porque no veía la calle. Yo me decía a mí misma que mejor recluida. Seguía con el mismo nombre de guerra, Laura. Allí conocí a bastantes famosos: toreros, cantantes de sevillanas. Sí, iban muchos toreros, hacían despedidas de soltero. El chalet estaba por Torrepalma, en una urbanización de lujo. Tenía piscina y bar, y las habitaciones yacusi. Un torero muy famoso me llegó a dar su número personal y quería que le diera el mío para llamarme cuando estuviera en Sevilla. ¡¿Tú estás *colgao*?! Y todo el mundo allí hasta arriba de cocaína. A mí no me gusta la coca porque te entran muchas paranoias, crees que te persiguen. Esas cosas que yo no puedo controlar no me convencen. Muchas veces nos obligaban a las niñas a meternos coca

con clientes. Yo hacía como si me metiera, pero la tiraba. Igual que las pastillas estas de colores, si yo veo cosas que no puedo controlar no me gusta. El alcohol y las borracheras sí porque me hacían olvidar, pero ahora que tampoco las puedo controlar ya no me apetecen porque luego no me acuerdo, y eso no me va. Si se me escapa de las manos..., ¡no *miarma!*

Había terminado ya con el tal Rafa. Un día, se me presentó uno muy chulo que se llamaba Salva y me dijo:

—Mira, yo no sé si esto te va a gustar o no te va a gustar.

Y el tío me zampó un beso por toda la cara.

—¡Es que tú estás rebuena, *quilla!* —decía.

Era, por lo menos, veinte años mayor que yo, que entonces tendría veinte o veintiuno, pero me dejó tan sorprendida que me quedé prendada del tío y nos llevamos juntos hasta que murió. Me daba las llaves de su piso, yo iba cuando quería. Murió de cáncer igual que mi madre.

Empecé a trabajar en La Casita, que era ya un puticlub de más categoría. Allí la entrada era de quince mil pesetas. Estaba, y sigue estando, en la carretera de Málaga. Aquello era de mucho dinero, pero entraba a las

siete de la tarde y salía de madrugada. Entonces yo tenía mi apartamento y vivía sola.

17

Un pómulo de platino

Una de las noches en las que salí a las tantas, me fui de juerga con uno de los golfos con los que me juntaba. Esa noche estábamos tiesos, solo tenía las cuatro mil pesetas que me daban. Yo tenía mi sueldo, aunque no hiciera nada de caja, ganaba un fijo diario. Me dijo el golfo, que era muy moreno igual que yo, que si nos buscábamos la vida en el Alfonso. Quería que nos hiciéramos pasar por hermanos, yo le seguí la corriente. Me senté sola, estaba tomando una copa, en realidad era agua con una rodaja de limón, cuando me entró un hombre ya mayor que empezó a tirarme los tejos. Me hice la indignada, entonces llegó mi amigo y le dijo:

—¿Qué estás haciendo con mi hermana?

Tuvieron una bronca fuerte. En un descuido, mi amigo le quitó las llaves del coche que tenía sobre la mesa. Estuvimos probando con el mando por allí cerca hasta que un coche abrió, nos montamos y el golferas, que no tenía carnet de conducir, lo arrancó y se lo llevó. Era un Renault nosequé. Al poco dejamos el coche empotrado

encima de una acera y empezamos a correr, mi amigo se fue por patas y me dejó. Al momento llegó el dueño, que nos había seguido con un taxi, me alcanzó, me pegó y me tiró al suelo. Me daba patadas en el estómago, pero una de ellas me dio en la cara y me reventó el pómulo. En aquel momento, yo estaba sola porque mi amigo se había largado, pero había gente que había presenciado lo ocurrido. Todo esto pasó en La Palmera, era verano, había mucha gente. Vino la policía, el nota decía que yo le había robado, y la poli:

—¿Qué te ha robado?, ¡pero si aquí no hay ningún coche! Y dices que iba con otro; sin embargo, aquí no hay nadie. Tú lo que estás es pegando a una mujer.

Todo el mundo se le echó encima, decían que no habían visto a nadie, que era mentira, que me estaba pegando.

Me ingresaron en Virgen del Rocío. No me pudieron operar porque entonces yo estaba muy enganchada. Tuve que pasar el mono, lo pasé muy mal. Tontos no son los médicos, vieron en las analíticas los opiáceos. No me podían operar porque la anestesia no me iba a hacer efecto, ya que es un opiáceo más. Estuve ingresada un mes. Al estar allí tanto tiempo me conocía todo el hospital, me recorría las plantas y me sabía las

entradas y las salidas. Siempre llevaba el pelo sobre la cara y no hablaba con nadie para que no se me viera el pómulo. Me habían puesto con dos viejas que no hacían más que darme consejos. Frente a nuestra habitación había otra que era de chavalitos, pero no hablaba con nadie.

Pasé el mono, que pudo durar semana y pico. Nadie se ha muerto del mono, pero se pasa fatal porque te dan unos vómitos tremendos, diarreas y de todo. En el hospital me pusieron Tranxilium para que me fuera tranquilizando, aun así, lo pasaba muy mal. Le rogaba a mi padre que fuera a la Esquina del Gato y me comprara droga porque no aguantaba y me iba a escapar del hospital. Fue y me compró una dosis. Después, cuando le volví a pedir, me dijo que no porque tenía que pasar el mono para que me pudieran operar.

En ese mes y pico me recorría todas las plantas, comencé a hablar e hice amigos. Estaba en Traumatología, no me acuerdo si en la cuarta o quinta planta, sería el año 1992. En el ascensor me dijo un chaval:

—¿Qué te ha pasado?

Le contesté que a él qué le importaba. Se notaba que el chico no era de Sevilla, estaba en la habitación de enfrente, pero yo no hablaba con la gente de mi planta. El

pómulo lo tenía totalmente hundido y amoratado, fatal, me lo tapaba con el pelo. Le contesté mal al chaval porque el mono te pone de muy mala leche. Me dijo:

—Yo sé que no estás simpática porque es posible que lleves mucho tiempo aquí.

Me comentó que estaba allí porque su hermano había tenido un accidente de moto yendo de Sevilla a Jerez, que le habían tenido que poner injertos de piel y que incluso habían pensado en algún momento que se iba a morir de lo grave que había estado. Era de Madrid, se llamaba Rodrigo. Me invitó a ver esa noche la televisión en la habitación de su hermano y le dije que sí. Cuando lo conté en mi habitación, las dos viejas pusieron el grito en cielo porque me iba a ver la tele a una habitación de muchachos. Vimos una película y nos lo pasamos muy bien. Le comenté que había tenido un accidente de moto, no le iba a contar la verdad de mis andares. Empezamos a intimar y nos enrollamos en el hospital. Había muchas camas libres, me lo tiré en la cuarta planta.

Lo convencí de que me ayudara a escaparme un día antes de que me operaran. Quería darme una vueltecita por Sevilla y nos la dimos. No hice nada raro, solo darme una vuelta. Al volver, entramos por otro sitio, pero las

putas de las enfermeras se habían dado cuenta y me echaron una bronca tremenda.

Me operó un traumatólogo de Virgen del Rocío que era conocido de otro médico muy amigo de mi familia que es uno de los mejores cirujanos plásticos de Sevilla. Es nicaragüense. No quería operarme él porque yo era como una hija y podía meter la pata y se le podía ir la olla, pero estuvo presente en la operación. Me quitaron el pómulo entero, primero pensaron que me lo podían unir, pero no lo consiguieron y me pusieron uno de platino. Me hace mucha gracia porque en los aeropuertos pita al pasar por el arco. El de Madrid es buenísimo porque pita siempre, otros no. No llevo certificado ni nada, cada vez que me registran digo:

—*Miarma*, es que tengo platino.

Ellos lo aceptan. En los de Centroamérica en ninguno pita, ¡qué malos son coño, cualquiera les puede poner una bomba! En Turquía sí pita porque es bueno.

Después de operarme tenía mucha hambre. Mi madre; viendo que tenía confianza con Rodrigo, que era honesto y buena persona, que era de Madrid y muy mono y apuesto; le pidió que cuidara de mí y que guardara mi dinero, ya que yo no me podía levantar. Le dije a él que fuera al bar del hospital y me comprara un serranito. No

quería porque yo no podía comer todavía, pero insistí, me lo compró, me lo comí y me sentó de puta madre. Ni anestesia ni nada, me comí mi serranito.

La cara me quedó estupendamente. Una vez que me dieron el alta seguí yendo al hospital para verlo a él y a su hermano, a quien pronto trasladaron a un hospital de Madrid. Rodrigo venía a Sevilla a verme o yo subía a Madrid para verlo a él. Ave para aquí y Ave para allá, además hablábamos mucho por teléfono. Mi madre me decía:

—Un hombre así es el que tú te mereces.

Me quedaba mirándola y le contestaba:

—¡Mamá, que es militar y yo con los milicos no quiero nada, que su padre y su abuelo eran militares!

Era piloto de la Guardia Real. Una de las veces que fui con él a Madrid, lo primero que me dijo cuando llegamos es que fuéramos al Museo de Cera a que me hiciera una foto con la estatua de Franco. Ahí ya vi que no era para mí. No, no, no, no señor; que me iba a hartar de hostias y más como soy yo de rebelde. ¡Qué va, qué va! Mi madre decía que eso era lo que me convenía, alguien que me pusiera derecha. Lo que no habían conseguido mis padres no lo iba a conseguir uno de fuera. Que no, que llevan armas y a la primera te pegan un tiro, y luego

dicen que ha sido limpiando el arma. Un día, me llamó para decirme que lo habían ascendido de teniente a capitán y que podía elegir nuevo destino entre Zaragoza y Morón de la Frontera, en Sevilla, y que si escogía Morón era por estar cerca de mí y para que formalizáramos nuestra relación. Le dije:

—Mira Rodrigo, te voy a ser sincera, no soy mujer para ti porque estoy loca perdida. Tú te mereces una mujer más calmada. No es que no te quiera, pero yo estoy loca.

Me decía que los niños no serían problema. Y yo:

—Es que yo no soy buena para ti, te mereces una mujer en condiciones que sea ama de casa, además, yo no me veo en un cuartel. Tú vete a Zaragoza que allí vas a encontrar una maña que va a ser la mar de buena.

Me siguió llamando por teléfono, muy formal, todas las Navidades.

Me llegó la citación para el juicio por la patada. Yo tenía un abogado famoso que estaba casado con una nicaragüense. Me decía que me iba a dar un sopapo por las cosas en las que me metía. Era muy rubio, con los ojos azules. Murió de cáncer con menos de cincuenta años, igual que mi madre. En el juicio él iba vestido de letrado. Yo no acudía como acusada, el acusado era el que me

pegó, yo iba como víctima. El abogado de él comenzó a acusarme a mí y mi abogado, que era un tiburón, dijo:

—Señoría, ella no está aquí como acusada.

Inmediatamente se lo comió con papas y consiguió una indemnización de medio millón de pesetas. Me dijo:

—No le he querido sacar más porque fuiste tú la culpable, hija de puta, porque sabrá Dios lo que le hicisteis al pobre hombre en el coche.

El dinero se ingresó en el juzgado el mismo día y el abogado se lo dio a mi madre.

18

El Porsche

Después de la operación me fui a La Luna, competencia de La Casita. Estaba por Beatriz de Suabia. La dueña era una mujer muy estricta que nos obligaba a ir vestidas de traje de chaqueta y muy arregladas de peluquería. Allí, eso de puta barata, ni *mijita*. Por Viapol estaban El Pájaro y El Trébol, donde también trabajé y gané mucho dinero. También estaba Maxim, detrás de El Corte Inglés, que era del mismo dueño que La Casita y donde también alterné.

En La Luna muy bien, lo que pasaba era que la tía era muy exigente, ¡coño! Todos los días quería que nos cambiáramos de traje. La verdad es que teníamos dinero para comprarnos ropa. Decía que nos teníamos que conservar bien el cuerpo. Yo lo tenía bien conservado, era un bombón de veintidós años porque no engordaba. La señora se dio cuenta de que yo estaba fumando y me pilló entrando mucho al cuarto de baño. Me dijo:

—No, así no. Cocaína la que quieras, pero plata no, así que coge la puerta.

Me fui al Payaso, también gané mucho dinero. Allí la copa eran cuatro mil pesetas la conversación nada más. Solo para hablar, cualquiera te tocaba, porque tenías dos guardaespaldas detrás de ti. Aquello se ponía de bote en bote. Cuando nos invitaban a un whisky nos ponían un té porque si nos emborrachábamos, perdíamos las formas. Cuatro mil era mi copa, la del cliente era cara pero más normalita. La entrada a la habitación, entre veinticinco mil y cincuenta mil, según descorcháramos botellas de cava o hiciéramos un dúo o un trío. Liábamos con nuestra labia a los hombres como la pata de un romano.

Una Tarde, llegó uno que era amigo del dueño vacilando con un Porsche y preguntando qué niña se quería subir. Una morena muy altota y muy jaquetona le dijo que ella. Yo estaba en la barra, lo miraba y me decía a mí misma:

—Mira el mierda este de lo que viene presumiendo. Sabrá Dios de dónde habrá sacado el Porsche, seguro que es de segunda mano.

Yo soy así, a mí alguien que me venga vacilando no me gusta. Nos llevábamos muy mal, yo le decía que eso era porque los dos éramos del símbolo del zodiaco leo. Él tenía un león tatuado. Me preguntaba por qué era tan creída, yo le contestaba:

—Porque lo valgo, y punto.

Un día me pidió que fuera a tomar copas con él, yo le solté:

—¿Contigo?, ni a la esquina. Me tienes que pagar el doble o el triple de lo que gano aquí. Aunque seas amigo del dueño, contigo no salgo. Me tienes que pagar porque para eso este es mi cuerpo, que es mi negocio. No me voy contigo ni *jarta* de vino, además, eres muy vicioso, cabrón.

Lo trataba muy mal. Allí llegaba de todo: policías, inspectores... Todo el mundo hacía la vista gorda. Se traficaba con todo, aunque las mujeres éramos legales. Este del Porsche era un traficante de los gordos, de los de kilos de cocaína. Un día se me quedó mirando y me dijo:

—¿Tú qué pasa que no me echas cuenta, eres aquí la creidita, eres muy flamenquita?

Le contesté que a mí no se me iba a caer la baba porque llegara con su cochecito flamante. Fue al dueño y le dijo que descorchara una botella de cava que se la iba a tomar conmigo. Veinticinco mil calas. Estuvimos toda la tarde bebiendo, él se creía que me iba a emborrachar, pero yo tiraba la mitad de mi copa en la moqueta cuando él no se daba cuenta y le decía:

— ¡Coño! ¿Ya te has bebido la botella?

Y él que otra más, y otras veinticinco mil pesetas. El dueño le había metido mano a todas las niñas menos a mí, eso lo sabía el del Porsche. Es que me daba mucho coraje ser babosa de nadie. ¡Anda y que le dieran por culo al dueño! A mí me tenía que pagar como un cliente más. En el coche se montaron todas menos yo. No me deslumbraba nadie, sabía que esos hombres cagaban y meaban igual que yo. Siempre he tenido muy poca vergüenza. Me venía a ver todos los días, yo le seguía pinchando y él decía que no quería subir a la habitación conmigo, que lo que quería era llevarme por ahí. Le dije que le pagara al dueño una noche fuera, que en aquel tiempo podría costar doscientas o trescientas mil pesetas. Y él:

—¿Tú qué crees, que a mí me tiembla la mano?
¡Eres muy vacilona tía, vas de chulita por la vida!

Pagó la noche. Todas las niñas decían que yo le sacaba el dinero a los hombres por lo creída que era. No soy creída, es que soy así.

19

Rodolfo

El del Porsche se llamaba Rodolfo, sus padres eran dueños de una joyería y de una panificadora de Alcalá. Me llevó a la joyería de la madre y me regaló una cadena de esas gordas, muy bonita. Me quería presentar como si fuese su novia, yo le dije:

—¡No, *miarma!* Yo tengo vergüenza todavía. Te acepto la cadena, pero yo no soy tu novia, soy lo que soy. Estás pagando para que yo esté aquí contigo.

Viniendo de Alcalá a Sevilla tuvimos un accidente porque se llevó por delante una moto que estaba aparcada. El dueño se quedó mirando y sin moto, pero nosotros nos dimos un buen tortazo, aunque no nos pasó nada. Nos ingresaron, pero pedimos el alta voluntaria. El coche estaba asegurado a todo riesgo, así que al de la moto se le pagó todo. Rodolfo fue a los Hermanos Gordillo y sacó un Mercedes Benz porque el Porsche quedó hecho una mierda.

Un día me preguntó:

— ¿Te vendrías a Barcelona conmigo? Si tengo que pagar, pago lo que sea.

Le comenté que yo tenía el problema de que estaba enganchada. Me compró los gramos necesarios para el viaje y me dijo que él también había estado enganchado y que me iba a llevar a una clínica de Zaragoza para que me curaran. Rodolfo le pagó al dueño de El Payaso con cocaína y con dos moras que le llevó. También me pagaba a la semana a mí para que fuera su dama de compañía, aunque le salía muy cara. En Zaragoza me presentó al médico que lo quitó del enganche sin sufrir nada, se llamaba Matías. Efectivamente, me hizo una cura de sueño y no pasé mono ninguno. Me ingresaron en una especie de clínica, me pincharon y me durmieron con fármacos. Yo creí que me habían cambiado la sangre o algo así porque no había sentido nada de mono. Estuve dos o tres días medio inconsciente. Salí de allí nueva.

De Zaragoza nos fuimos a Barcelona. Yo no lo sabía, pero Rodolfo llevaba dos kilos de cocaína para hacer una entrega. Cuando se reunía para sus cuestiones de tráfico de droga iba siempre solo, a mí me dejaba en El Corte Inglés comprándome trajes. Nos hospedábamos en el Meliá, cinco estrellas, de ahí no bajábamos. Él iba siempre supertrajeado, por eso digo yo que no te puedes

fiar de un hombre con traje y corbata porque a ver de dónde los habrá sacado. De algo bueno seguro que no. Él me pagaba, una vez a la semana me decía:

—Dame la cuenta de tu madre.

Y le ingresaba dinero. Tantos días había estado con él, tantos días que ingresaba. Yo le había dicho a mi madre que me había echado un novio viajante. La llamaba por teléfono a menudo para decirle dónde estábamos. No era su novia, yo sabía a lo que iba, a ganar dinero. No estaba enamorada de él y además lo conocí donde lo conocí, así que si quería que lo acompañara me tenía que pagar. Si él me vistió en El Corte Inglés como una reina, eso era cosa suya, porque en sus viajes le convenía ir con una mujer de pareja. Si me pillaban con él, yo iba al talego también, no íbamos a decir que dos kilos era para nuestro consumo personal.

Cumplí veintitrés años en Madrid, en el Hotel Meliá. A mí el cava nunca me ha sentado bien, me da diarrea, pero Rodolfo decía que era porque no había probado uno realmente bueno. Veintitrés rosas, una cena fantástica y después el Don Perignon. Nada más terminar la cena, empezó en mi estómago y mis tripas un glu, glu, glu, que me descompuso toda. Del váter no salí en toda la noche. Al día siguiente, Rodolfo tenía una reunión muy

importante con unos colombianos. Horas antes me mandó a un poblado de chabolas muy famoso que hay en Madrid: el Pozo del Tío Raimundo. Yo creo que me lo hizo de prueba. Me mandó para comprar cocaína para su uso personal. En aquel momento no tenía, para eso era la reunión con los colombianos, para que le entregaran varios kilos. Me dio mucho dinero y me pagó los taxis. Además de la cocaína, compré heroína y me la fumé antes de llegar. Se dio cuenta porque se me cambió hasta la voz, y tonto no era. Del remordimiento, cogí un bote de pastillas de Tranxilium que él tomaba y me las tragué todas. En la cena, estaba sentada junto a la mujer del colombiano, que era muy tiquismiquis y muy fina. Me dijo:

—¿Vamos a empolvarnos la nariz al cuarto de baño?

Fuimos, y en el aseo me caí redonda al suelo. Me imagino que la pobre colombiana diría:

—¡Coño, esta se me ha muerto!

Me desmayé, a partir de ahí no me acuerdo de más, hasta que noté que me estaban hartando de hostias y gritándome que me despertara. ¡Qué de hostias me dieron! Y a todo esto, yo amarrada. Me estarían metiendo gomas porque me hicieron un lavado de estómago. Me

encontraba en un hospital. Y vengan hostias para arriba y hostias para abajo. Yo me preguntaba dónde estaba. Cuando me dieron el alta, Rodolfo me preguntó por qué lo había hecho. Cuando se lo conté, dijo que no lo volviera a hacer más. Fue mi sentimiento de culpa el que me llevó a hacerlo.

Los colombianos le entregaron la cocaína y después nos fuimos a Barcelona. Allí me presentó a un turco que era traficante de armas, en su casa tenía un Kaláshnikov o un K-47 o algo así. Tenía una hija que sabía de todo tipo de armamento. Rodolfo le compró una pistola y me dijo que si alguna vez tenía problemas y él me decía que fuera a por la niña, que supiera que la niña era la pistola. Después se vio en un hotel con traficantes gitanos para venderle cocaína.

En Barcelona me llevó al Pueblo Español. Nos pusimos cada uno en una esquina para ver quién ligaba antes. Él tenía solo veintisiete años, pero no estaba cuidado, estaba gordito. Me harté de reír cuando se me acercó alguien, porque vino como un león. Era muy machista, en Castelldefels, que era donde teníamos el hotel, no me dejaba bañarme en bikini, sino con una faldita. Me reía mucho con él, era muy payaso. Fueron días muy agradables, yo disfrutaba, pero me seguía

pagando. Mi madre decía que era un ángel, aunque para su familia fuera un demonio. Cuando se murió dieron gracias a Dios, eso no lo había escuchado nunca a nadie. A mí me quitó de la droga, estaba viajando y conociendo cosas que nunca había visto: Zaragoza, Barcelona y toda su costa, los grandes hoteles. Mastiqué muy bien el lujo, las ostras, el cava, y a mis hijos no les faltaba de nada. Estaba muy tranquila. Le cobraba veinticinco mil pesetas diarias, que era un dinero bastante razonable para una acompañante. Corría el año 1995.

Cada vez que íbamos a un restaurante hacía una broma: pedía tenedores de plástico porque decía que desde que apareció el sida siempre comía con ellos. Una vez afeitándose se cortó, fui a darle un beso y me dijo muy seco que no lo besara porque tenía sangre. En Barcelona estuvimos bastante tiempo. Él seguía con sus trapicheos, luego volvimos a Zaragoza. Un día que estábamos reunidos con Matías, el médico amigo suyo, un hijo de este y otras parejas, me dijo que tenía que ir a esperar a alguien y que me quedara allí con los amigos. Cuando volvió, estaba muy mojado porque le cayó un chaparrón horroroso. Había estado esperando a unos camioneros con los que se había citado, pero lo habían dejado tirado. Se mojó y cogió un resfriado que no se le quitaba. Nos

hospedábamos en el Meliá, ese en el que ETA puso una bomba hace muchos años, creo que se llamaba Meliá Reina Sofía, en la habitación trescientos veintidós, todavía me acuerdo del número. Yo veía que era muy raro que no se le quitara el resfriado. Le explicaba a Matías que veía a Rodolfo muy amoratado y que no se curaba del catarro. Me decía que no me preocupara. Después de comer nos acostamos la siesta, me dio un beso y se durmió. A los quince minutos sentí que la cama estaba mojada de su orina. Él no respondía y parecía que no respiraba. Llamé inmediatamente a Matías, quien subió muy rápido a la habitación. Me dijo que lo vistiera, ya que estaba en calzoncillos. Le cambié los gayumbos y lo vestí. Entraron el médico del hotel y unos sanitarios, después de examinarlo me dijeron que había muerto. Yo pensaba que estaba vivo, no me lo podía creer.

Matías me explicó que Rodolfo tenía sida, algo que yo no sabía, pero cuadraba con que se pusiera siempre preservativo para todo, que me quitara la cara una vez que quise darle un beso en un corte que se hizo y que comiera con tenedores de plástico. Suponía que era cachondeo, pero era verdad, nunca caí en eso. Tenía sida, estaba bajo de defensas y le cayó una mojada encima. Bajé al bar, me tomé dos güisquis con Seven Up. ¡Mira que

hacerme vestirlo sin decirme nada, yo suponía que le iban a hacer el boca a boca o algo así! Matías, el médico, fue un poco bruto, algo así como el chiste que dice: Montse ha muerto, se vende Opel Corsa. Fue algo muy trágico, pero es que a mí me ha pasado cada cosita...

Cuando me estaba terminando el segundo güisqui, bajó Matías y me comentó que Rodolfo tenía un millón de pesetas en una maleta y una medalla de oro de la Virgen del Rocío muy grande y muy gorda. Me dijo que aquel dinero era mío. Yo me extrañé, pero él consideraba que si nos hubieran cogido yo hubiera ido al trullo también y que ese dinero y la cadena de oro me los había ganado. Rodolfo tenía un anillo de diamantes con tres erres que eran sus iniciales. Se llamaba Rodolfo Recio Rivera. Ese anillo no había forma de que le saliera del dedo. Por mucha agua o cremas que le echaron no salió el anillito de los cojones. También tenía dos libretas, me las traje a Sevilla, en una de ellas había apuntado unos pagarés bastante importantes que yo desconocía.

Murió el 7 de agosto de 1995. Me dijeron que yo lo podía acompañar en su traslado a Sevilla, pero el médico consideraba que el que hubiera muerto conmigo en la cama y me hubiera orinado suponía un trauma que no se me iba a olvidar. Opinaba que no debía acompañar al

ataúd. Yo sí quería ir escoltando al féretro, pero al final me convenció de que me fuera en tren porque el avión que lo trasladaba iba de Zaragoza a Jerez y yo no tenía a nadie que me recogiera allí. Cuando llegué a Sevilla, cogí un taxi y me fui directamente de la estación a la Esquina del Gato. Me puse ciega. Después cogí otro taxi y me fui a mi casa donde entregué a mi madre el maletín enterito. Aquella fue la primera vez que mi padre me abrazó, era un abrazo de dolor sentido porque yo estaba sufriendo mucho.

Me llamó uno de la mafia, no sé si era turco o italiano, me dijo que estaba interesado en una de las libretas porque contenía algo muy interesante para ellos. Yo creo que eran números de teléfono que él tenía en clave. Ellos sabían hasta que mis padres tenían un restaurante. Mi madre estaba toda asustadita con la mafia porque decía que ya habían averiguado dónde vivíamos. Yo no había tenido nunca nada con ellos ni había escuchado nada. Los únicos que me conocían eran el colombiano y su mujer, a los que había visto dos veces para comer y punto. También conocía al turco, pero ese no me molestó para nada. Me llamó también un primo de Rodolfo para decirme que su familia se quería reunir conmigo porque querían los pagarés que había apuntados en esas libretas y me decía que, si yo quería, quemaba las

libretas delante de mí. Hice lo que me dictó el corazón: dárselas a su familia. Vino a recogerlas un hermano de Rodolfo. Estuvimos hablando de él, me dijo que había sido muy malo para su familia, un golfo, que había estado en la cárcel, amigo de un mafioso italiano. Decía también que se pinchaba y por eso había adquirido el SIDA, que se metió a vendedor de vino, pero se bebía todo el vino, que había maltratado a muchas mujeres y que lo que le había pasado se lo merecía. Le contesté que conmigo había sido un ángel, que me había ayudado muchísimo y que no se había comportado mal. No quise que quemara la libreta delante de mí, me daba igual lo que hiciera porque estaba en clave y yo no entendía nada. Una de las libretas, la menos importante, me la quedé yo, todavía la conservo en casa de mi padre. A veces la miro, pero no entiendo nada. ¿Qué escribiría? La mafia nunca me volvió a molestar.

Me llamó el dueño de El Trébol porque se enteró de que yo estaba aquí en Sevilla, me dijo que lo sentía mucho y que se había enterado de que Rodolfo había muerto degollado.

—¿Cómo?! — contesté.

En el pueblo se rumoreaba que había muerto degollado y que incluso al enterrarlo se oyó rodar la

cabeza. ¡Qué imaginación, por Dios, hasta escuchar la cabeza rodar! Yo no le iba a decir de qué murió porque a la familia no le interesaba, así que le conté que habíamos tenido un accidente en Alcalá, algo que había sido verdad, que pedimos el alta voluntaria, pero que, al parecer, tenía un coágulo de sangre en el cerebro y sufrió un derrame o un infarto cerebral. ¡El que quiera saber que se compre un libro! Lo puse muy digno

20

Cava y cocaína

Me llegó el momento, otra vez quería volver a la prostitución porque no podía convivir con mis padres. Fui a trabajar a otra casa, creo que fue la de Irene, que estaba por la calle Santas Patronas. Vivíamos allí cinco o seis niñas, era muy tranquila y trabajaba de día. Conocí a un cliente diario que se llamaba Agustín, vendía clenbuterol para el engorde de las vacas. Me preguntó si quería acompañarlo en sus viajes. Decía que me pagaría por los desplazamientos, pero que yo podía seguir trabajando cuando no estuviera con él. Íbamos a volar a Barcelona y a alojarnos en buenos hoteles. Negociamos lo que me iba a pagar. Siempre los negocios por delante, parezco judía. Le decía:

—Agustín, tú sabes que las salidas que nosotros hacemos a los hoteles cuestan veinticinco mil pesetas, así que me tienes que dar más dinerito.

Él, que ganaba mucho dinero con el clenbuterol, me aseguró que me pagaría cincuenta mil pesetas por cada día que saliéramos fuera de Sevilla.

Aquellos viajes fueron bastante *partibles*, que si Barcelona, que si Portugal, que si para arriba, que si para abajo. En la feria de Sevilla, me dijo que iban a venir unos clientes de Barcelona a los que yo ya había conocido allí en un evento de estos en que todos iban muy enchaquetados. A ese evento me presenté muy emperifollada, muy sevillana, muy morena, con un traje blanco muy estrechito, con mi chaquetita y mi bolso. Sin embargo, ellos iban con unas putas muy ordinarias. Agustín decía que ninguna tenía mi categoría y que parecían putones de esquina. Él quería que les buscara unas muchachas como yo, con clase, pero eso era muy complicado porque yo tenía compañeras, pero no sabía si tenían vestimenta adecuada. A mí Rodolfo me había dejado muy bien vestida en las mejores boutiques de Madrid, pero no le podía pedir a mis compañeras, que estaban acostumbradas a ir en minifalda y tacones, que se enchaquetaran. Llamé a una compañera, Elena, que había trabajado en La Casita y en La Luna. Allí obligaban a ir en chaqueta. Trajo a otras mujeres de allí. Agustín, después de ver el tipo de ordinarias que acompañaban a sus clientes en Barcelona, quería darles aquí calidad de personal.

Al ser feria, no había plazas de hotel en Sevilla. Pudimos reservar en Simón Verde un magnífico hotel de habitaciones gigantescas. Vinieron cuatro clientes. Niñas vinieron dos, que eran hermanas, y otra más, así que conmigo éramos cuatro. Y vengan botellas de cava, y cada botella las cobrábamos como si estuviéramos en La Casita. Juerga, botellas de cava y venga a tirar mis copas en la alfombra. Ellos pagaban las botellas al hotel, y a nosotras por descorcharlas y bebérselas en nuestra compañía. No cobrábamos el servicio, ellos lo que estaban pagando era la compañía. Una prostituta no cobra el servicio de acostarse con el hombre, cobra la compañía. Esa clase de compañía es para hablar, hablar de sus problemas. Hacemos de psicólogas y de otras cosas. A veces ni nos tocan y nos ponen el tarro que nos duele la cabeza. Muchas veces se van en limpio porque no se les levanta por el alcohol, otros se disfrazan de curas, tienen muchas imaginaciones. Si eres una prostituta cara, vas a un evento, comes, estás allí como si fueras una muñequita de porcelana y después llegas a la habitación donde se le levantará o no, pero tú tienes que estar allí duchándote y preparándote para la noche. Yo llenaba la bañera de espuma y agua calentita. Si al tío no se le levantaba, pues que durmiera la borrachera.

Yo tenía bastante experiencia, pero las primerizas, cuando les tocaba un hombre que había bebido bastante o que había consumido cocaína, corrían bastante peligro. ¡Coño, a una la tiraron por el balcón en el Macarena! ¡Es que se les va la pinza! Había uno esperándola y otros dos dentro del cuarto de baño. Estaban los tres colocadísimos y la tiraron, no sé si de un décimo. Las salidas son muy peligrosas porque tú no sabes quién te está esperando. Por ahí corre mucha cocaína. Me acuerdo de la despedida de soltero de un famoso cantante de sevillanas. Allí circulaba la coca como los mares. Un torero decía que a él ya le habían dado dos infartos, que no la podía probar y que le había cogido miedo. Toreros, cantantes y humoristas, todos de compadreo, y venga coca y venga a beber y venga niña. Y como le dijeras que no querías consumir, ¡cuidadito! Yo tenía una amiga que decía que soplara, pero si la alfombra era oscura nos cagábamos en sus muertos porque se veía el polvo de coca. Si la alfombra era clarita, no había problemas, pero en las oscuras se veía todo. Menos mal que en casi todos los sitios tenían el detalle de ponernos las alfombras claras.

Los toreros consumían todos, menos uno. ¡Ese me dio mucho *porculo* hablándome de la mujer! Estaba conmigo en la cama y me estaba hablando de ella, ¡que es

más fea que su puta madre! Y el gilipollas venga a hablarme de su mujer. ¡Si tú estás donde estás! Además, que eso no era poner los cuernos, eso era una casa de putas. Poner los cuernos a una mujer es estar siempre con la misma querida. Allí no nos enamorábamos de nadie ni besábamos en la boca, ¡qué asco! Por cierto, a él le apestaba como una cloaca. Olía a viejo. Y no es que hubiera bebido, que solo tomaba refresquito, pero no olía ese hombre a limpieza, desprendía un tufo como a naftalina. Iba vestido todo de verde. Cuando dieron la noticia de que se había separado de su mujer, yo dije:

—¡Anda, mira el hijoputa, tanto que se le llenaba la boca hablando de su mujer, y al final para nada!

¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Agustín les vendía a los de Barcelona el clenbuterol y los invitaba a todo. Querían que nos vistiéramos de flamenca, pero ninguna teníamos vestido, así que nos fuimos con nuestros trajes de chaqueta. En cada caseta jamón cinco jotas. Llevaban una cañita para meterse la coca en vez de rollitos de papel, hacían la raya en una cajita y con la cañita, para adentro. Mi amiga me dijo justo antes de montarnos en la noria:

—¡Mira, estoy hasta el coño!

Y cuando estábamos arriba dijo ahí va. ¡Y vomitó! Aquello era un numerito. Uno de ellos, con el pelo canoso,

muy elegante, le preguntó que qué le pasaba y ella contestó que le había sentado mal el jamón. Sí, el jamón y la cocaína y el alcohol que, aunque tú no quieras y tires, algo tienes que beber. Yo ya estaba con dolor de cabeza y las cagaderas que me entran a mí con el cava. ¡Si yo soy de cervecita, Dios mío!, ¡que a mí el cava no me gusta!

Pasaron aquí tres días que para nosotras fueron infernales, muy bien pagados, pero infernales. En cada habitación del hotel había un Cristo, yo no sé por qué, y decían que cuando acababan la faena con las muchachas, que eran profesionales, el Cristo se desclavaba y tocaba las palmas. Después, me decían mis amigas que eran más falsos que las gallinas, porque se quedaban *estroncaos* y frititos. No aguantaban porque estaban borrachos perdidos, y ellas a la ducha, al taxi y a su casa. Yo hacía lo mismo, de Simón Verde a la calle Candelaria, donde vivía con esta amiga. Querían que fuéramos para desayunar, pero nosotras íbamos más tarde. Luego decían que les dolía la cabeza, ¡pues claro, si habéis mezclado de todo y os habéis querido beber la feria entera en tres días! Eso no puede ser, ¡a tomar por culo! Aquel fue el remate con Agustín, luego ya fue alejándose y tuve pocas llamadas de él.

21

La Faraona

Seguí trabajando en casa de Irene, pero mi madre lloraba mucho porque quería que volviera a casa. Ella sospechaba a qué me dedicaba, aunque no me lo decía. Entonces yo tenía dinero, además, estaba hecha polvo, así que me retiré. Después de la muerte de Rodolfo bebía muchísimo, no salía del alcohol, me preguntaba por qué me tocó a mí, ¡con tantas putas con las que había estado él! No quería saber de más puterío ni de nada más.

A mi padre lo habían contratado en un programa de la radio que se llamaba *La noche de los sabios*. Allí trabajaba Jesús Gustavo, un hombre muy abierto y gracioso que mi padre me había presentado. A lo tonto a lo tonto se hizo novio mío, pero yo estaba ya muy maleada y sabía de qué venían los tíos. Cogía una borrachera sí y otra también, lo engañaba y le ponía los cuernos porque yo a él no lo quería, aunque me lo pasaba muy bien con su humor. Era ceramista, me llevaba a Lebrija para cuestiones de cerámica, me quitaba de mi casa y me distraía. Mi padre me lo trajo como payasito.

En aquella época, mi prima Miranda vivía con nosotros, la había traído mi madre de Honduras para que cuidara a mis hijos y estudiara. En unas Navidades yo vi una cosa muy rara: estábamos cenando, comenzó a sonar un bolero y mi cuñado Martín, el marido de mi hermana, empezó a bailar con Miranda. Cogí una *tajá* tremenda, cuando me emborracho suelto muchas verdades, y le dije a mi madre:

—Mamá, ese le está poniendo los cuernos a Cecilia.

Mi madre no se lo creía, pero cuando a mí se me mete algo en la cabeza, soy muy testaruda. Yo tenía una amiga en Palomares del Río, la conocí trabajando muy jovencita en la discoteca del pueblo. Le pedí el favor de que apuntara la matrícula del coche del que iba a recoger a mi prima al colegio. Me hizo el favor, me llamó, me dio la matrícula y, efectivamente, era la del coche de mi cuñado, no me equivocaba. Tuve una bronca con mi prima tremenda. Nos peleamos a hostias, pero a hostias *pelás*. Mi hermana se enfadó mucho conmigo. Me llamó y me dijo que yo era muy mala y muy envidiosa, que le tenía envidia a Miranda, que la pobre lo que estaba era desvalida y que yo no tenía que haberle pegado ni decirle todo lo que le había dicho. Mi madre decía que para afirmar lo que yo había dado por hecho había que tener

muchas pruebas. Le contestaba que el tiempo me daría la razón.

Yo había aceptado ir a trabajar a Canarias con un maricón que llevaba a un grupo de niñas que bailaban flamenco y alternaban. ¿Flamenco?, ¡aquello era de categoría! El maricón fue un día a la casa de Irene y esta le dijo que tenía una niña muy morena que parecía gitana, que valía mucho y que sabía bailar Sevillanas. Me fui con otras dos muchachas, una era muy conocida y famosa dentro del mundo del flamenco. Viajé un 15 de julio, cumpleaños de mi hija. Me llamó mi madre el 16 para contarme lo que había ocurrido el día anterior. Al parecer, mi familia se había reunido en casa de mi hermana, que estaba en obras, para celebrar el cumpleaños. Mi hermano vio por un agujero cómo mi cuñado y Miranda se estaban besando en la habitación de mi hermana y comenzó a aporrear la puerta para que abrieran. Por poco mata a Martín, cogió una machota, le dio un golpe y cuando fue a darle el segundo, mi padre lo cogió para evitar que fuera a la cárcel. Mi hermano, que solo tenía dieciséis años, cogió a mis hijos, los metió en la furgoneta y después arrastró por los pelos a mi prima, que tenía el cabello largo y fuerte como de mulata, y la metió a la fuerza en la *furgona*. Llegando a Palomares, Miranda se tiró del coche

y se fue a denunciar a mi hermano de que conducía sin carnet, pero él Raúl dejó el coche en la parcela y se llevó a los niños a casa de Antonio y Emilia, que eran vecinos y muy amigos. Cuando se personaron los agentes, le dijeron que Raúl había pasado allí toda la noche.

Se había destapado todo el cotarro, toda la olla de ratas. ¡Y decían que yo le tenía envidia a Miranda! ¡Pues toma, que yo ya lo había advertido! Llamaron a mi tía Julia y a mi tía Constanza y les contaron lo que había ocurrido. Julia cogió un cabreo enorme, decía que le iba a pagar a la niña el billete de vuelta a Honduras. A los pocos días, me llamó mi hermana para pedirme perdón por todo lo que me había dicho. También quería saber si en Canarias vendían cosas de brujería para que le ayudara a mantener su matrimonio. Se lo pregunté al maricón, que también era gitano, y me dijo que tuviera mucho cuarzo rosa en casa, que era muy bueno y transmitía mucha energía y que hiciera una cruz de romero y que la pusiera debajo de la cama, que eso unía mucho a las parejas. Todavía están juntos. Martín dejó de ir a casa de mis padres mucho tiempo y mi madre tampoco subía a casa de mi hermana. Yo, en Canarias, viendo la matanza desde lejos. Mi tía Julia, que se echa encima todos los palos de la familia y lo lleva todo por delante, pagó el pasaje de

Miranda y la quitó de en medio. Me di cuenta de que estaban juntos porque ella salía entre semana, y eso era porque quedaba con un tío casado. Los casados están los fines de semana con sus mujeres y sus hijos y entre semana con las queridas.

Yo no sabía bailar flamenco. Las sevillanas, de calle, pero el flamenco me lo enseñó allí el maricón taconeando con mucho arte *paquí* y *pallá*. Yo de Triana, ¡pues venga! Bailábamos las cuatro sevillanas, después un ballet clásico, como de cisne, y luego el flamenco zapateando. ¡Bueno, flamenco!, ¡un mojón *pa* nosotras! Como eran canarios o extranjeros, no se enteraban de que no teníamos ni idea. Nos vestían de negro, nos recogíamos mucho el pelo y nos poníamos una flor. El maricón iba de Lola Flores. Yo me meaba, decía que era la Faraona. En Canarias me lo pasé muy bien porque todas las noches vivía un espectáculo que acababa en aventura. Allí aprendí de todo. Que los clientes eran chinos, pues les bailábamos a los chinos, que, por cierto, descorchan muchas botellas de cava. Aquello era puerto franco, iba mucha clientela.

También teníamos habitaciones. Si alguien se encaprichaba de ti, iba todos los días. Había gente con mucho dinero. Seguía metida en el mismo ambiente, lo

que pasa es que iba de artista, o sea, que también bailaba. Hasta las modelos, cuando dicen que se van de bolos o de fiestas privadas, lo que van es de puterío y de mucha coca. Las obligan. Una miss mundo española renunció a la corona cuando vio el puterío que había y que la querían liar con un actor americano muy famoso. Cuando volvió aquí, le hicieron la vida imposible y España ya no ha vuelto a tener una miss mundo. Esos ambientes, como el de las modelos, son prostitución pura y dura. A mí la que me dice que ha sido modelo ya sé de lo que iba. Como mi prima Ivana, que fue miss Miami y se puso las tetas de goma. ¡Pues mi prima Ivana ha sido puta, fina, pero puta! Las cosas como son, de compañía y todo lo que quieras, pero puta. Se arrebujo con un mexicano que tenía mucha pasta porque era narco. Se separó y ahora le han quitado a los hijos. Mi prima no estudió, ya está vieja, no aprovechó nada, ni cuando estaba con el narco, que la tenía como una reina. Él ahora está con una más joven, la prostitución es así. A mí, cuando me dicen que alguna se ha retirado, digo:

— ¡No *miarma*, tú no te has retirado, te ha retirado la esquina!

Recuerdo que una vez me contó una de La Casita, a la que volví a ver en la casa de Irene, que uno que estaba

loco por ella le dijo que la retiraba. La tonta le echó cuenta, ¡con el dineral que ganaba en La Casita! La retiró, pero el hijo puta la intentó explotar él, que el cabrón, más que retirarla, lo que quería era cambiarla de esquina. Cuando volvió a La Casita ya se le habían pasado los años, le dijeron que no y volvimos a coincidir en casa de Irene.

22

El Tropicalia

En canarias estuve unos ocho meses, luego volví a Sevilla. Echaba de menos a los niños, que eran pequeños. Había ganado bastante dinero, me había quitado de todo y pensaba que podría aguantar así. Cuando regresé, el tal Jesús Gustavo quería que volviéramos, pero me enteré de que iba diciendo por ahí que yo me quería casar con él, así que no quise nada porque el muchacho tenía muchos pajaritos en la cabeza. Me decía que estaba loco por mí, pero llegó un momento que si me tocaba la mano me daba asco, ¡pero asco, asco!

Me duró poco la tranquilidad y nuevamente tuve ganas de guerra, así que me fui a la casa de unos travestis. Trabajábamos allí dos mujeres y tres travestis, entraba a las diez de la mañana y salía a las ocho de la tarde. Era en San Jacinto, al lado del cine Fantasio. Yo me hartaba de reír con los travestis porque una estaba operada, pero la otra no. Decían que, después de quince años, el marido había dejado a la que se operó porque era maricón y le gustaba que le diera. Yo me meaba, eran argentinas, una se llamaba Maica y la otra Maite. Me pidieron, yo nunca

lo había hecho, que entrara con el travesti operado. Jamás había visto un chichi así. Había hecho tríos, pero con otras mujeres, nunca con un travesti. Un travelo, normalmente, es un tío que tiene una polla a la que le ponen el preservativo y todo, pero claro, ¿a eso qué se le pone? Le había preguntado a una compañera cómo se hacía y me dijo que me echara el pelo hacia arriba, que hiciera el papel y que fingiera. Bien, pero, ¿y si el tío lo quería ver? Habitualmente, cuando hacíamos los lésbicos, nos echábamos el pelo hacia arriba y fingíamos porque el tío estaba a lo suyo, ya que la otra le estaba haciendo algo más. Aquel chichi era lo más raro del mundo.

Entramos, menos mal que la otra tenía experiencia y sabía que yo nunca había hecho algo así con un transexual. Ese servicio era especial, supercaro porque no se trataba de un travelo, sino de un transexual. Tenía unos pedazos de tetas y unos labios que parecía la Carmen de Mairena. Era una gigantona que calzaba un cuarenta y cuatro de pie, joven, guapa y vistosa, con voz de Manolo porque el afinamiento no lo había conseguido. Era la dueña del negocio, la que manejaba el cotarro. Empezó con él a desnudarlo, lo besaba por arriba y por abajo y el tío le comía las tetas, hasta que dijo el mamón:

— Ahora las dos juntas.

Ella se echó en la cama encima de mí y fue la que empezó, luego al revés. Hice lo del pelo, pero el tío estaba mirando. Yo le pasaba los labios por los vellos temiendo que pidiera que metiera la lengua porque aquello era una cosa muy rara. Las dos juntas, después hicimos las tijeritas, luego los tres y al final, él acabó con ella porque se la metió por detrás, que yo dije:

—¡Anda, maricón!

Eso, lo del transexual, ha sido lo más raro que me han pedido a mí. Aquello fue un numerito, algo muy raro. El chichi se lo hacen muy bien, casi perfecto. Con la piel de los testículos le forman los labios, el glande hace de clítoris, aunque creo que pierden el tacto, no sienten nada y se quedan como una piedra. Parece que ahora se ha avanzado más, pero esta lo había perdido todo, ni sentía ni padecía.

Con los travestis estuve bastante tiempo, un año o más. Después volví a la casa de Irene porque me habían dicho que tenía mucha clientela y que se ganaba bastante dinero. Entraba a las nueve y media y salía a las seis o las siete de la tarde. Con nosotras también trabajaban lesbianas, que era horroroso lo que les gustaba allí hacer las tijeritas. Había una que yo me hartaba de reír con ella. Una vez llegó y dijo:

—¡Oh!, ¡qué caliente vengo!

Irene le dijo a otra lesbiana que entrara y le comiera el coño. Entró y se lo comió, que no era broma, que se quedó ella muy a gusto. Allí también duré mucho tiempo. Me tuve que cambiar de nombre porque ya había una Laura, que era la come coños esta que he mencionado. A Irene le cogí mucho cariño. Ella era muy estirada, muy imponente y muy guapa. Me daba muy buenos consejos porque se había dado cuenta de que otra vez me había enganchado a la heroína. Me decía:

—¡*Miarma*, ten cuidado con la droga, no vayas por ese camino, guarda dinero, que aquí ganas mucho porque esto es una mina! Tú no sabes la cara y el cuerpo que tienes. Además, yo sé que con lo que tomas el corazón se te hiela y eres incapaz de enamorarte ni sentir nada por nadie. Mira la casona que tengo, quítate de eso y guarda dinero.

Pero nada, yo no escuchaba a nadie. Con Jesús Gustavo terminé definitivamente. Creo que he contado que antes de estar con Rodolfo yo había conocido a otro hombre de cuarenta años. Con ese hombre siempre estuve, pero a escondidas porque era de La Esquina del Gato y porque yo solo tenía veinte años y mi madre no admitía esa relación. Se llamaba Salvador, también estaba

enganchado y murió del maldito cáncer de estómago que parece que me persigue. Cuando no tenía dónde ir iba a su casa. Él me dio una llave. Yo pensaba que algún día iba a entrar y me lo iba a encontrar con otra en la cama. Muchas veces, después del trabajo, en vez de irme con Jesús Gustavo, me iba a verlo a él. Me llamaba princesa.

Un fin de semana pillé una borrachera muy gorda, me puse muy violenta y al *colgao* de Jesús Gustavo no se le ocurrió otra cosa que dejarme sola. Cogí un taxi y me fui a casa de Salvador, quien llamó a mi madre muy preocupado para decirle que yo había llegado muy bebida. Mi madre le dio las gracias y le pidió que me mandara para casa en un taxi cuando estuviera en condiciones, después se cagó en los muertos de Jesús Gustavo y le dijo que no tenía clase ninguna. Mi madre lo odiaba, no lo podía ni ver. Yo también le dije cuando se me pasó la borrachera:

—¡Encima de que yo por ti ni siento ni padezco, me dejas tirada en medio de la calle, pues ahí te quedas con tu puta madre! ¡Al carajo!

Y se acabó. En casa de Irene estaba muy bien, pero me fui al Tropicalia, que aquello era de categoría. Estaba en Los Remedios, frente por frente a un sitio que se llamaba Salsa y que era de travestis. Antes se llamaba

Tokio o algo así. La dueña era portuguesa. En el sótano tenía un jacuzzi donde alternábamos. Nos pagaban salidas. Los taxistas ya nos conocían y nos iban a recoger cuando salíamos a las tantas porque teníamos una tarifa ya pactada con ellos. En una ocasión, me dijo un cliente que me iba a pagar una salida muy especial porque quería que yo fuera con él a un local de cambio de parejas. Me dijo que eso nunca lo había hecho, que con su mujer no podía ir y que tenía ganas de conocer ese sitio que estaba por las ruinas de Itálica, por Santiponce.

—¡Eh, para el carro!, como una salida normal no me la puedes pagar porque yo no sé el tiempo que me voy a llevar allí ni cuándo voy a volver. Además, me la estoy jugando contigo porque no sé con quién voy a dar allí, así que ni *mijita* —contesté.

Habló con la dueña, esta le dijo lo mismo, que a él lo conocía porque era cliente fijo, pero para las salidas tenía que saber a qué hora iban a venir las niñas, y siempre un máximo de dos horas después de salir, una hora de ida y vuelta y otra para estar con el cliente. Pagó como si fueran dos salidas, que aquello fue un dinerito porque allí las cobraban bastante caras. Fuimos, yo iba como si fuera su mujer, vestida con un traje de chaqueta. Nos sentaron en una mesa, en el local había muchas personas mayores,

parejas de cincuenta años. Me quedé *flipá* porque la más joven era yo. Nos vinieron a servir las copas y, al momento, una pareja de unos cuarenta y tantos a la que les habíamos gustado se acercó y nos dijeron que les habíamos caído bien, que yo dije por lo *bajini*:

—¡Coño, si no hemos hablado!

Comenzamos a charlar, eran muy simpáticos, nos invitaron a la copa. Allí había una piscina de azulejos como árabes, con chorros de agua, donde había mucha gente metida. Hombres y mujeres todos desnudos, ¡con un jaleo! También había camas redondas que daban vueltas. Nos tomamos dos copas con ellos, nos pidieron que entráramos en el reservado, que era lo que es cubrir una cama. Había muchos y todos llenos de gente. Entramos, él empezó conmigo, ella con mi acompañante, luego ella conmigo y él con él, o sea, nos intercambiamos. Un *totum revolutum*, un completo. De fingir nada, era entero, lésbico, lésbico, porque allí no podía disimular, ya que el otro lo estaba haciendo porque a él le gustaba. Lo que más curioso me resultó es que el otro tío, después de haberle hecho de todo al que iba conmigo, de hacérmelo a mí también y de no haber tocado a la mujer para nada, a la hora de introducirla, se la metió a su mujer y acabó la

faena con ella. Me quedé helada, ¡el morbo que le tenía que dar al tío!

En el Tropicalia conocí a un señor que era una especie de vidente, se llamaba Francisco, era amigo de la dueña y tenía que ver algo con la familia real. Mi padre, en aquella época, estaba en los Emiratos Árabes. Trabajaba bastante porque lo contrataban los hoteles Hilton. Mi madre estaba sola aquí haciendo tortitas. Ya tenía el restaurante, quería vender mil metros de la parcela, pero le hacía falta una firma de mi padre. Francisco, una tarde, se me quedó mirando y me dijo:

—Anuncia a tu madre que va a vender la parte de parcela que quiere y aconséjale que tenga un cesto de limones siempre en la puerta.

Me acertó que yo llevaba uno de los nombres de mi abuela, le manifesté que mis dos abuelas estaban muertas y quería que me dijera cuál de ellas. Me contestó que la abuela materna, yo me quedé impactada. Empecé a reírme, porque yo me llamo Nidia Julia por mi abuela materna que se llamaba Julia. Me soltó:

—No tienes que pagarme nada, yo lo hago porque alguien me lo está contando. ¿Tú tenías un novio que se llamaba Rodolfo, verdad? Es que no me para de hablar, es muy pesado. Me habla de cómo te conoció y dice que te

quería mucho y te sigue queriendo. Él está aquí y ya es hora de que le demos la luz. Asegura que estuvisteis en Castelldefels y que murió en Zaragoza de algo que él comentaba en broma, pero que era verdad. Te manda a decir que le diste la libreta a la persona correcta. Este hombre está sufriendo porque no encuentra la luz, él pensaba que iba a estar más tiempo aquí, pero murió y hay que darle luz. Ve a la iglesia, compra velas blancas y enciéndelas, reza por él, que yo rezaré en mi casa y a ver si entre los dos somos capaces de darle esa luz.

Me quedé de piedra. Otro día me preguntó si había hecho lo que me había recomendado, le contesté que sí. Siguió:

—Pues Rodolfo ya no está aquí. Por cierto, tu abuela está muy enfadada contigo, ¿tú qué estás haciendo?

Yo había caído otra vez en la heroína.

—Está muy enfadada contigo porque tú estabas muy bien, pero otra vez estás tocando algo que no debes de tocar. Déjalo, porque tu abuela te protege mucho y lo sabe todo.

Inmediatamente dije:

—¡Esta hija puta es una chivata!

Cada vez que me veía me recordaba que le dijera a mi madre que no desesperara, que iba a vender aquella parte de la parcela. Cuando se lo comenté ella, me dijo que ya tenía los papeles firmados por mi padre y que tenía comprador. Vendió el trozo de parcela, mi padre volvió de Emiratos Árabes, se quedó un tiempo en Sevilla y cuando yo llegaba de madrugada de trabajar en el Tropicalia, muy contentos, contaban los billetes que yo ganaba.

Si cerrábamos a las cuatro o a las cinco, el primer autobús que salía para el Aljarafe no lo hacía hasta las seis, así que yo volvía todos los días en taxi. A mi madre yo ya le había dicho en qué trabajaba porque era mi confidente y mi amiga, pero mi padre era un gilipollas. Ella, en una ocasión, me lanzó una indirecta diciéndome que había soñado que yo era dueña de un burdel. Fue entonces cuando le confesé que trabajaba en uno, pero en uno de categoría. Me contestó que yo podía hacer con mi vida lo que quisiera, que no me iba a pedir que dejara de trabajar, pero que me cuidara porque tenía dos hijos. Su hermana había sido también prostituta cara y así las había criado a ella y a mi prima.

Un día que hicimos poca caja, mis compañeras y yo nos fuimos a un local que se llamaba El Carrusel o algo

así, que estaba por la Florida. Aquella noche trabajamos allí casi todas porque, como habíamos ganado poco, pues nos tuvimos que buscar la vida en otro sitio. Sobre las siete de la mañana nos fuimos a otro local que estaba en la plaza de Cuba y se llamaba Génova. Era privado, llamabas, dabas una clave y entrabas. Allí te encontrabas a todos los cocainómanos de Sevilla y a gente muy conocida y famosa. Me entró uno por derecho que quería que una compañera y yo nos fuéramos con él a Resitur. Aceptó el precio que le dimos y nos fuimos. El tío no quería un trío, quería un lésbico porque estaba de cocaína hasta arriba y no podía hacerlo, ya que con la coca se te baja, además, había bebido mucho. Nos pagó, volvimos al Génova a tomar copas y a seguir captando gente. Revoloteábamos como águilas mirando a quién podíamos cazar. Nos sabíamos la contraseña porque nos la decían clientes del Tropicalia: policías, curas y de todo. Acabamos a las tres de la tarde, a las ocho tenía que entrar a trabajar, así que llegué a mi casa con mi dinerito fresquito, dormí un poco, me repuse y de nuevo a trabajar. Eso sería por 1997.

23

El adiós del ángel

En aquella época, yo seguía conociendo gente porque, aparte de trabajar, quería tener una vida normal y propia. Una noche que iba caminando a comprar tabaco, se me paró un hombre y me preguntó cómo me llamaba, le dije Laura. ¡Otra vez Laura! Le pedí un cigarro, comenzamos a fumar, me pidió que montara en el coche y le dije que sí. Decía que le sonaba mi cara, y es que el tío era de Almensilla. Le aseguré que mi cara no le podía sonar, pero él dudaba. Se llamaba Ramón. Quedamos muchas veces, aunque el tío estaba casado. Yo no hacía nada gratis, entonces estábamos todavía con las pesetas y me pagaba quince o veinte mil cada vez, así que dejé de trabajar y me dediqué exclusivamente a él. Cuando nos veíamos, permanecíamos juntos desde el almuerzo hasta la noche. Se dedicaba a poner antenas de Vodafone o de no sé qué. Un día me dijo que sabía de qué me conocía, que no me llamaba Laura y que era la hija de un cantante llamado Raúl. Me reí, le seguí asegurando que me llamaba Laura.

Yo vivía en mi casa de mis padres, así que los niños estaban conmigo. Alberto siempre dormía en mi cama.

Cecilia estaba muy apegada a mi madre y me veía como una hermana o una tía, sin embargo, el niño sí me veía como una madre. Yo no sé qué pasó con Cecilia. Se la di a mi madre con veinte días, creo que ha habido una separación maternal que no se ha recuperado. Ahora no me ve ni como hermana, ella no siente nada por mí. Mi hija es muy convenida, la más convenida del mundo, me quiere cuando le doy algo, y eso me duele mucho. La cuestión es comprarla, porque a mi hermana la quiere porque le ha dado mucho. Cuando salí de Proyecto Hombre estaba sin dinero y mi hermana la compraba llevándola a todos los sitios cuando yo no podía.

Seguí saliendo más formalmente con Ramón. Mi madre tenía mucho miedo porque era un hombre casado y de Almensilla. Estaba muy bien con él, pero me dio una *picá* de estas que me dan a mí y le dije a mi madre que me quería ir a Honduras. Ella encantada, así que me fui. Entonces no estaba enganchada, seguía teniendo dinero y quería volver a ver mi tierra. Tendría entonces veinticinco años. Estuve seis meses, desde noviembre hasta abril. A mi madre le dio una desesperación tremenda por que regresara, pero no podía volver, ya que no tenía dinero. Ella le pidió el dinero a Ramón, el hombre con el que yo

estaba saliendo, el de Almensilla. Se lo dio y así se pagó el pasaje de vuelta.

En Honduras iba a empezar a dar clases de ordenador en Tegucigalpa, pero me peleé con mi tía Julia, que es como mi hermana, y me fui a San Pedro Sula con Rita, la mejor amiga de mi madre. Rita me trataba como si fuera una madre, no una madre sargento que te echa broncas y que te llega a pegar y maltratar, que eso sí lo hacía mi madre. Me aconsejaba muy bien, yo siempre he dicho que es como mi segunda madre. La segunda vez que fui a Honduras se la presenté a Paco y este me dijo que se notaba cómo yo quería a esa mujer. Allí dejé de beber y de hacer las locuras que yo hacía en Tegucigalpa. La llamo cada dos por tres cuando me siento mal porque me relaja muchísimo, como la madre que no tengo o que quizá nunca tuve. Estuve tres meses en su casa, donde no había un alfiler. Dormía con su hija pequeña. Mi madre me mandaba dinero en dólares y yo se lo daba a ella para la comida. Rita trabajaba en correos, pero allí el sueldo es muy bajo, no llega ni a trescientos dólares.

Cuando mi madre quiso urgentemente que yo volviera, nadie sabía el porqué. Regresé, entonces supe que padecía unos dolores horribles en el estómago, que ella se los achacaba a la acidez. En una comunión en el

mes de mayo, Polo, un médico amigo de la familia, le vio muy mala cara, le preguntó que qué le pasaba y después le dijo:

—Mira, el lunes te vas a ir a Marqués de Paradas, allí trabaja Rico, el nicaragüense, que es médico del aparato digestivo. Yo lo voy a llamar esta noche para que te reciba a primera hora.

Mi hermana fue a acompañarla, yo me quedé con mi padre haciendo tortas. Cuando volvieron, mi madre venía llorando. Decía que ella ya sabía que tenía algo malo porque lo había visto en la cara de Rico. Mi hermana la quería tranquilizar, pero, más tarde, habló con nosotros y nos dijo que el médico la había llamado aparte y le había comentado que tenía un noventa por ciento de probabilidad de que fuera cáncer, que no se explicaba cómo había podido aguantar tanto porque era algo muy doloroso. Quería ingresarla durante la primera guardia que tuviera en Virgen del Rocío.

Una semana después ingresó, eso fue en mayo. Le hicieron tantas pruebas y análisis que estaba desesperada y se quejaba porque quería irse a su olivo. Tenía en la parcela un olivo bajo el que se sentaba en una butaca y desde donde contemplaba todo el campo. Repetía muchas veces que quería irse allí. Le dieron permiso de tres días,

pero le advirtieron que no podía trabajar. Cuando llegó, se abrazó a mí y me confesó que se estaba apagando como una vela. Me dijo que iba a preparar un almuerzo con pimientos rellenos de carne picada y arroz. Nos reunió a todos, aquel fue el último almuerzo que ella cocinó. No comió, por la tarde ingresó en el hospital para ser operada, así que aquello fue como una despedida.

En un principio, lo que iban a hacer era quitarle lo malo, reducirle el estómago y hacerle un *bypass* porque no le habían encontrado metástasis. Teníamos muchas esperanzas, pero cuando salió el cirujano quitándose el gorro nos dijo que tal como habían abierto habían tenido que volver a cerrar y que le iban a dar el alta en cuanto se repusiera porque ya no había remedio. Le dieron el alta, ella no podía comer comida normal, le daban unos botecitos con una especie de leche. Yo veía cómo, poco a poco, iba echando el estómago por la boca. Mi madre, normalmente, pesaba ciento treinta kilos. Estaba muy gordita y se me quedó en unos setenta kilos. Murió prácticamente de desnutrición. Siempre tenía puesto el goteo, cuando la escuchabas caminar oías el carrito, era muy doloroso porque yo sentía que se apagaba. Cuando ves a una persona así, incluso le deseas la muerte, porque es tan doloroso que prefieres que deje de sufrir.

Una noche, soñé que iba en una ambulancia con ella y que le hervían las manos. Yo iba con una camisa roja y un pantalón azul y chorreaba de sudor. Le cogía las manos queriéndoselas enfriar. Yo vivía en el campo, por la mañana entró una culebra en mi habitación. Era negra y amarilla, se me puso la piel de gallina de la mala impresión que me dio, sabiendo además que traen mala suerte y pronostican la muerte. Cruzó por delante de mí y se fue por el pasillo. Corrí para contarle a mi madre el sueño, pero no quiso oírlo. Era el día de mi cumpleaños. Vino Ramón, me invitó a almorzar y me regaló una cadenita que aún conservo. Antes de que muriera mi madre, me declaró que estaba muy enamorado de mí y que estaba dispuesto a pedirle el divorcio a la mujer. Me quedé mirándolo con cara de loca y, descompuesta, le solté:

—Mira, yo te voy a decir una cosa: tú estás bien, pero desde que vine de Honduras, ese pellizquito que yo sentía por ti se me ha quitado, y más con los problemas que tengo con mi madre que no quiero pensar en tonterías. Tú te quedas con tu mujer, yo soy incapaz de partir un matrimonio.

Quedamos como amigos, de hecho, aquel año mi hermano había sacado muy malas notas y él le dio trabajo en Airtel poniendo antenas.

Una tarde, mi madre estaba antojada de Coca Cola con tortilla y queso fresco y decidimos dársela. Mi padre tenía que ir a actuar, ella estaba pendiente de si le habíamos echado el pañuelo para limpiarse el sudor, los calcetines iguales, la camisa bien planchada, la corbata, la chaqueta. Se fue a cantar, como siempre de punta en blanco gracias a mi madre. Salí a llamar por teléfono a Ramón, desde la calle escuché a mi hermana gritar llamándome. Corrí, me dijo que llamara a una ambulancia. Intentamos llevar a mi madre a nuestro coche, pero se nos desmayó y comenzó a sangrar por la nariz. Casualmente, llegaron unos amigos de Almensilla y se llevaron a los niños. Fui a una residencia de ancianos donde trabajaba una enfermera muy amiga que vino y le tomó las pulsaciones. Prácticamente ya no tenía. Yo estaba vestida con una camisa roja y un pantalón azul, ella tenía las manos muy frías, yo quería calentárselas, todo lo contrario que en el sueño. La ambulancia tardó veinticinco minutos en llegar, y eso que venía de Coria, que estaba al lado. Me fui con ella en la ambulancia, mi hermana se fue en su coche. Comenzó a hablar, me

preguntó que qué le había pasado, contesté que había tenido un desmayo. Yo la tocaba, le quería dar calor. Me dijo que se estaba asfixiando. Me acordé de Paquirri y cómo estuvo hablando antes de morir. Llamamos a Rico, el médico nicaragüense, que se presentó al momento en el hospital. Muy poco tiempo después nos llamaron los médicos, nos abrazaron y sentenciaron:

—Os tenemos que dar la noticia de que vuestra madre venía agonizando y que ha fallecido.

Sería antes de la once de la noche, nos dieron sus pertenencias. Rico llamó a mi padre para decirle que mi madre estaba en el hospital, pero no le dijo que había muerto. Cuando llegó me vio de lejos, le hice un gesto y dio un alarido de dolor. Yo estaba muy nerviosa, solo tomaba café. La noticia se fue propagando, me llamó mi exmarido, pero yo no quería verlo ni siquiera en el entierro. Noche eterna, llamaron a mi hermano, que estaba trabajando. Cuando llegó y le dieron la noticia, comenzó a llamar a mi madre en voz alta.

No teníamos seguro de defunción, el Partido Comunista lo pagó todo. Yo estaba ciega, como si me hubieran dado con una sartén, no veía a nadie. Me abracé a unos primos mexicanos. Estábamos en primera fila delante del féretro, yo no había derramado ni una sola

lágrima hasta que llegó mi exmarido, que fue uno de los que cargó con el ataúd junto a compañeros del partido. En los pueblos se suele llevar el ataúd a hombros al cementerio. Cuando fueron a meter el féretro en la tumba me abracé a mi suegra, la abuela de mis hijos, me dio un ataque de histeria, me tuvieron que aguantar entre unos pocos. Mis hermanos me abrazaron, y es que me preguntaba a mí misma por qué no había muerto yo, que con todo el daño que le había hecho por qué se tenía que morir ella. Los hombres nos daban el pésame por un lado, y las mujeres, fuera del cementerio, por otro. Eso debe ser un ritual de los pueblos. Mi exmarido se quería llevar a los niños, le dije que no. Cuando me retiraba, abrazada a una prima mexicana porque no me sostenía en pie, escuchaba entre el bullicio:

—¡Esa es la hermana buena y esa es la hermana mala!

Como la que se había portado bien y la que se había portado mal.

PARTE 4^a

PACO

24

Proyecto Hombre

Mi madre tenía una cualidad que a mí me daba miedo. Había terminado mal con una mujer del pueblo. La tenía dada de alta como trabajadora del restaurante con todos sus papeles en regla, cobraba noventa mil pesetas todos los meses. Cuando llegó la época de la aceituna, le preguntó a mi madre si no le importaba que fuera a echar las *peonás* para no perder el paro del campo y volver después al restaurante. Le respondió que no le importaba, que metía a otra persona, pero que no la daba de baja. Seguía dada de alta y cobraba las *peonás*, que eso era ilegal porque las cobraba por el P.E.R. Cuando hubo que cerrar el restaurante, mi madre le recordó el favor que le había hecho con lo de las aceitunas y le dijo que no le podía pagar indemnización. La hija de esta señora, que estaba en Comisiones Obreras, denunció y mi madre le tuvo que pagar la indemnización como Dios manda. Habían sido uña y carne, pero desde aquel momento mi madre se sintió muy dolida y traicionada. Antes de morir dijo:

—En esta vida todo se paga, no sé si lo conoceré viva o muerta, pero pagará.

Ahora la vieja, que todavía vive, está en silla de ruedas y ha perdido la cabeza. Le dio una subida de tensión, le pusieron más de la cuenta de algo y ahora se mea y se caga encima. La hija se fue al País Vasco, se enamoró, aunque lo que se trajo fue un yonki y ahora vive en un albergue. Por eso digo que, en ese aspecto, yo le tenía miedo a mi madre y por eso repito que en esta vida todo se paga. En una ocasión, a mi padre no le quisieron pagar en una feria de Sevilla y mi madre le dijo al tío que ojalá se lo gastara en medicinas. Se chocó con el coche, se rompió todos los dientes y le robaron los instrumentos musicales, o sea, que en medicinas se gastó el tío el dinero. Yo le decía:

—¡Mamá hija, por favor!

Y ella me contestaba:

—¡Yo maldiciones no hago, no le pagó a tu padre y se lo ha gastado en medicinas, pero bruja no soy!

Al morir ella me hice cargo de mis hijos, aquellos niños a los que no conocía. Estaba quitada de todo. Mi padre firmó un contrato para hacer un trío en Emiratos Árabes. Él ya había ido allí varias veces antes. Se fue con mi hermano Raúl y un amigo, me quedé sola a cargo de

los niños, únicamente mi hermana venía a hacer tortas de vez en cuando. Iba sobrellevando la muerte de mi madre, bebía y me hartaba de llorar. Mis niños en el colegio, en mi casa todo bien y en noviembre organicé una fiesta de Halloween en la barriada. Disfracé a mi hijo de Drácula y a mi hija de fantasmita, les hice el juego de la silla y otras divertidas actividades para que no echaran de menos a su abuela. Las Navidades fueron muy tristes por mi madre y por la ausencia de mi padre y mi hermano.

Yo seguía bebiendo. Tenía una moto, en un momento me dio un siroco y me fui a consumir. Al principio solo fines de semana, pero después acudía más a menudo. Allí conocí a un hombre que se llamaba Juan y se me metió en la mente el irme de mi casa. Me dio un arrebató, quise fugarme con él, escaparme de todas mis tristezas y volver a la droga para olvidarme de todo. Dormíamos en el coche, era verano. Compraba droga en la Esquina del Gato y luego la revendía. La madre de él consintió en que fuéramos a dormir a su casa, después me volví a prostituir en la calle.

Este tío me daba palizas, pero unas palizas horribles. Me vi hasta comiendo en la basura, toqué fondo. El cabrón decía que mi padre había abusado de mí de pequeña y quería que yo lo dijera también porque

quería sacarle dinero a mi familia. Después de una de las palizas que me dio, mi familia fue a buscarme. Además, la Junta de Andalucía se había presentado en mi casa para decir que se llevaban a los niños. Ellos estaban con mi hermana y con mi hermano, quien volvió de Emiratos Árabes. Ella, aunque le costó un mundo, metió a los niños internos en el colegio Santa Isabel. Los sacaba los fines de semana.

Yo estaba tan mal que ya no quería ni droga. Hui, fui a casa de mi padre y le dije que el tío solo me quería para pegarme y sacarme dinero, que quería quedarme allí y que necesitaba que me ayudara. Fue entonces cuando fuimos al CPD y empecé con la metadona, pero él estaba actuando y no me podía vigilar, así que me propuso que ingresara en Proyecto Hombre. Juan llegó a venir a mi casa con una pistola y apuntar a mi padre diciéndole que había abusado de mí. Primero me gritaba que era una puta, luego me decía que me quería. La Guardia Civil se lo llevó y estuvo tres días encarcelado.

Ingresé en Proyecto Hombre. En el CPD me hicieron una limpieza en una semana para que pudiera ingresar en la casa de las monjas totalmente quitada de la heroína. La casa estaba en una bocacalle de la calle Feria que es muy pequeña y tiene el nombre de un sitio de

Canarias, pero no me acuerdo, muy cerca de la casa de mi hermana. Era la casa de las Adoratrices. Eso fue en 2001. Me pusieron bajo la supervisión de mi padre, pero en una fiesta mexicana a la que fui con él, cogí una borrachera muy grande, entonces decidieron que no era la persona más idónea para controlarme. Allí, cuando te emborrachas o haces algo que no debes, te dejan de hablar durante tres días. No como castigo, sino para que reflexiones sobre lo que has hecho. Para estar lejos de Juan yo quería ir a Málaga, pero los terapeutas consideraron que huyendo de la ciudad no iba a resolver mis problemas. Mis problemas estaban en Sevilla, no en Málaga, era aquí donde los tenía que superar. A Juan le habían puesto una orden de alejamiento de mi persona, así que yo iba con la orden en mi bolso a todos sitios.

Vivía y dormía con las Adoratrices en calle Feria, Proyecto Hombre estaba en Triana, al lado del Cachorro. Las monjas nos llevaban y nos traían. Tenía bastantes amigas y nos hartábamos de reír con las hermanas. Nos enseñaron muchas cosas que yo no sabía: a limpiar pescado, a cocinar, nos obligaban a leer, a hacer la siesta. Cumplíamos nuestros horarios y a las diez de la noche, a dormir. Nos levantaban a las siete para hacer la cama, limpiar los cuartos de baño... Los sábados zafarrancho.

A dos lesbianas las habían cogido en la cama, así que a una la pusieron en un extremo y a la otra en el extremo opuesto. Aquello fue un despelote. Nos llegaban los yonkis de la calle con el mono, las monjas nos daban alcohol de romero para que le diéramos los masajes nosotras. La hermana Paquita se encerraba en la habitación con llave y no quería saber nada. Me lo pasé muy bien en aquella época con mis compañeras.

Proyecto Hombre tenía instauradas tres fases antes de ingresar en la Casa Grande. Decían que esa casa la había donado la hermana del torero ese que está en el Altozano, que tiene mucha napia: Belmonte. En el primero se trataba solo de hacer la cama, limpiar el váter, respetar las normas, no faltar al respeto a las monjas y tener siempre una sombra, o sea, una persona que no consumiera. En el segundo nivel nos teníamos que levantar a las siete de la mañana para ir a Proyecto Hombre a limpiar los cristales y el suelo, que nosotras nos decíamos de cachondeo que íbamos a poner una empresa de limpieza. En el nivel tercero, también llamado «pre», limpiábamos los cristales por dentro y por fuera y el edificio entero de Proyecto Hombre con sus cuatro plantas. Entrábamos a las siete de la mañana y salíamos a las tres de la tarde. A las nueve empezaban las terapias, a

las doce nos daban un descanso y otra vez de vuelta a terapias. En ese nivel ya nos dejaban salir con un amigo sano que nos acompañara. En los niveles anteriores podías salir con la sombra. Recuerdo que una de las voluntarias de las monjas tenía un bar en la Alameda. Un 24 de diciembre nos llevaron al bar, nos acostamos a las cuatro de la mañana. Cuando en Proyecto Hombre se enteraron de que las niñas de las Adoratrices nos habíamos acostado a las cuatro de la madrugada, a los terapeutas por poco les da un soponcio.

—¡Hermana Paquita!, si ustedes están a cargo de las niñas, imagino que no habrán bebido.

Nosotras le echamos la culpa a las pobres monjas que nos habían llevado. Éramos unas diabras, pero beber, no bebimos, solo caserita. El día 31, lo que hicieron es que nos llevaron a la Casa Grande de las Adoratrices que está en La Palmera, allí pasamos la Nochevieja. En cuanto nos tomamos las uvas, a casa y a la cama. Los hombres estaban con otras monjas en Torreblanca, e igual que nosotras, no podían salir solos. Yo, si salía, era con la novia de mi padre, María Antonia, que el 25 de diciembre me sacó para almorzar porque lo tenía ya autorizado. Mi sobrina Clara ya había nacido, me la quería enseñar, pero

mi hermano, el padre de la niña, dijo que no, que hacía mucho tiempo que yo debía estar en una tumba.

Mi hijo, que era muy zorro, cuando podía se escapaba los fines de semana e iba a verme. Eso a mi hermana la mataba. A mi hija, que era más pequeña, no la dejaba. Alberto venía a verme a las Adoratrices a la hora de la merienda, allí le hacían mucha fiesta y le preguntaban que si quería natillas o Cola Cao con galletas. Merendaba allí con las niñas y las monjas, que lo querían mucho. Me emociono, lloro con ese recuerdo, estoy muy despegada de mi hija.

Al año siguiente, sacaron a Alberto del internado porque ya era muy mayor, pero Cecilia tenía que permanecer allí dos años más. Como me fui a la Casa Grande, mi hijo ya no me podía ver, pero mi padre, cuando volvió de Emiratos Árabes, se encargó de llevármelo los fines de semana. En verano se bañaba en la piscina y estuvo en mi fiesta de cumpleaños.

En la segunda fase conocí a Pepe González, que era quien me daba la terapia. Esas terapias la daban yonkis que habían salido ya de la Casa Grande, se habían rehabilitado y estaban trabajando. Yo seguía viviendo en casa de las monjas, no quería nada con nadie, pero este tío empezó a tirarme los tejos, se me presentaba allí cada dos

por tres. Me lie con él. Luego pasé a «pre», que es la fase anterior a ingresar en la Casa Grande. Estuve ocho meses en los que seguía viéndome con Pepe González.

Entré en la Casa Grande. Me enviaron a la cocina para que preguntara qué era lo que tenía que hacer. Allí se hacen muchas novatadas. Lo primero que me dijeron fue:

—Pregunta dónde está el vino blanco para el pollo.

Y yo, sin dudar, comencé a preguntar a todo el mundo por el vino blanco para el pollo. Me recorrí toda la casa preguntando, nadie tenía ni idea. Al final, me aclararon:

—¡Vamos a ver!, si no bebemos alcohol, ¿cómo va a haber vino blanco?

¡Vaya novatada! En cocina me llevé casi un año. En la Casa Grande lo que hacíamos era mantener la casa. Yo era jefa de cocina y preparaba el almuerzo y la cena. También confeccionaba la lista de los que iban a hacer el desayuno. Al que le tocara se tenía que levantar a las seis de la mañana. Yo ideaba los menús y los pasaba al director de la Casa, él me daba el visto bueno o no. Le dábamos de comer y cenar a cuarenta y cinco personas, pero, además, si el desayuno salía mal, era culpa mía, o sea, que yo tenía que vigilar que los que tenían que hacer

el desayuno se levantarán a su hora, pero claro, en las habitaciones de los hombres no podía entrar, así que las pasé canutas. Allí te despabilan dándote patadas en el culo, para bien o para mal, pero a mí me sirvió muchísimo porque aprendí mucha cocina de toda clase porque allí había gente de varias nacionalidades: italianos, marroquíes. Yo sabía que no comían cerdo, también tenía que tener en cuenta a las que hacían dieta. Queríamos salir de allí con una figurita muy mona y nos hartábamos de hierba, o sea, mucha espinaca a las que le llamábamos césped hervido. Adelgacé varios kilos.

Al principio me mandaron a lavandería, luego pensaron que al haber consumido drogas duras era mejor cocina, que era lo más riguroso que había. Me vino muy bien ser jefa porque aguanté mucho tirón y mucha caña. Me llevaban a menudo al salón y me reñían bastante. Disciplina y horarios estrictos. Yo creo que por eso he durado tanto en mi empresa. Esa disciplina la aprendí allí, si tienes tu casa limpia tienes tu mente limpia. Yo, ahora, procuro tener mi casa siempre fregada, no todos los días, porque tampoco vas a ser María Limpieza. No se te podía olvidar poner la mesa, el pan, los cubiertos. Aquellos tres años en Proyecto Hombre me vinieron muy bien, aunque

no acabara el ciclo completo. Dos años con las monjas y uno en la Casa Grande.

Los fines de semana los pasaba con mis hijos y mi padre. Había muchos líos entre los muchachos y las muchachas, se enrollaban porque estaban todos tiesos, pero yo no tenía ganas de nada. Tenía una compañera, Rosa, a la que siempre le hacía falta un hombre. Ya le gustaba uno, ya le gustaba otro. Se formaban muchos embrollos y se daban muchos gritos. Cuando se armaba el zipizape, nos llevaban al salón los propios compañeros para reñirnos. Si no llevabas a alguien al salón significaba que no tenías interés, era como una falta. Teníamos que recriminarles a los demás y reñirles por algo que hubiera hecho mal. Era como una terapia en la que los terapeutas éramos nosotros mismos. Allí solo había un profesional de guardia, nadie más.

Todo lo hice estupendamente, hasta que una compañera empezó a hablar y me acusó de que yo estaba con Pepe González, entonces me pusieron fuera de estructura. Fuera de estructura es que vas a comer la última, te vas a duchar la última y lo vas a hacer todo la última. Me puse a escribir y a dibujar, pero aquello me aburría, no podía más y dije que me iba, entonces me quitaron de estudios, pero otra vez me acusaron de que

yo estaba con uno de la casa, un tal Juan Luis, que era rubio con los ojos verdes, y ya no aguanté más.

Hablé con el director, Antonio se llamaba, que era mariquitoso y estaba liado con otro de allí. Le expuse que ya no aguantaba más intrigas porque aquello parecía de niños chicos. Una cosa era que yo me estuviera curando y otra que hubiera tantas tonterías, que es que no podía hablar con nadie. Si tenías más amistad de la cuenta con alguien, ya era que estabas liada. Llevaba allí casi dos años, me quería ir a mi casa y me fui. Le pedí a mi padre que no avisara a nadie de que había vuelto, pero Pepe González se enteró, vino a verme y me pidió que volviera.

Cuando salí de la Casa Grande, empecé a trabajar en la elaboración de tortas con la familia. Me pagaban setenta euros a la semana, a mi hermano trescientos porque él tenía una hipoteca. Yo lavaba el maíz, lo encajaba, lo molía y cortaba las tortas, mi hermano solo las freía. Mi padre estaba en Emiratos Árabes, Pepe González venía a verme a casa de vez en cuando. Mis hijos se lo pasaban muy bien con él, nunca había visto a los niños tan felices. Cecilia tendría entonces diez años y Alberto doce. Pepe no era malo, me quería mucho y yo a él también. Además de las tortas, iba a limpiar a la casa de una mujer de Almensilla dos o tres veces por semana. Él,

que era jardinero, comenzó a trabajar en unos jardines por allí cerca. Estábamos bien, pedimos un préstamo.

Pronto comencé a trabajar de limpiadora en Villasol, me dieron de alta. Era la primera vez que yo trabajaba en una empresa, comencé a verle el brillo a eso de volar y dejar lo de las tortas. Después, en una empresa de Nervión donde duré un año y medio. Nos concedieron la hipoteca para un piso en Los Alcores y nos dieron las llaves, pero él empezó a beber. Yo le decía:

—Pepe, ¿si ya tenemos el piso, por qué no nos vamos a vivir allí?

Pero él contestaba que necesitaba tiempo. Si tú ves que una persona lleva contigo cinco años y te pide tiempo es porque algo está fallando en la relación. Llegaba a mi casa a las doce de la noche bebido, yo lo esperaba mirando por la ventana del chalet. No quería mantener relaciones sexuales conmigo, yo pensaba que tenía a otra, me hartaba de llorar y cuando teníamos algo era solo una faenita rápida para salir del paso. Le puse las cosas claras, nos fuimos a vivir juntos al piso, pero él subía litronas a casa sabiendo que a mí me afectaba. Empecé de nuevo a beber y a coger más de una tajá, entonces comenzó a insultarme diciendo que era una borracha, montaba escándalos y gritaba que ya no aguantaba más. Humillaba

a todo el mundo y mi hijo Alberto se las cargaba diariamente. También discutía con mi hija a menudo.

Comenzó a consumir, yo seguía bebiendo. Un día que echamos un polvo me dijo que me iba a dejar preñada. Lo eché para atrás, me vestí y me fui. Él le llevó mi ropa a mi padre y un corazón que me había comprado que tenía grabado: «*Como yo te quiero no te querrá nunca nadie*».

De nuevo en mi casa, la volví a liar. Aquel día yo había bebido bastante. Cuando me encontraba borracha, me gustaba ir a casa de un amigo que era muy mayor, tendría setenta años por ahí, se llamaba Enrique, ha muerto ya. Me gustaba ir allí porque para mí era como un refugio. Él me cuidaba y hablaba conmigo cuando las cosas me iban mal. Me emborraché y quería ir a su casa, fue entonces cuando mi padre y mi hermano empezaron a pegarme. Me cerraron el portón de la cancela de fuera y comenzaron a darme patadas como si fuera una pelota de fútbol. Yo me revolcaba por el suelo porque las patadas me las daban en el estómago. Me tapaba el vientre, la cabeza, los brazos, pero mi hermano me arrastró de los pelos por el suelo del campo hasta que me metió en la última habitación y me encerró. Mi padre no dijo nada. En la habitación había una mesita de noche con una tapa

de cristal. Rompí el cristal, no vi otra salida, me corté las venas.

Mis hijos lo vieron todo por la ventana, eso fue lo peor. Cuando mi padre vio que me había abierto las venas, empezó a gritar que yo estaba loca. Mi cuñada Almudena, la mujer de mi hermano, me puso un paño y me llevó al hospital, aunque no tenía ni carnet de conducir. En el hospital Macarena me graparon sin anestesia ni nada, ¡a lo bestia! A mi familia le hablaron de un centro de día para que saliera y entrara, pero mi hermano quería que me encerraran para siempre. Cuando le contestaron que eso no era posible, sentenció:

—¡Tendremos que cargar con esta loca!

Fue un momento muy malo, de los peores de mi vida. ¡Que un padre y un hermano te den una paliza cuando estás borracha...! Un día, después de salir del hospital, fui a la casa de Enrique para hablar con él. Cuando me vio se puso las manos en la cabeza. Le conté lo que había pasado, pretendía que lo denunciara, pero yo no quise.

No deseaba seguir en casa de mi padre, entonces el único respaldo que tenía era el de mi cuñada, así que volví a mi piso. Lo primero que hizo Pepe fue encerrarme con llave. Llamé al 112, vino la policía, me llevaron para que

me reconocieran. Fue entonces cuando los médicos vieron que estaba llena de cardenales y preguntaron que quien me lo había hecho. Fui incapaz de decirles que me los había hecho mi familia y le eché las culpas a Pepe. Lo llevaron incluso al cuartelillo de la policía, pero él llamó a la madre de mi cuñada, quien sabía la verdad, para pedirle que declarara. Así lo hizo y lo dejaron inmediatamente en libertad. Pepe me había echado muchas veces de casa llamándome borracha. Mi cuñada había ido más de una vez a recogerme a la calle mientras yo merodeaba en pijama, por eso le eché las culpas de los moratones a él. Se me fue la pinza. Pepe me había hecho muchas putadas, pero eso no.

25

El bar de las niñas

Volví a la casa de mis padres. Mi cuñada quería que fuera a su bar a trabajar con ella. Almudena tenía dos niñas con mi hermano Raúl, pero no estaban casados. Tenían pensado pasar por el altar, aunque él siempre estaba diciéndole que era otra puta y que solo iba al bar para putear. Entonces yo me estaba sacando el carnet de conducir, para pagarlo le había pedido dinero a mi padre. Mi hermano decía que yo nunca le iba a devolver ese dinero y que era una sinvergüenza.

Comencé a trabajar en el bar de mi cuñada, pedí un préstamo para quedarme con el piso que tenía con Pepe. Me aprobaron el préstamo y me arreglaron una hipoteca pequeña, así que le pagué a mi padre el carnet de conducir y me quedé con mi piso. A los ocho meses de haberme separado de Pepe conocí a Paco, mi actual marido. Llegaba todos los días a tomar café porque tenía el garaje justo debajo de la cafetería de mi cuñada. Un día estábamos las dos echándonos las cartas del tarot porque ella se casaba en junio, pero realmente no quería hacerlo.

Yo le decía que, aunque mi hermano fuera el padre de sus hijas, era un déspota y debería pensarlo muy bien, que yo no lo haría, pero que la decisión solo le correspondía a ella. Es que era y es muy amiga mía y quería darle ese consejo. Teníamos allí trabajando a un mariquita muy gracioso al que mi hermano llamaba maricón de mierda. ¡Es que es un buen pieza!, así se comporta mi hermanito. Paco comenzó una conversación aconsejándonos que no jugáramos al tarot porque era muy peligroso. Nos decía que en aquello no se debía creer. Siguió manteniendo conversaciones con nosotras, mi cuñada me decía que ese hombre estaba muy bien para su madre, yo le contestaba:

— ¿Para tu madre? ¡Ese hombre está muy bien para mí, aunque sea mayor, la edad no importa!

Yo tenía treinta y tres, él cincuenta y tres, veinte años justos de diferencia. Estaba ya muy harta de que los niños me dieran patadas en el *jigo* y quería a un hombre que me tratara como a una reina, con educación, que me abriera las puertas del coche. Muy cansada porque la vida me había premiado con muchas malas experiencias. No me fijaba en la belleza física, sino en el corazón. Los caballeros no se encuentran en las esquinas, normalmente ya están pillados, así que me apetecía un hombre maduro,

no un niño de treinta y tantos que pensara que tenía quince.

Siempre he tenido moto, entonces me movía en una muy destartada con la que iba a trabajar a la cafetería. Un día le pregunté a Paco si la podía meter en su garaje. Me dijo que sí, que no le importaba. Yo; que siempre he tenido mucha cara, con mi minifalda, con mis treinta y tres años estupendos, muy delgada, en junio, que ya hacía calor; pues me agachaba y me subía con mucho descaro, pero nada, parecía tonto, ¡y mira que lo provocaba! No me echaba cuenta. Alguna vez que fue a Córdoba nos trajo unos Donuts de colores, de esos que se llaman Dunkindan o algo así. Yo los había probado en Honduras. Comenzamos a tener más amistad, pero un día entró en el bar una mujer muy rara con un guatiné muy esperpéntico y los pelos alborotados. Nos pidió una cerveza y gritó:

—¡La cerveza la paga este, que es mi marido!

Y señaló a Paco. Se la llevó a un rincón, ella se bebió la cerveza con muchos cojones y se fueron. Nosotras nos quedamos mirándonos, preguntándonos qué le pasaba. No queríamos quitarle el marido a nadie ni nos habíamos insinuado para nada. Bueno, yo sí, un poquito, bastante. Resulta que Paco se había separado de ella en febrero. Lo

echó de casa, pensaba que iba a volver, pero no lo hizo, se fue a casa de sus hijos. Mi barrio es muy peculiar, Ciudad Aljarafe es mucho barrio, y a ella le habían dicho que Paco paraba en el bar de las niñas, que así nos conocía la gente. El bar de las niñas, una morena y otra rubia, al lado del Sloppy Joes. Él lo que hacía era tomarse una cervecita y se iba, no hacía nada malo. Se marchaba a las diez de la noche, los días entre semana no se pasaba por allí. Paco nos pidió disculpas y nos comentó que su exmujer no estaba bien de los nervios, que se habían separado en febrero, pero ella no lo había superado.

Por el Corpus, me comentó que en el Alcanzar había una exposición de un poeta andalusí que le gustaría ir a verla, pero no me dijo que lo acompañara. Se fue. Salí como las locas y le dije que yo también quería ver la exposición, aunque no quería ir sola.

—¿Qué día te viene bien? —preguntó.

—Pues un domingo, que no hay tanta gente en el bar —respondí.

Sacó las entradas, fuimos a los Reales Alcázares, era de noche, todo muy bonito, con una música idílica. Después me llevó de paseo por los Jardines de Murillo. En el barrio de Santa Cruz, me quería invitar a un plato de jamón. Le dije que estaba a dieta; que digo yo que él

pensaría que era tonta porque dicen que el jamón no engorda. Aunque no fuera así, un plato de jamón no se desprecia. Yo estaba muy cortada. Pedí de beber agua, entonces no bebía alcohol, agua o caserita blanca, después lo llevé al Azúcar de Cuba, en la esquina del Cristina. El trompeta cubano era muy amigo mío. Me pusieron un daiquiri sin alcohol, a él otro con alcohol. Estuvimos en la terraza porque ya hacía calor, después nos fuimos al paseo debajo del puente, allí me dio el primer beso, al lado del río. Fuimos a un hotel, estuvimos juntos hasta las tres la madrugada y luego me llevó a casa como una buena señorita.

Comenzamos a salir, alquilamos un piso, todo iba muy bien hasta que un día no se le ocurrió otra cosa que regalarme una botella de whisky. Yo nunca le había dicho que era alcohólica. La botella la tenía en el piso que habíamos alquilado. Nunca le había echado cuenta hasta un momento en el que se me cruzaron los cables porque él tenía que ir a Portugal y yo no quería que se fuera. Me emborraché de tal manera que nadie me podía encontrar. Él trabajaba en Otis, en los ascensores, además daba clase a los jóvenes de la empresa y tenía que viajar a Portugal y a Madrid cada cierto tiempo. Era la primera vez que se iba, me sentí muy sola. El whisky era muy caro, de estos

buenos de Malta. Ni lo saboreé, me lo tomé como si fuera agua, luego me fui al cementerio donde está mi madre enterrada, allí me quedé dos o tres días. Tirada detrás del cementerio, en Palomares, en un bordillo asqueroso. Allí no había construido entonces nada, era solo un ramal.

Perdida del mundo estuve varios días de verano. Paco volvió, yo llevaba mi móvil conmigo, él me llamaba, no le cogía el teléfono. No sé qué me pasó, estaba en la calle, no quería ir a la casa de mi padre ni a mi piso. Me estuvo buscando, llamó a mi hermano, este le dijo que yo hacía tiempo que tenía que estar muerta, que no valía para nada y que no merecía su preocupación. Siguió llamando constantemente hasta que cogí el teléfono, le dije dónde estaba y me vino a buscar. Me encontró *comía* de mierda de varios días. Me llevó, aunque yo no quería por miedo a que me dieran una paliza, a casa de mi padre. Dijo que me iba a proteger, y eso que yo no le había contado lo que me había pasado anteriormente cuando la paliza. Se presentó a mi padre y le dijo que él había sido el culpable porque me había regalado la botella sin saber de mi problema, que no era el momento de reñirme ni de echarme nada en cara y que si no era bienvenida allí me llevaba inmediatamente con él.

Pasé varios días vomitando, aquello fue horroroso.

26

Una boda divina

Almudena se casó con mi hermano. Todo fue a peor porque él la seguía insultando, le tiraba los cacharros de cocina por alto y hasta, en una ocasión, abriendo los brazos, dejó caer a su hija al suelo el hijo de puta, y todo porque mi cuñada le pedía llorando que le diera la niña. En una ocasión la golpeó con una pala en la cabeza. Mi hermano es un maltratador, yo siempre se lo he dicho. A esta mujer nueva que tiene dicen que ya le ha pegado, pero bueno, allá ella que lo aguante. Yo no sé si tendrá el polvo de oro, porque de físico no vale la pena y como persona menos aún. En una ocasión, en la *velá* de Santa Ana, había un borrachito que se estaba metiendo con la gente. A él le dijo gordo, él le tiró las sobras de las bebidas. Paco le dijo que era un cobarde que agredía a gente que no estaba en condiciones.

Estando saliendo con Paco, pensé que debía ganar más dinero. En el ABC vi un anuncio en el que se buscaban limpiadoras para el polígono Pisa, me presenté y me cogieron en aquella misma entrevista. Comencé

ganando trescientos euros, pero empezaron a darme cada vez más empresas para limpiar. Una de ellas era insoportable porque era de jamones y, claro, la grasa no se puede mezclar ni con la lejía ni con el amoniaco. Ellos tenían sus propios productos para desengrasar, había que observar unas pautas y mantener a la empresa relimpia porque allí iba bastante gente a hacer degustaciones. Cinco años pasé maltratada por los jamones. También trabajaba en La Isla. Cogía el coche a las cinco de la madrugada para estar allí a las seis. En una peluquería tenía que entrar a las cuatro. Allí me llegué a encontrar hasta una garrapata porque hacían la cera. Eso a mí me daba mucho asco. Si se inauguraba una empresa por el alcalde, pues allí que íbamos las niñas del Pisa. Éramos cinco o seis, nos poníamos a limpiar como locas. La empresa nos tenía en un altar. Después entré fija en Conlima. Allí vi de todo: nacimientos, muertes...

Disfrutamos de nuestro noviazgo durante cinco años. Teníamos nuestro apartamento en Coria, muy bonito. Íbamos viernes, sábados, domingos y días de fiesta. Casi siempre estábamos allí. Tuvimos muchos altibajos porque, a veces, yo no me quería tomar las pastillas. A una de esas pastillas estaba enganchada, hasta cogía el vacilón. Tuve incluso una pequeña recaída con la

heroína, pero se lo dije a Paco, otra vez me vine arriba y no pasó nada. Con los niños estábamos bien.

Cuando le dije a mi padre que me casaba, nadie se lo creía y hasta se hacían apuestas para ver cuánto duraría si me casaba porque, según decían ellos, yo era insoportable. Me casé en el ayuntamiento de Mairena del Aljarafe en una boda preciosa el 5 de junio de 2010. Lo más bonito fue que, dado que en mi primera boda me lo habían preparado todo, en aquella ocasión fui yo quien elegí mi traje, mi flor roja gigantesca que trajeron de Colombia, mi tocado, mi peinado, el traje de mi hijo, el de la niña, las flores del coche que era un Jaguar que me prestó el dueño del Iguana Rana. Fue una boda divina, con ochenta invitados, todos amigos escogidos. Me llevó en el coche mi cuñado Mariano. Primero la ceremonia, luego una fiesta mexicana con tacos y todo eso.

Todo empezó cuando Paco me dijo que se iba a prejubilarse porque iba a ganar más que trabajando. Además, tenía un seguro e iba a coger un dinerito. Me pidió que nos casáramos y que viviéramos con los niños. Le dije que sí. Eso sería sobre enero o febrero de 2010. Estábamos saliendo desde 2005. Teníamos que buscar un local para la celebración. Yo conocía a uno de los dueños

del Amanecer, que tenía un chiringuito pequeño con su terraza en Tomares.

Elegí mi propio vestido. Vino conmigo la hija de Paco, Lina. Me lo probé con ella, con zapatos incluidos, era precioso: dorado, sin tirantas, así a medio pecho. Todavía lo tengo. Me lo tuvieron que cortar, el trozo de tela que me sobraba me lo dieron, de allí le dije a mi hermana que me hiciera unas tirantas porque yo estaba incómoda por si se me caía. Es que yo tengo mucho pecho. Mi hermana vio el vestido en la segunda puesta, se quedó maravillada porque era como de red, decía que parecía una sirena, y todo con brillantitos dorados. Muy bonito, zapatos y bolso incluidos. El tocado lo compré en la misma calle de Los Remedios, dorado, muy sencillo. Todo eso lo anduvimos en un día Lina y yo, luego nos fuimos a La Rosa de Oro en Mairena, allí elegí mi flor: una rosa colombiana gigantesca. La mía roja, la del padrino amarilla porque a mí me encanta el color amarillo. A los testigos también una flor a cada uno, una era compañera de Conlima.

Mi hermana me arregló el traje y me dijo:

—¡Hija puta, qué pedazos de tetas tienes, ojalá yo tuviera esas tetas!

Ella tiene dos pimientos caídos, decía que ni cuando se quedó preñada tenía mis tetas. Yo siempre, es más, cuando adelgazo se me queda nada más que culo y tetas, o sea, que no es grasa, que es que eso lo tengo.

Había adelgazado porque tuve un pico de tensión alta. Me veía el doctor Ramírez, que estaba en el Duque del Infantado. Me quitó la Coca Cola, solo casera blanca o agua, nada de pan, comida en plato pequeño y dos cucharones. Desayuno, almuerzo, cena y merienda; cinco comidas, y de dulces nada porque estaba a punto de ser diabética. Entre eso y los nervios de la boda me quedé como un figurín. Todas me decían que ojalá se casaran y se quedaran como yo de delgadita. Tengo la tensión alta, pero es nerviosa, depende de cómo tenga los putos nervios.

Paco se compró el traje en un día, con su camisa bordada con sus iniciales. Mi hijo quería que el traje fuese de Massimo Dutti. Me costó más caro el traje de Alberto que el mío, con sus zapatos incluidos. También el traje de la niña. Íbamos todos de punta en blanco.

El día antes de la boda nos hicieron separarnos para que no durmiéramos juntos aquella noche. Dormí muy relajada, sin nervios ni nada. La segunda mujer de Paco tenía tres hijos, el mayor estaba casado con una

peluquera, fue ella la que me peinó, pero tenía un problema, que entraba a las doce a trabajar, así que tuve que ir a las siete de la mañana a peinarme. Después llegó el fotógrafo, preguntó por el vestido, también por los zapatos. Me hizo fotos cuando me estaba maquillando y cuando me pusieron la flor. Esa foto es muy bonita, tengo un cuadro pintado de ella. Una vez vestida y maquillada, vino mi cuñado con el Jaguar. El coche perfecto, los testigos tenían todos sus ramilletes. Cuanta más prisa me metían, más pava estaba yo, que hasta dudaba si iba a aparecer la gente que había invitado.

Entramos en la sala, lo primero que vi fue a una compañera de Conlima que me dijo que el traje era muy bonito. Yo no reconocía a nadie. Entró mi cuñado de mi brazo, que es altísimo, el psiquiatra, el loquero como yo le digo. Nos sentamos, comenzó la ceremonia, firma de los testigos, nos recitaron un poema muy bonito de un árabe, algo de que teníamos que beber de distintas copas, muy bonito todo.

En el Jaguar, nos fuimos al parque de Mairena con el fotógrafo a hacernos fotos. Más propios imposible. Las fotos muy bonitas porque era primavera y estaba florecido el árbol este de las flores moradas: las jacarandas, que son tan lindas. Se nos iban cayendo

pétalos, algunos se me quedaron en el pelo. Después nos fuimos a La Calita: un bar muy pequeñito que estaba en una zona nueva de Mairena. Todo el mundo me miraba y se extrañaba de que una novia estuviera bebiendo cerveza en el bar. Allí ya estaba temblando de nervios. Ya le había dicho a mi psiquiatra que ese día iba a beber, me dijo que no me pasara con el alcohol. Se me puso en el chichi que iba a beber en mi boda, que una no se casa muchas veces, aunque aquella fuera mi segunda. La primera no la disfruté.

Nos fuimos al restaurante en Tomares donde nos esperaban. Cuando entrábamos comenzaron los mariachis a cantar, a mí se me caían las lágrimas con las mañanitas. Todo el mundo iba con corbata, menos mi padre que iba con una camisa colorada. Yo creía que lo mataba, tan informal como siempre.

A Paco le había dicho que iba a estar todo el mundo menos mi madre. Cuando entré, lo primero que vi fue una pantalla gigantesca con fotos de ella, una foto mía de comunión, otra foto de adolescente y fotos mías también con los niños de pequeños. Cuando Alberto vio la foto de mi madre, se abrazó a mí y empezó a llorar como diciendo que estábamos todos juntos. Fue una boda perfecta, divina. El menú a base de tacos mexicanos. No faltó de

nada: ensaladas, frijolitos, guacamole, las enchiladas de mi padre. Estaban las ochenta personas que habíamos elegido, incluidos compañeros que habían echado de mi empresa y que yo había invitado. ¡Fue tan bella, no faltó nadie! Mis hermanos en la misma mesa, mi padre en la presidencia con una amiga mexicana, mi cuñado con su mujer y el fotógrafo. A mí de pequeña me decían negra, así que me cantaron la canción de la negra, que es una ranchera preciosa. Mi sobrino, el hijo de mi cuñado, se hartó de tacos porque le encanta la comida mexicana. Había cantantes, violines, el guitarrón, que ya entonces lo tocaba mi hijo. También la guitarra, el requinto. Había médicos que eran tunos. El requinto es una guitarrita más pequeña mexicana que, al ser más chiquitita, está hecha de una madera distinta de la de la guitarra y tiene las cuerdas diferentes, más finas, y hace como el redoble. Escuchando a Los Panchos se sabe lo que es el requinto. Eso lo toca mi padre, mi hijo y mi hermano la guitarra, pero el requinto o punteo lo hace mi padre. Creo que solo faltaba el cuatro venezolano, que es muy pequeñito y tiene cuatro cuerdas. También lo toca mi padre.

Yo quería una tarta de chocolate, la encargamos, se habían comprado también pastelitos, Paco fue a las siete de la mañana a por ellos. Era la primera vez que el dueño

del restaurante organizaba una boda, no sabía bien cómo ubicar las mesas. Luego, la gente las puso como quiso porque eran todos amigos y se sentaron a su gusto. No hacía ni frío ni calor. Mis jefes fueron invitados, pero no asistieron, aunque mi regalito me lo dieron.

Mi padre me había regalado la noche en el Doña María, en la suite nupcial, con su cava, la cama llena de rosas, muy bonito. Al día siguiente era Corpus, estaba Sevilla llena de banderas. Yo le decía a Paco:

—¡Mira cómo han puesto a Sevilla para nosotros!

Aquel mismo día nos fuimos a Italia, donde pasamos una luna de miel divina.

27

El trabajo y la casa

Se acabaron las vacaciones, me incorporé al trabajo. Paco ya se había jubilado, pero de su propia empresa, Otis, le pidieron que asesorara a uno que quería poner una pequeña empresa, y eso representaba un dinerito. Se seguía levantando por las mañanas como siempre, me acompañaba a mí al trabajo, él en su coche y yo en el mío. Luego desayunábamos en el mismo sitio.

Cuando me casé me dijo mi hijo Alberto:

—Mira mamá, yo te quiero mucho, pero no voy a dejar solo al abuelo.

Le dije que sí, que se quedara con su abuelo, que era mayor de edad y que podía decidir, por mucho que me doliera. Yo sabía que aquello iba a levantar discusiones entre ellos porque mi padre es muy espesito, muy guarro. Lo sé porque yo he estado viviendo con él, limpiándole, que lo soportaba porque era su hija, pero su nieto no lo iba a aguantar.

Entonces yo estaba limpiando en la empresa de jamones, allí me daban mucha caña. Entraba a las nueve

de la mañana. Después me iba a Conlima los lunes, miércoles y viernes y también llevaba un laboratorio de estética donde fabricaban una crema facial. Diez horas al día, llegaba reventada. Empecé también a tener problemas con una compañera.

Mi hija falsificaba mi firma y estaba para arriba y para abajo como le daba la gana sin ir a clase. El tutor me llamó y yo le dije que cada vez que ella llevara una nota me llamara por teléfono. La niña me dijo que en tercero de la ESO lo había aprobado todo, pero no era cierto y tenía que repetir. Fui a ver las notas de Cecilia, que vivía con nosotros, y me dijeron que no se había presentado ni a los exámenes. La niña seguía jurando que lo había aprobado todo, llorando y repitiendo, así la matarán, que había aprobado, hasta que acabó confesando.

Me puse en alerta viendo que la niña se me escapaba. Trabajaba tantas horas que llegaba a mi casa y me dormía, ¡coño! Casa, comida, trabajo, soportaba un gran estrés, y encima la niña que no iba bien. Hablé con el tutor y me dijo que le vendría bien hacer un módulo más que ir a bachillerato. Entró en las Salesianas, todo privado, pues su madre se lo iba a pagar. Un módulo de cosas para trabajar en bancos. Lo sacó, después se sacó el módulo de auxiliar de farmacia. Todo eso a base de mucho vigilarla

entre Paco y yo para que estudiara. Paco le enseñó a hacer apuntes, por eso me da coraje que me digan que no he hecho nada por mis hijos, que ella misma diga que no he hecho nada por ella. La cogimos y la enderezamos, sabrá Dios lo que hubiera sido de ella si no me hubiera dado cuenta de lo que pasaba aquel tercero de la ESO No se me fue de las manos como yo me fui de las de mi madre.

A todo esto, seguían mis diferencias en el trabajo con una compañera que se llamaba Paula. Me quería quitar la empresa de cosméticos, yo pensaba que mejor porque no tenía que levantarme a las cinco de la mañana. Me puteaba, yo me callaba.

La tía se quedó preñada. Me llamó el dueño y me dijo que me iba a dar una noticia buena y otra mala, la buena era que me quitaba todos los despojos de trabajo que me había dado, la mala que tenía que dejar la empresa de jamones o Conlima. No quise soltar Conlima. Me dio también el Al-Ándalus, donde estuve un año. Después un edificio de oficinas que parecía fantasma en el polígono Pisa. Un edificio fantasma porque cada vez quedaban menos inquilinos. En la cuarta planta trabajaban unos de la radio. Los lunes, cuando yo llegaba, había siempre unos churretes de mierda en el cuarto de baño de hombres, de haber cogido una *tajá* y de haber escrito con la escobilla en

las paredes; y papel higiénico por todo sitios. Eso era todos los lunes. En el cuarto de baño de mujeres botellas llenas también todos los lunes. Llamé a la presidenta del edificio, cuando llegó y vio todo aquello, me preguntó que quién podía ser. Yo le decía que no sabía, que en la planta había muy poca gente: un psicólogo, otro hombre que no sé a qué se dedicaba, unos muchachos que trabajaban en algo de ropa y los de la radio. Los que fueran se emborrachaban los fines de semana, se les iba la perola y se ponían a escribir con mierda. Los de la radio se fueron del edificio y dejaron de aparecer los lunes de aquella manera los cuartos de baño.

Mi jefe cada vez me mandaba más trabajo, las compañeras me preguntaban si yo tenía algo con él. Me estaban insinuando que yo me acostaba con el jefe. Les decía que no, que ellas eran muy guarras y por eso me daba a mí el trabajo. Me contestaron que yo era más hija de puta que bonita, yo a ellas que eran muy guarras y chincha relincha. Pero es que era verdad, me dijo el jefe que no podía mandar a otras a ciertas empresas y me mandaba a mí porque yo no llegaba nunca tarde y no faltaba al trabajo. Esa fama me la gané yo a pulso, día tras día.

Me fui de vacaciones a Turquía, cuando regresé me encontré con que no tenía un duro, me habían ingresado la nómina y no tenía nada. Mi hermano no había pagado con su nómina la hipoteca y echaron mano de los novecientos euros que yo cobraba. Yo avalé a mi hermano con mi parte de la herencia de mi madre. Él no había pagado y me quitaron a mí el dinero. También la nómina, el teléfono y casi todo menos la hipoteca porque no podían. Le eché una bronca muy grande tachándolo de irresponsable, lo insulté, le dije de todo, bebí y tuve un accidente con el coche, aunque no me pasó nada porque saltó el airbag, pero el coche quedó destrozado. Después me compré el que tengo ahora, un Matiz de segunda mano muy buenecito que me estrelló mi hijo contra un autobús. Yo pregunté:

—¿Al niño le ha pasado algo?

Cuando me contestaron que no, dije que lo iba a matar. Lo arregló él mismo porque era mecánico y chapista. Me puso las puertas de colores, una negra y otra verde, que aquello parecía yo no sé qué, me daba vergüenza ir con el coche.

Después del viaje a Turquía fuimos a Marruecos. Allí fue donde me entró a mí la primera depresión con nuevas ideas de suicidio. Fue en época de Navidad o en

el puente de la Inmaculada. Hicimos un recorrido de ocho días, me vine abajo. De nuevo me quería suicidar, se me metió en la cabeza tirarme del octavo piso. Eso no lo sabía nadie. No fue por nada, no recuerdo si fue una pelea con mi hermana o algo con mi hermano.

Seguí trabajando, el hijo de Paco se casó, mi padre actuó en la celebración. La boda se celebró en la Macarena, la novia en coche de caballos, lo típico. Me enfadé con mi padre porque se comprometió para toda la celebración, pero cuando llegó el momento cantó dos o tres canciones y se fue porque tenía otros eventos contratados.

Cuando me casé con Paco, vivían con nosotros su hijo pequeño y mi hija Cecilia. Mi hija llevaba a sus amigas y se paseaban por la casa en sujetador y en braguitas. La novia del hijo venía de vez en cuando y, claro, no era tonta, porque para mí que entre él y mi hija Cecilia algo hubo, pero a mí no me lo iban a decir. No es normal que cuando lo ve se cuelga de él dándole besos, y en el hospital, cuando lo operaron, estuvo haciéndole carantoñas y dándole besos. ¡Que se notaba mucho! Tuvo que haber algo cuando nosotros no estábamos en la casa. Una salía del instituto y el otro salía del trabajo, tenían muchas horas libres los dos solos. Ella con las hormonas muy revolucionadas y él como hombre que es.

Alicia tonta no era, el muchacho no se quería casar y ella le dio un ultimátum:

—¡O nos casamos ya o nos deshacemos del piso que hemos comprado!

El otro reaccionó porque lo dejaba la novia. Llevaban cinco años saliendo, pero ella vivía en el quinto coño y él en el aljarafe, con las otras lobas al lado paseándose delante de él en tanguita y sin sujetador. Mi hija y sus amigas le decían que le iban a dar un masaje, que Paco y yo nos mirábamos y nos decíamos:

—¡Vaya tela las niñas, vaya tela!

¡Qué cabronas somos las mujeres! Los fines de semana, que era cuando estaba Alicia, Cecilia se iba de marcha, porque la otra la miraba con una cara de tigresa que es que la quería matar. Todo eran *roneos*, los hacía también delante de la muchacha.

En la boda, Cecilia iba preciosa. Tenía el pelo largo y llevaba mechas, lucía un traje turquesa que hacía juego con su color de ojos. Yo sabía que la hermana de Alicia la miraba con cara de asco. Le insinué a mi hija que algo le habrían contado:

—¿Algo de qué?, ¡si yo no he hecho nada! — contestó.

La verdad es que la miraba como otra tigresa. La razón era que el hijo de Paco hasta le hacía regalos a Cecilia y le daba dinero para ropa, y mira que el muchacho es rata, que es el más *agarrao* de la familia. La única que le ha llegado a sacar dinero ha sido mi hija. Él le daba cincuenta euros, le regalaba botines... Eso no es normal entre hermanastros, en el fondo no se tocan nada. Bueno, sí se tocaron, se tuvieron que tocar por fuerza.

El hijo se casó, así que se nos quedó otra habitación libre. Se llevó al perro, a Obi, que ese perro se lo regalé yo. Adoro a ese perro, él lo adora también. El perro dormía a su lado sin moverse cuando Arturo estuvo malito con cáncer. A los seis meses de casarse, la habitación de Arturo ya estaba desalojada, entonces apareció mi hijo Alberto con su colchón. Se había peleado con el abuelo por culpa del Pirata. Decía que mi padre consentía más al Pirata que a él. El Pirata era un perro que tenía mi Padre, gran danés, muy grande, que yo creo que ese perro era arquitecto porque, por más altas que se le ponían las vallas, más se escapaba. Cuando estaba mi padre no se fugaba, pero, cuando veía que iba a actuar, saltaba la valla y se iba. Entonces íbamos a buscarlo y, cuando estábamos ya cerca de él, echaba otra vez a correr, ¡su puta madre! Nos hacía recorrer toda la urbanización detrás hasta que

lo dejábamos por imposible. Un día se presentó la policía para preguntar si el perro era nuestro.

Mi hijo llegó a casa por culpa del Pirata. El pobre perro ya falleció, mi padre dice que se suicidó él porque lo iban a dar. Ese perro se lo regalaron a mi hermana de cachorro, le dijeron que no iba a crecer. Pensaban que era un chucho, y cuando mi hermana vio cómo se estaba poniendo, lo mandó a la parcela con mi padre. También teníamos una perra bóxer. No me la quise llevar cuando me casé porque le hubiera partido el alma a mi padre. Somos muy perreros.

Mi hijo se enfadó con el abuelo porque el Pirata no paraba de ladrar, se escapaba sin que mi padre hiciera nada. También decía que el abuelo era muy cochino, que dejaba las cáscaras de naranja y otras cosas por medio. Se vino a vivir con nosotros. Cecilia ya había cogido la habitación del hijo de Arturo, que era más grande, y a Alberto le tocaba la habitación pequeña. Decía que eso no podía ser porque él era mayor y porque era hombre. Trabajaba de mecánico, todo lo que ganaba era para él. No hacía nada en la casa, aunque mi hija y yo le obligábamos a poner sus lavadoras y a tender. Decía que las mujeres se reían cuando lo veían tendiendo. Se reían con él porque es muy payaso y hace muchas tonterías.

Mis jornadas eran muy largas, yo no hacía de comer porque ya eran ellos muy mayores. Muchos días se iban a almorzar a casa del abuelo, yo decía:

—¡Anda y que os den por saco!

Yo no tenía vida cuando estaba trabajando porque llegaba cansadísima por la tarde y me iba directamente a la cama, con callos en las manos y la espalda fatal. Una vez, me di de baja y estuve tres o cuatro días sin trabajar porque me dañé el codo. Me hicieron una radiografía y me diagnosticaron escoliosis degenerativa. Mi médico decía que yo no tenía nada, pero es verdad que a mí en invierno la espalda se me pone echa una mierda de tantos años de la fregona, creo yo, no de otra cosa. La fregona mata, por eso ahora tenemos un robot que va limpiando los pelos de mi perra Margarita.

Si en la parcela invitaban a cualquier fiesta o cumpleaños, no iba porque estaba reventada, entonces mi familia se molestaba. Un día, mi hijo salió en mi defensa contestándole a mi hermano hasta tal punto que se llegaron a pegar puñetazos y se llevaron mucho tiempo sin hablarse. Alberto siempre me ha defendido ante mi familia.

28

La vuelta del mal

Durante un viaje que hicimos a Marruecos, mis familiares le dijeron a Cecilia que cogiera documentación: mi DNI y las tres últimas nóminas del trabajo. El DNI estaba en casa porque para Marruecos yo llevaba pasaporte. Cogieron la documentación y la llevaron al banco para pedir un préstamo. La niña me lo contó cuando volví de viaje. Les aseguré a ellos que aquello era un delito, que no entendía nada porque era yo quien tenía que firmar. Me respondieron que era solo para pedir información, les dije tajantemente que no, que no iba a firmarles ningún préstamo. Son muy abusivos, creían que tenían a la muñequita siempre dice que sí, fue entonces cuando empezaron a decir que Paco me estaba influenciando mal.

Dije que no, y menos a escondidas, engañando incluso a mi hija. Era lo último que yo me podía esperar. Si iban a perder la casa, eso era culpa de mi hermano porque no había pagado lo que tenía que haber pagado debido a que estaba de trampas hasta arriba. Yo no iba a pagar sus deudas.

—Lo siento papá, pídele cuentas a tu hijo, no me las pidas a mí.

Me dijeron de todo. Mi hermana, que para ellos era muy buena, pidió un préstamo personal o los avaló, no sé qué fue. Cubrió esa deuda.

Mi hermano es tonto. En el juicio de separación, no se le ocurrió otra cosa que decirle a mi ex cuñada que le había dicho al jefe que le pusiera la nómina más baja doscientos cincuenta euros. Le enseñó las cartas a la otra parte. Mi ex cuñada se lo contó a su abogada y la abogada a la jueza, quien le embargó la nómina. Es que es tonto para siempre con toda la cabeza que tiene. Si él no hacía las cosas bien, yo no tenía por qué pagarlo.

Me hicieron la cruz, a mi hijo le daba igual, pero Cecilia era una esponja que absorbía todo lo que decían de mí. Con mi hija ya he llegado a la determinación de que, si se da cuenta bien, y si no, paso de ella tres kilos. Es que paso de ella, llanamente, no me afecta. Antes me ponía a llorar y a decirme a mí misma que he sido muy mala madre porque los dejé solos. La verdad es que yo no los dejé solos, les he dado educación y los volví a recuperar. Les he dado todo lo que tenía, ahora les estoy dejando mi piso, le he pagado a Cecilia su viaje a Miami, ¿qué más quiere? Estoy ya cansada de llorar por ella, se

acabó, ya tengo bastante con lo mío, no voy a fustigarme más por algo que no he hecho.

Seguía trabajando, parecía que les daba coraje que yo siguiera mi rumbo. Si llamaba a mi padre por teléfono, me cortaba rápido. Mi hermana igual, eso a mí me dolía.

Hicimos un viaje a Honduras, yo ya iba con depresión. Antes, había vuelto o a contactar con Jesús Gustavo, ese con quien antes había estado un año, que el pobre tenía más cuernos que el que mató a Manolete. Me pidió amistad por Facebook. No se la di en principio, pero me la volvió a pedir y le dije que sí. Él empezó a hablarme por teléfono, le conté que me encontraba sola porque para mi familia era un cero a la izquierda. Nada más que tenía a Paco, salía con mis amigas de Triana muy de vez en cuando, así que fue como una ventana que se me abrió. No sabía qué hacer porque era un tío que a mí no me había gustado nunca, pienso que era el morbo de saber cómo estaba. Empezamos con el WhatsApp, él quería que nos viéramos para tomar café. Se lo comenté a una amiga que se llamaba Raquel, me dijo que tuviera cuidado, que no me viera con él, que después de un café vendrían varios cafés. Decía que yo tenía muy buen marido, que estaba jugando con fuego. Me tomé el café, después vinieron varios cafés y empezamos a acostarnos en su casa. Yo salía

antes del trabajo, o le decía a Paco que tenía que ir a no sé qué. Tanto era el remordimiento que tenía de que lo estaba engañando que me dio por tomar heroína y cocaína. Sabía que estaba haciendo algo malo, me quería matar a mí misma, era algo muy raro lo que sentía, una rabia enorme hacia mí misma, no me aguantaba. Cogía dinero por la mañana, me iba a comprar lo que fuera, era horroroso. Juntaba las dos drogas, aquello me convertía en un monstruo. En mi interior rugía una pelea entre el mal que yo estaba haciendo y me estaba haciendo yo misma; y el bien, que era estar con Paco y decirle la verdad. No sé, era una rebujina mental, no sabía si yo sentía algo por este hombre o no sentía nada.

Cuando llegamos a Honduras, Paco ya lo sabía. Lo descubrió porque me puso un radar de estos que detectan dónde están los coches, también me hizo fotografías. Comenzó a sospechar porque una vez me vio pasar por el barrio bajo de San Juan. Él creía que yo iba allí a fumar droga, le tuve que decir la verdad: que lo estaba engañando. Decía que no sabía qué era peor, si lo de la droga o lo del engaño, la verdad era que habían sido las dos cosas. Cuando se lo confesé, le dije también que me marchaba. Me fui a dormir al coche. En aquella época me daba igual de todo, incluso que me echaran del trabajo,

me volví tan loca que no me importaba mi vida. Paco me pidió que no lo dejara, que lucháramos por nuestro matrimonio. Le conté también lo de la heroína.

Viajamos a Honduras para ver si se me borraba aquel tío de la mente. Lo pasamos mejor incluso que en nuestra boda de miel, todo precioso. Recorrimos el país, parecía que había renacido otra vez el amor sin nadie que se interpusiera. Allí celebramos nuestro quinto aniversario de boda. Nos cantaron unos mariachis que me hicieron llorar, me compró un ramo de rosas muy bonito. Fue un viaje divino, visitamos playas y las cataratas de Pulhapanzak.

Cuando volvimos, seguí trabajando. Caí con una depresión tremenda en julio, me hartaba de llorar, no sabía por qué, un llanto que no sabía pararlo. Todo empezó porque estaba en una tercera planta limpiando, me dio un mareo y me desmayé. El médico me dio la baja, me pasé semanas llorando sin saber qué me pasaba. El psiquiatra me diagnosticó depresión y me volvió a dar la baja, fue en aquel momento en el que busqué ayuda psicológica.

Ingresé en el hospital, que no me vino mal, me vino bien. Fue por una bronca muy grande que tuve con Paco porque me cogió el móvil. Pensaba que yo seguía

hablando con la otra persona. Cogí el coche y me fui a casa de Jesús Gustavo. Me dio diez euros cuando me despedí de él, compré una botella de whisky en el chino y empecé a tomar pastillas, quería suicidarme. ¡Hijo puta, qué malo estaba el whisky del chino! O serían los años que hacía que yo no bebía. Me tomé la botella casi entera, pero creo que me fallaron las pastillas. Paco había ido a ver a su hijo, cuando volvió me encontró tendida, llamó a su hermano que es psiquiatra, le comentó cómo estaba, le dijo que esperara a ver si me levantaba. Yo supongo que lo que tenía era una borrachera muy gorda, porque cuando me desperté estaba muy violenta. Paco llamó al 112 porque me levanté muy agresiva. ¿Qué hacía yo viva si lo que quería era morirme?, mi plan no había funcionado.

29

San Lázaro

Me llevaron a Virgen del Rocío, después pasé a San Lázaro. ¡En Virgen del Rocío había cada *pillao*! Allí me encontraba fatal, por lo menos en San Lázaro estábamos mejor distribuidos los loquitos. Teníamos nuestras habitaciones, a la hora de comer nuestro comedor, con enfermeras muy enrolladas que nos ponían a hacer gimnasia. Nos mantenían en condiciones, aunque había algunos pacientes que eran violentos y los tenían amarrados a la cama. Coincidió con la niña del exorcista, la Herminia, una que estaba loca *perdía* y se ponía toda doblada. Dormía solamente con el sujetador y las braguitas, se ponía toallitas en la nariz y en los oídos y se acostaba en la cama de una manera que parecía que estaba muerta. Un día, salió corriendo hospital abajo a toda leche en zapatillas, pero la pillaron. Que los celadores se ponían a comer y dejaban las llaves puestas, pues ella abría la puerta, se iba y maricón el último. Se saltaba la valla. Una vez la pillaron fuera del hospital cerca de la Renault, luego la tuvieron que amarrar.

Me daban pastillas de rescate porque creían que estaba muy nerviosa, pero es que dormía con la loca de la Herminia. Después me pusieron a la Pilar, la meona, que se meaba en medio de la habitación. Dije que no podía dormir, entonces me preguntaron si quería que me dieran la pastilla de rescate, y yo:

—Lo que quiero es que venga alguien y me rescate a mí porque es que estoy aquí fatalita, así que abrid la ventana, que esto huele a orines, que la ventana tiene rejas y yo por ahí no me puedo escapar.

Pero no querían abrir la ventana. Estaba mal, tenía la tensión altísima, me vio un médico que había trabajado con mi cuñado en el psiquiátrico antes de que lo cerraran y me dijo:

—¿Tú qué haces aquí teniendo el cuñado que tienes? —contesté:

—¿Qué pasa, que un psiquiatra no puede tener una cuñada loca?

Una muchacha de Lepe y yo cogimos a la Pilar, que estaba dormida, y la colocamos en un rincón. Pusimos nuestras camas al lado de las ventanas para poder respirar, oíamos los pajaritos, dormimos estupendamente. Estaba lloviendo, entraba fresquito y olor a tierra mojada. Por la mañana, pusimos a la Pilar en

su sitio y nuestras camas en el suyo. Todo lo hicimos sin hacer ruido a las seis de la mañana, después otra vez la peste a orín. Al día siguiente, a la muchacha de Lepe le dieron el alta, y eso que había entrado el día anterior. Pregunté por qué le daban el alta tan pronto, me explicaron que cada vez que ingresaba se tiraba a todo el que se meneaba. Se había liado con un tal Roni. Los medicamentos hacen mucho, sobre todo en el hombre, al chaval no se le levantaba, pero ella decía:

—No se le habrá levantado, pero me ha hecho una comida de coño que me ha encantado.

Después, el tal Roni no le echaba cuenta, se fue a por otro y, claro, se la quitaron de encima pronto porque les revolucionaba el locódromo. A ella le dieron la papeleta, eso sería un viernes. Llegó el fin de semana, era el santo de mi marido, Paco nos llevó una base para hacer tartas de chocolate. Lo celebramos con otro que también se llamaba Francisco. Ese era esquizofrénico. El pobre estaba fatal, muchas veces se llevaba bimbazos de la gente porque se ponía violento, sobre todo cuando llegaba gente nueva. No era malo, lo que pasaba es que se bajaba los pantalones y te enseñaba la churra o te cogía una teta, pero en el fondo no era violento. Si le cogía a una mujer el culo, pues se llevaba una hostia.

Llegó un rumano que se pasó varios días amarrado. Era como Hulk, le dio la vuelta a la cama tres o cuatro veces, se escuchaban sus gritos desde la habitación. Habían sacado dos camas al salón, dejaron en la habitación solo la del Hulk para que se revolcara porque no podía nadie con él. Vinieron policías nacionales y locales para ayudar a los empleados, pero no lo lograban amarrar, le pusieron no sé cuántas inyecciones y no podían con él. A los tres días el hombre se relajó. Cuando lo soltaron, el pobre Francisco, el loquito, fue a tocarlo y recibió un puñetazo que le dejó un buen moratón. Nosotros, con eso de que era San Francisco y además le habían pegado, pues le hicimos una tarta. Las enfermeras nos dejaban hacer si nosotras aportábamos las cosas. Le hice una tarta también a la Pilar, la meona. Tenía palomitas y batidos de chocolate que me trajo Paco. Nos dejaron celebrar una noche muy bonita, vimos una película hasta las doce.

Todo lo que hablábamos los loquitos era de sexo. Había una paciente con trastorno límite de la personalidad, otro que era mariquita y que había sido peluquero. Tenía trastorno obsesivo-compulsivo, era hipocondriaco, se creía que tenía todas las enfermedades del mundo. Se había tirado a un futbolista del Madrid y

este se lo había llevado cuando se fue a jugar al extranjero como su peluquero personal. El futbolista se casó con su mujer, pero seguían liados. Contó además que había estado con otro jugador del Sevilla que era muy guapo y con mucho estilo. Cuando salió de San Lázaro, seguía diciendo que le daba miedo la gente.

Hablábamos de sexo por la noche. La que tenía el trastorno límite, Vanesa, decía que le gustaba hacer el *bukaki*, que es una práctica sexual japonesa de castigo por infidelidad. Antiguamente, todos los hombres de un pueblo eyaculaban en la cara de una mujer como correctivo por infidelidad. Otro castigo consistía en que se bebiera en un vaso todo el semen de las eyaculaciones de todos los hombres del pueblo. Había otro, no sé cómo se llamaba, que era estar con siete hombres a la vez. Decía también que para Navidad tenía la ilusión de hacer una cama redonda con una amiga y un tío. Aseguraba que en su vida solo había tenido tres novios. Nos quedábamos mirándola pensando que era más puta que las gallinas. Los Padres decían que había tenido muchos problemas con las parejas. ¡Pues claro, normal! ¡Si ya tenía planificado para Navidad el trío con una amiga y un hombre!

Después de salir, nos hemos seguido hablando. Ella está ahora en terapia de día en el hospital porque es de las que se hacen cortes. En Navidad me llamó para decirme que estaba fatal, que estaba agobiada, que tenía paranoias. Así eran nuestras sesiones de hablar de sexo, y ya cuando entraba el maricón es que te partías de risa, decía:

—¿Tres novios nada más? Esta lo que se ha cepillado es medio barrio, que estaba más vista que la revista del Hola, que hasta la tienen encarcelada los padres y no la dejan salir.

Me enteré de lo que era un *bukaki* porque Paco me lo explicó, antes no lo sabía, y mira que yo he hecho cosas fuertes, pero esas prácticas me dan asco. Me quedé *espantá* con lo que la muchacha quería.

Hablábamos de todo, de la vida de cada una. Yuri contaba que ella y el marido habían llegado a un mutuo acuerdo de separación. Él salía muchas noches y no llegaba a casa, una vez fue ella la que salió y no llegó pronto, cogió el marido y le plantó las maletas en medio de la calle. Nos contábamos nuestros problemas, nuestros intentos de suicidio. Formábamos un grupo en el que nos entendíamos. Cargábamos con pesadas mochilas del pasado: los hijos y cómo nos pagaban. A Yuri le dolía el

no estar criando a sus hijos. Yo le contaba que tampoco lo había hecho con los míos, que me pesaba, pero que, a la larga, la mochila la tienes que ir vaciando porque no te puedes estar machacando siempre con lo mismo. No puedes hacer otra cosa, la vida ha sido como ha sido y eso no se puede cambiar. Antes me machacaba y lloraba todos los días porque no había criado a mis hijos. Yo me unté la tostada y yo me la comí, aquí me veo y aquí estoy, con mis más y con mis menos, pero hice lo que pude con ellos.

Vanessa llevaba ya tres o cuatro entradas en el psiquiátrico, nadie le ayudaba. Cuando tenía el impulso de tomarse un bote de pastillas, era ella la que llamaba para ingresarse. Tenía un novio que también padecía el trastorno límite y que decía que estaba curado. Yo le llamaba el «jamón», por aquello de que estaba curado. El hijo puta no se medicaba porque decía que eso eran drogas, y seguro que se metía hasta rayas. Aparecía los fines de semana, pero el resto la dejaba sola, que ni era novio ni era nada. La invitaba a comer a mediodía, le echaba un polvo y ya está. Encima sin preservativo, que estaba siempre con el miedo a quedarse preñada. Una vez le vino la regla y le dije que a partir de aquel momento siempre con preservativo porque no sabía lo que él podía hacer por las noches. Era un tío con mucha pasta, una

esquina entera de Adriano era suya, pero a ella, que estaba tiesa, era incapaz de darle un duro. La veía nada más que para follar y le importaban tres leches si tenía acceso a un bote de pastillas o no. Vane decía que la quería. ¡Un mojón! Querer mi marido, que me controla la medicación y no me deja sola.

Se habían conocido en el psiquiátrico, en una ocasión en la que él estaba también ingresado. Se agarró a un clavo ardiendo, se hizo pareja de otro *colgao* como ella. Una cosa es la amistad y otra es ser novios. Eso es como una pareja de drogadictos. En Proyecto Hombre no nos dejaban tener relaciones íntimas entre nosotros. Amigos sí, pero relaciones íntimas no porque, tardara más o tardara menos, uno tiraba del otro. Si uno bebe alcohol y al otro se le apetece, después del alcohol viene otra cosa llamada droga.

Un psiquiatra me dijo que me iba a bajar las pastillas, que me veía bien y me iba a dar el alta. Yo no quería, pero me dijo que sí, que me echaba y que me tenía que marchar. Eran cerca de las dos de la tarde, si quería podía comer y luego irme. Con las compañeras intercambié números de teléfono.

30

La ruptura

Con mi padre mantenía una cierta relación. No de comer en el mismo plato, pero sí, de vez en cuando, venir él a mi casa o ir yo a la de su novia. Mi hija se fue a Miami porque quería pasar un tiempo con su hermano y trabajar. A la semana encontró trabajo en un hotel. Ese primer empleo fue deprimente, en casa de unos judíos con unos rizos aquí en las sienes, niños muy pelones vestidos todos iguales y niñas que, con quince años y el calor que hace en Miami, se ponían trajes de lana. Decía la madre que eran siete hijos, pero ella veía más de la cuenta. La señora estaba tan canija que no parecía que hubiera parido. La hija puta quería que cobrara cinco o seis dólares la hora. Se trataba de cuidarles a los niños trabajando con el más pequeñito en brazos. Al principio estaba muy perdida porque hasta que entró a trabajar en lo de los piojos pasó un mes. La querían mucho porque era muy trabajadora. Yo soy limpiadora, mi hija sabe cómo trabajo: muy rápida, duro en las esquinas, le decía que no me fuera chapucera. Yo cogía los pelos con papel porque en la fregona se

enganchan. Ella decía que eran muy guarros, que no tenían ni fregona, le ponían a la escoba un trapo y esa era la fregona. Se ganó el corazón de los judíos. Fue a hablar con la madre, le dijo que le había salido otra cosa y le contestaron que cuando quisiera que volviera. Huyó espantada, al final le llegó a ofrecer nueve dólares, pero ni por eso, que criara ella a los niños. Ni por nueve ni por doce. La llamaron otros hoteles, hasta que le salió lo de los piojos.

La mujer de mi hijo la metió en una empresa de quitar piojos. Alberto tenía mucho cachondeo con eso. En la peluquería trabajaba un maricón con ellas dos, que eran sevillanas, él de Valencia, que también decía que era sevillano. Cuando le quitaban un piojo a alguien, le decían que era una mascota de lo grande que era y que había que ponerle nombre. Se hartaban de reír, la armaban. El otro se consideraba andaluz porque su pareja lo era, y se divertían, tenían muy buen ambiente. Trabajar donde estás ganando un buen dinerito y además te estés divirtiendo está muy bien, aunque echaban más horas que un mulo, algunas veces hasta quince. Entraban a las siete de la mañana y salían, las pobres, a las diez de la noche. Pero ser reían y no notaban tanto cansancio. Mi hija me

decía que se hartaba de comer y que estaba como una vaca.

Cuando salí de San Lázaro, pensé que iba a hablar con mi padre para pedirle perdón sin saber en realidad qué le había hecho yo en la vida. A mis hermanos los llamé por teléfono para disculparme sin saber tampoco lo que había hecho, porque no había hecho nada, pero bueno, si uno se ha equivocado y hay que pedir perdón, se pide y ya está.

Mi hija volvió de Miami, llegó a Barajas, fuimos a recogerla. Vino mi padre y cuando la niña se dio cuenta de que íbamos a la parcela todos juntos se puso como loca de contenta porque me veía integrada con la familia. No cambio la felicidad de mi hija ese día por nada del mundo. Yo daba clases de danza y mantenía mis actividades. Que hacían una fiesta, yo iba; que mi hermana me tiraba una pullita, pues yo más callada que una puta en Cuaresma; que era el cumpleaños de mi hija, pues su bañador de marca y su pantaloncito. Todo muy correcto.

La familia estaba apuntada a una asociación de sudamericanos, dábamos cien euros al mes. Era como una hucha, ibas pagando, como un banco, pero sin impuestos ni nada. Una muchacha de esa asociación cumplía años un día después que yo, me llamó por teléfono, quedamos

en hacer una comida y cortar una tarta juntas para celebrar nuestros cumpleaños. Hicimos la comida al mediodía, aunque yo tenía baile por la tarde. Se celebró en casa de mi padre, todo lleno de sudacas. Mi marido preguntó si se podía llevar amigos, dijeron que sí, así que vino una amiga mía. Vestíamos todos de blanco, como una fiesta ibicenca. Pusieron enchiladas con frijoles y verduras. A Paco no le gusta la verdura, tuvo que tragar, que me ponía el pobre una cara... Mi amiga me dijo que no le gustaba, normal siendo española, a todo el mundo no le apetece la comida latina. La comida rica estaba dentro, yo ni la vi, la verdad. En una zona de la parcela donde se hacen las tortas, estaban entrando niños pequeños. Allí hay una fosa que mi hijo hizo porque iba a montar un taller para arreglar coches. Estaba tapada con maderas, pero mi padre le dio la autorización a su novia para usar toda la casa. Cuando vi que allí entraban niños le dije:

—Alba, ten cuidado que no entre gente aquí porque este es el comer de mi padre y de mi hermano.

No se lo dije porque fueran a romper nada, sino porque si en ese foso se hubiera caído alguien, quien se la hubiera cargado hubiera sido el dueño de la casa. Lo que tiene encima el foso son dos tarimas que no se ven porque

están recubiertas por una capita de tierra. Allí nadie sabía que existía ese foso. De malas maneras, Alba me espetó:

— ¡Déjame, que yo ya sé con quién estoy hablando!

Más tarde me asomé al dormitorio de los cuñados de mi hermano, yo ya estaba cabreada por lo que me había dicho la novia de mi padre y les dije:

— Hace mucho fresquito, así que quitad el aire.

Después les pedí perdón, yo no debía de decirles eso porque no era mi casa y era la familia de mi hermano, allí me equivoqué. Mi amiga me dijo que tenía mucha hambre, así que fui a la cocina y le hice tres sándwiches de chorizo. Entró Alba, le dije que quería hablar con ella para que me aclarara lo que había dicho y me soltó:

— ¡Yo no quiero saber nada de ti, déjame tranquila!

Le pregunté qué significaba eso de que me conocía si apenas nos habíamos llegado a tratar, no me contestó. Mi Padre me echó una bronca gritándome que quién me creía yo que era diciéndole a su novia nada si él le había dado la autorización para estar en toda la casa, que agraviaba a nuestra comida haciendo tres sándwiches y que yo arruinaba todo por donde pasaba. Le pregunté que si le molestaba que estuviera en su casa y que si quería que me marchara. Se quedó callado. Se lo repetí dos veces, le dije que su callada para mí era como un sí.

Nos fuimos Paco, mi amiga y yo a una discoteca que había en Viapol, lo pasamos estupendamente, llegamos a casa a las seis y media, de puta madre, y yo sin acordarme de lo que había pasado. Por la tarde llamé a mi hermana para ver cómo había terminado la fiesta. Me contó que a las cuatro o cinco de la mañana todo el mundo estaba dando gritos de viva Honduras y viva no sé qué; y que el hijo de Alba cogió una borrachera increíble, que le pegó a su mujer una paliza tremenda y que en una de esas el tal Jonathan, que así se llama el prenda, le intentó dar un botellazo a mi padre. Le rozó la cabeza, si le da lo deja en una silla de ruedas. Mi hermano, cuando lo vio, se enzarzó con el Jonathan y le dio tres puñetazos. ¡Qué tarde más divertida! Eso se quedó corto, si hubieran tenido machetes, hubiera habido machetazos. No así contento, el muchacho cogió un pico y partió la luna del coche. Al día siguiente, mi padre pretendía que mi hermano le pidiera perdón al niñato ese por los tres puñetazos o, de lo contrario, que se fuera de la casa. Mi padre es, como decía mi madre, ladrido de perro haragán: primero se sienta y luego ladra. Pues eso es, porque sabía que había muchas cositas en juego. Si Raúl se iba de la casa, mi padre se quedaba solo pagando la hipoteca, también lo necesitaba en el mariachi, así que refuló, por

eso digo que son ladridos de perro haragán. Él tiene amigos muy distinguidos, pero esa gente con la que se juntaba era chusma que no sabían ni escribir. Yo no sé de dónde han salido estas personas que todos los fines de semana beben y se ponen orgullosos de que sus hijos; que han venido aquí con mi edad, con siete años; todavía mantengan las costumbres de allí y no se hayan integrado. Mi madre decía que sus hijos se tenían que integrar porque el día de mañana se casarían con españoles y tendrían hijos aquí. No podía obligarlos a que siguieran hablando como sudamericanos. No sé cómo esta mujer ha hecho que su hijo sea un hondureño puro, además tiene las malas costumbres de los hondureños: en fines de semana su diversión es irse a tomar, o sea a beber, a ponerse gracioso para después llegar borracho y pegarle a la mujer. Su madre lo defiende, dice que es que la mujer le pone los cuernos. ¿¡No le va a poner los cuernos!? ¡Encima de que le pega palizas! Si es que es un desequilibrado mental y su madre otra. Apareció un mechón de pelo detrás de una foto mía, que ese mechón se lo cortó mi sobrina ella misma para el día del padre. La tía decía que era brujería y puso en contra de mi padre a la familia de mi hermano, que vivía allí.

Recuerdo que yo estaba haciendo papas con carne. Llamé a mi padre, me dijo que no quería hablar conmigo. Me dieron ganas de acuchillarlo. Me dio tanta tristeza que, en vez de hacerle el daño a él, me lo hice a mí misma. Primero me subí al octavo piso para ver cómo era el panorama, pero me habían contado el caso de una que se tiró de un noveno y siguió viva, así que se le frustró el chiringuito. Ahora está viva y en silla de ruedas. ¡Qué putada coño, está jodida! Cogí un cuchillo de esos de cerámica y me corté las venas. Llamé a mi amiga Yuri y se lo conté, se enfadó mucho, preguntó dónde estaba mi marido, me decía que estaba loca. Cuando Paco llegó estaba yo chorreando de sangre, pero no había alcanzado ninguna arteria, aunque la había rozado. Sentí mucha vergüenza porque el suceso fue a las dos de la tarde y los vecinos lo vieron y lo oyeron todo. Se presentó la policía, después la ambulancia, Paco sujetándome para que no sangrara... Mi marido les decía a los vecinos que era una subida de tensión, pero eso no se lo creía nadie.

Me llevaron a Virgen del Rocío. Llegó mi amiga, la de la fiesta, y me dijo:

—No hagas eso por tu padre. Si yo te contara del mío, que nada más he tenido borracheras y palizas y he

salido adelante. Si el tuyo es un maltratador psicológico, el mío es un borracho, que es otro tipo de maltratador.

Vino a verme mi hermana, que nunca se había movido por mí. Ahí fue cuando me di cuenta de que era mi padre el que manejaba el control de los tres hermanos, nos echaba a pelear contándonos a cada uno cosas de los otros. Mi hermana me visitó casi todos los días, menos una vez que le cortaron la calle. Me mandó hasta la foto para que me lo creyera. La verdad es que, al final, junto con Paco ha sido el único apoyo que he tenido.

Después de Virgen del Rocío me llevaron de nuevo a San Lázaro. Hasta los dos días no me dejaban fumar, así que se me ocurrió encenderme un cigarro en el cuarto de baño. Me castigaron sin visitas y acusaron a mi marido de llevarme el tabaco. Cuando vi cómo trataron a Paco, pedí el nombre de la médica de guardia y la directora para ponerle una denuncia. Les dije que me quería ir a mi casa porque me había sentido humillada. Me habían tratado como si fuera una adolescente. ¡Castigar sin tener visitas y sin salir! ¡Tenía cuarenta y cuatro años! Me dieron el alta. Paco me fue a recoger. Habló con la psiquiatra, quien le contó que había sido una pataleta mía por el tabaco. Paco le dijo que allí había reminiscencias de Miraflores, que eso era una lástima y que me habían tenido como si

estuviera en la cárcel. Ella le respondió que hacía poco había habido un incendio en el ala este.

Como sentía vergüenza de ir a mi barrio, cuando salí me fui a casa de mi hermana, además, ella había tenido un ataque de lumbago. La pobre, cuando llegué, estaba fajada, tenía muy mala cara, con el cuerpo torcido, se veía chungu.

La psiquiatra de Virgen del Rocío me había recomendado que me fuera a vivir lejos, que pusiera kilómetros de por medio porque eso me iba a beneficiar, que no viviera en España. Nadie debería saber de mí ni yo de nadie, porque cada vez que caía era por cuestiones de familia. Mi psiquiatra de la zona Aljarafe me recomendó lo mismo, que pusiera muchos kilómetros de por medio:

—Aquí solo dejas una mujer de veinticuatro años que no te dirige la palabra y a la que hace poco le acabas de pagar un viaje a Miami. Haces todo lo posible por mostrarle tu cariño, pero la llamas y no te coge el teléfono. Estás ingresada y no va a verte, te echa en cara que no has ido a ver su empresa y dice que tú no la has criado. Has trabajado para criar a esa niña, has estado presente y le pagabas el colegio de Las Salesianas.

Le conté a mi hermana lo que me habían dicho los psiquiatras, me contestó que yo aquí poco tenía porque

mi hija ya era mayor, que ya tenía a mis hijos criados, uno estaba en Estados Unidos y la otra aquí trabajando. En la vida había estado tan bien con mi hermana, estupendamente. Vino mi hija a verme, pero no le quise ni dar un beso porque no me había llamado ni me había ido a ver al hospital. ¡Vamos, ni siquiera una llamada de teléfono! Decía que no había tenido tiempo. Hija, creo que no tengo, solo la perra, mi Margarita. Estoy harta de mendigar cariño. Me he acostumbrado tanto a vivir sin ella que pienso que nada más que tengo a Alberto, ese no me falta ningún día. Cuando le negué el beso comenzó a gritar, parecía una rata a la que le habían pisado el rabo, decía de todo.

Regresé a mi casa para recuperarme. Me concedieron una mierda de paga. Recurrimos con mi abogado. Le dimos un poder, él es quien nos representa.

31

Hasta siempre

Ahora me estoy recuperando, disfruto de mi matrimonio, mis heridas se están curando poco a poco, veo a quien quiero, hablé con quien me quiere, la vida continúa, seguramente tendrá una segunda parte con más aventuras. Sueño con la heroína muchas veces, me entra ansiedad porque pienso en todo lo que he llegado a perder y a lo que me ha llevado. Pero el pasado, pasado está, como dice el Papa: el pasado pisado y el presente de frente. El pasado no se puede cambiar, por tanto, sufrir por el pasado es una tontería, un sufrimiento inútil. El futuro está por llegar, no existe. Solo es verdad el presente, el hoy, el ahorita como dicen en mi país, hoy, aquí y ahora. Esa Nidia de la que he hablado ya no existe, ahora esta Nidia sigue adelante. Me tengo que ver fuerte, sin miedos y sin temores, salir a la calle valiente, no porque yo lo diga, porque lo valgo y, cuando me encuentre a familiares, no esconderme detrás de Paco, dar la cara.

Laura era mi nombre de batalla, las mil y una batallas. Existió solo en horas, porque cuando estaba en el trabajo, era otra persona. Si a mí alguien por la calle me llamaba Laura, no contestaba, porque nunca me he llamado Laura. Es normal cambiarse el nombre porque queremos guardar nuestra intimidad y nuestra identidad. Existen unas reglas del juego, por ejemplo, no besar en los labios. Hay límites éticos que no se deben de pasar. Me hace mucha gracia Prett Woman porque es verdad lo que dice. Te cambias el nombre y no besas en los labios porque estás jugueteando entre la verdad y la mentira. Cuando te llega un cliente asiduo, que va a buscarte y te paga incluso más de la cuenta, siempre quiere saber más de ti, pero esas reglas no las debes romper. Te quieren ver en la calle, pero esto es un juego, hay que aprender. Si el dueño del local se entera de que te llevas clientes, te echa a la calle. Sueldo teníamos hiciéramos o no hiciéramos caja. Trabajara o no trabajara, me llevaba mis treinta o cuarenta euros. No me convenía llevarme clientes, era una tontería porque clubs que tuvieran sueldo había muy pocos, solo los de categoría, no me la jugaba. Tampoco tenía tonterías con el dueño de la casa, porque algunos se quieren acostar contigo. Solamente me pasó con el caso de Rodolfo, que

era íntimo del dueño, aun así, le pagó muy bien cuando me fui y dejé el club.

Poco a poco voy saliendo sola. He decidido irme fuera porque me lo han aconsejado los médicos. Hace mucho que lo teníamos pensado. En principio, queríamos irnos a Marruecos porque estábamos enamorados de ese país. A mí eso de las chilabas siempre me ha atraído, pero, cuando el niño se fue a Estados Unidos, cambiaron nuestras preferencias porque yo quería estar más cerca de él. Nos vamos a Ecuador, al valle de Vilcabamba o a la ciudad de Loja, en la montaña. Lo mismo después cogemos la mochila y tiramos para otros sitios. En ese valle es donde más centenarios viven, dicen que es por el agua que tiene mucho potasio y magnesio. No quiero frío, quiero primavera, dicen que aquello es la eterna primavera. Nos llevamos a Margarita, ya hemos arreglado nuestra casa, la hemos pintado y hemos comprado las maletas. Nos marcharemos antes de diciembre, pasaremos el Año Nuevo allí. La gente que lo sabe quiere que antes vayamos a comer juntos: las amigas de Triana, las amigas de mi madre, mis sobrinas. La verdad es que siento el cariño de algunas personas aquí, pero empezaremos una nueva aventura.

Estoy muy ilusionada, que yo aquí lo he pasado muy mal, ¡coño! Quiero ser feliz, y si no encuentro la felicidad aquí la tengo que encontrar allí, por cojones, como me decía mi madre. Como dice la Martirio, salir *Juyendo*. Estoy deseando llegar a Madrid con mi perra. No sé la pobrecita qué va a hacer en esa jaula.

Mi hijo me dice que yo no soy rencorosa, que debo hacer las paces con mi padre y despedirme de él. Lo he intentado, me ha salido con que mi marido tiene la culpa de lo que ha pasado.

¡Que no! Como decía una amiga mía:

—¿La culpa es algo?

Me he echado muchas culpas al hombro, ya no lo hago más. A mi marido, que me ha cuidado tanto, no lo van a hacer culpable de nada. No me da la gana, en mi matrimonio no se van a meter, eso está más claro que el agua. Se han metido en mi vida, pero en mi matrimonio no, vamos, que voy a ser igual de lista que mi hermana, quien nunca ha permitido que en su casa se meta nadie. El más chismoso es mi padre, si tú le dices que te guarde un secreto, se entera todo el mundo. No sé por qué cada bronca que tiene con su mujer la va relatando. Él no era así, en mis parejas no se metía, pero a la vejez ha cambiado como un calcetín. Ahora me estoy creyendo que no es

trigo limpio, por no decir otra cosa, y me da mucha pena porque es mi padre, pero, cuando te toca una persona así, te toca. Mi amiga, la que estuvo en la fiesta, decía que el psicólogo le hacía falta a mi padre, no a mí. A estas alturas no voy a intentar cambiarlo, eso es como querer cambiar la Giralda al paseo de Las Delicias. ¿Lo podemos hacer?, no se puede, lo que no se puede no se puede y además es imposible, pero vamos, que es una pena.

Quiero es ser muy feliz en Ecuador, cambiar mi estilo de vida, conocer a la gente del pueblo. Vamos a ir a una zona residencial, no obstante, le digo a Paco que no quiero estar solo en esa zona, quiero zambullirme en su cultura y, si él puede, que les enseñe algo a los muchachos allí. Paco dice que lo primero que va a hacer es ir a hablar con el cura para ver qué necesidades tienen. A la gente latinoamericana le han grabado el catolicismo bien grabado, siempre están pensando en Dios, las iglesias llenitas, tanto las católicas como las evangélicas, son muy creyentes. Le han metido la religión a hierro.

Estoy deseando coger mi maleta, mi Margarita, mi Paco y quitarme de aquí, y mira que me gusta mi Sevilla, que yo conozco mundo, que he conocido muchas ciudades, pero como mi Sevilla nada. Será aquello que me he criado en la calle Pureza, con ese arte, ese desparpajo.

Vendré al menos cada dos años. También quiero ir a Honduras, donde tengo a mi segunda madre, Reme, que estaba malita con la pierna, que es muy mayor. Es de la edad de mi madre, lo que pasa es que ha trabajado mucho, ha criado a sus hijos y ha cuidado a los nietos, que son médicos y arquitectos. Ella vive con su hija Kalia, me gustaría llevarlas a Ecuador con nosotros para que viviéramos allí. En Loja hay una universidad, por si Kalia quiere continuar los estudios.

Tengo mucha ilusión, quiero que mi Paco me dure ciento veinte años, que beba mucha agua del valle con magnesio y potasio. Me lo ha prometido, si no, lo mato. Partimos con una mochila vacía porque dejamos aquí todas las porquerías. Mi madrina dice que el mar ahora está revuelto, pero volverá a su cauce. Esta mochila vacía quiero llenarla de ilusión y ganas de vivir, conocer gente, que mi hijo me vaya a ver a Ecuador, que yo vaya a verlo donde él esté. Viajo cargada de ilusiones, energías y expectativas de ayudar a la gente, porque yo sé que soy buena persona. Soy muy hija de puta en algunas ocasiones, lo reconozco, pero es porque digo la verdad. Me gusta que me vengan con la verdad por delante, no que me critiquen por detrás mientras me ponen buena cara. Si me caes mal te lo digo, o te lo digo de cachondeo.

Allí, en Machupicchupilandia, también voy a decir lo mismo. Paco dice que no sabe cómo me va a tapar la boca. Yo sí que no sé cómo me la voy a coser ni por qué digo tantas palabrotas.

He pasado mucho, ya no me muero por quien me tenía que morir. ¿Por qué hay que morir por alguien? ¿Por qué se tiene que morir alguien por nosotros? ¿Por qué tenemos que estar esperando de los demás? Esas preguntas no me las hacía antes. Nadie merece morir por nadie, ni cortarse las venas como he hecho yo. Somos seres humanos, no nos deben de maltratar psicológicamente. Mi hija dice que no soy su madre, yo he aprendido a vivir con eso. Se lo debo al psicólogo, él me lo ha enseñado, porque me asesinaba por dentro cada vez que la niña me hacía o me decía cualquier cosa. Le he dado... ¡Me cago en la puta madre de la niña!, pero he aprendido a vivir con eso. Que no tiene madre, pues que se busque una, porque yo tampoco tengo hija. Tengo un hijo nada más, así lo digo, que mi Alberto me llama todos los días para preguntarme cómo estoy. Él es muy de Triana y me dice:

— *Omaíta*, tú, ¿cómo estás?

Eso todos los días. Yo no digo que uno sea más malo o más bueno, pero que se preocupa más por mí, eso

es más verdad que la bandera de capitania que llevaban ayer los legionarios. Por cierto, la cabra se le descarriaba, no estaba bien, iba por donde le daba la gana, y eso que es la que mejor suele desfilar. ¡Que me voy del tema! Mi hija ya tiene veinticuatro años, la dejo más que criada, Alberto se fue con veintiuno a buscarse la vida. Yo, con veinte, ya le daba bastante dinero a mi madre y los sacaba adelante. Que nadie crea que mi vida ha sido, como decía mucha gente, un vicio entero, y que dejaba a mis hijos abandonados. Dice mi hija que yo no la he criado, pues que sepa de qué manera lo he hecho, por qué no estaba allí presente y quién lo sabía y quién no lo sabía.

Lo conocían mi madre, mi padre y mi hermana. Allí lo sabía *tokiski*, pero se hacían los *longuis*. ¡Vamos a ver!, si recibes bastante dinero, ¿eso de qué es? En aquella época, en 1993, yo ganaba en una semana cien mil pesetas, y eso era raro. No era difícil de imaginar de dónde lo sacaba.

Fin

2023. Han pasado varios años desde mi salir *juyendo*. Paco, Margarita y yo residimos en Loja, Ecuador. Alberto y Cecilia trabajan en Miami. Gracias a las nuevas

tecnologías, mantengo un continuo y cariñoso contacto con ellos. Ambos han venido a visitarme, también mi padre hizo el largo viaje para venir a pasar una temporada conmigo. Por cierto, Cecilia se ha casado. Nunca me he sentido más unida a ella que ahora. Puedo asegurar que, en esta tierra que me ha acogido tan cordialmente, he encontrado la paz.

